

# TIMÓN

SINTESIS DE ORIENTACION POLITICO-SOCIAL

7  
CeDInCI

## S U M A R I O

*Notas del mes* \* JOSÉ GABRIEL: *Ante la imperiosa hora actual. — La única salida decente en el dilema europeo. — La ingratitude de Benavente con el pueblo leal* \* RUDOLF ROCKER: *El pensamiento liberal en los Estados Unidos* \* CARLOS DE BARRIBAR: *La traición del stalinismo — La experiencia española de la Juventud Socialista Unificada* \* F. CARMONA NENCLARES: *Carta a una revista comunista* \* J. GARCÍA PRADAS: *Cómo terminó la guerra de España* \* ENRIQUE ESPINOZA: *Ignazio Silone y el amor a la verdad* \* D. A. DE S.: *En la muerte de Emma Goldman* \* Indalecio Prieto *sigue descorriendo el telón de la tragedia española* \* *Bibliografía.*

JUNIO  
1 9 4 0

Para la comprensión de la guerra de España

## **POR QUÉ PERDIMOS LA GUERRA**

Una contribución a la historia de la tragedia española

por *D. A. DE SANTILLAN*

Por primera vez se descubre el velo de la guerra española con documentos desconocidos fuera del círculo más íntimo de los actores del terrible drama de 1936-39.

Un vol. de 304 páginas (15x21) ..... Precio \$ 3.—

Pídalo en quioscos y librerías.



## **Ensayo Crítico Sobre la Revolución Española**

Por *H. RUEDIGER*

El estudio de Ruediger es uno de los primeros que aparecen para examinar tácticamente algunas facetas de la revolución ibérica estrangulada.

UN FOLLETO DE 48 PAGINAS (15 x 21) ..... Precio \$ 0.30

En breves días:

## **COMO TERMINÓ LA GUERRA DE ESPAÑA**

por *J. GARCIA PRADAS*

Uno de los mejores periodistas de la guerra y la revolución española, actor destacado en las últimas fases de la contienda. Reportaje vivo y bellamente escrito.

UN VOLUMEN DE 200 PAGINAS (15x21) ..... Precio \$ 2.—

---

# **EDICIONES IMAN**

Sarmiento 1320

U. T. 38-3885

BUENOS AIRES

CeDInCl

CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCION

Número suelto ..... \$ 1.00  
(En Estados Unidos) ..... \$ 0.50 dól.

SUSCRIPCION ANUAL

Argentina, Centro y Sud América \$ 10.00  
(por semestre \$ 5.00)  
Otros países: un año..... 4 dólares

CeDInCI

Dirección y Administración:

Sarmiento 1320  
BUENOS AIRES

Impreso en los Talleres Gráficos Argentinos L. J. ROSSO - Doblas 965.

PRINTED IN ARGENTINE

# TIMÓN

SINTESIS DE ORIENTACION POLITICO-SOCIAL

REVISTA MENSUAL

*Dirigida por*

D. ABAD de SANTILLAN  
y CARLOS de BARAIBAR

CeDInCI

JUNIO DE 1940

AÑO I - N° 7 (2- Etapa)

## SUMARIO

|  |     |
|--|-----|
| <i>Notas del mes</i> .....   | 7   |
| JOSÉ GABRIEL: <i>Ante la imperiosa hora actual — La única salida decente en el dilema europeo — La ingratitude de Benavente con el pueblo leal</i> ..... | 15  |
| RUDOLF ROCKER: <i>El pensamiento liberal en los Estados Unidos</i> .....   | 31  |
| CARLOS DE BARAIBAR: <i>La traición del stalinismo — La experiencia española de la Juventud Socialista Unificada</i> .....                                | 47  |
| F. CÁRMONA NENCLARES: <i>Carta a una revista comunista</i> .....   | 81  |
| J. GARCÍA PRADAS: <i>Cómo terminó la guerra de España</i> .....  | 85  |
| ENRIQUE ESPINOZA: <i>Ignazio Silone y el amor a la verdad</i> .....  | 105 |
| D. A. DE S.: <i>En la muerte de Emma Goldman</i> ....  | 115 |
| Indalecio Prieto <i>sigue recorriendo el telón de la tragedia española</i> .....   | 117 |
| <i>Bibliografía</i> .....  | 121 |

# NOTAS DEL MES

## CRÓNICA DE GUERRA

**P**RESENCIAMOS a distancia y a través de comunicados oficiales y de artículos periodísticos, la batalla más gigantesca de todos los tiempos, por la cantidad de combatientes que en ella intervienen y por la cantidad y calidad del material puesto en juego por ambos bandos beligerantes para asegurar la victoria. ¿Quién puede prever si al aparecer estas líneas habrá sido contenida la formidable ofensiva alemana iniciada el 10 de mayo o si habrá proseguido su marcha triunfal por sobre devastaciones de ciudades y aldeas y por sobre montañas de cadáveres?

En un mes escaso tenemos que señalar algunos hechos trascendentales de la contienda germano-franco-británica, de esa contienda que los señores Chamberlain, Daladier y Gamelin habrían querido estacionaria, cómoda, sin sobresaltos, de posición fortificada a posición fortificada y de señorío más o menos grande del mar para engañar a los pueblos con la eficacia no probada del bloqueo a la Alemania nazi. Se ha mencionado en los últimos tiempos la palabra "traición" (Reynaud), pero si no traición hubo al menos un infantilismo y una miopía en los dirigentes de la política, de la diplomacia y de la guerra por parte de los aliados que en los resultados prácticos finales equivale a traición verdadera y propia.

Los hombres de Versalles, de la Sociedad de Naciones, de la no intervención en España, de Munich, han llevado a sus pueblos respectivos al borde de la derrota, en una ausencia de preparación material y moral que acabó por alarmar a sus connacionales, obligándoles a reaccionar, al fin, quizás tardíamente, contra ellos y contra sus métodos. A esos hombres se debe el fortalecimiento de la Italia de Mussolini, como se debe a ellos el crecimiento del fascismo alemán. Ellos fueron los que pusieron, complacidos, el visto bueno a todos los horrores y crímenes del fascismo, a todas las empresas coloniales de los nuevos imperios, sufragando incluso los gastos de esas aventuras. ¡Han criado los cuervos que les sacarán los ojos!

No habíamos querido publicar, al estallar la guerra, las cifras efectivas del potencial de guerra de Alemania y compararla con las del potencial de guerra aliado, para no dar motivos de desaliento. Confiábamos que, conocida esa situación por los dirigentes políticos y militares aliados, se pondría remedio nivelando los ele-

mentos de lucha. No fue así. Todavía pasan de un millón los obreros desocupados en Inglaterra; todavía no está la industria de esos países más que en los comienzos de sus posibilidades de rendimiento. Y Alemania entera está, como un solo hombre, con una sola pasión, desde hace años, en la producción de guerra o perfectamente adiestrada para manejar las armas. En dos de los fundamentos de la guerra moderna, la aviación y los tanques, Francia y Gran Bretaña reunidas no pueden comparar sus efectivos a los de su adversaria, ni hay esperanzas de que puedan equipararlos en menos de dos años. La proporción en aviación, por ejemplo, es de uno a tres.

Los acontecimientos del último mes en el escenario de la guerra son los siguientes:

1. La derrota aliada en Noruega, donde solo quedan algunas patrullas en el Norte, zona polar, de Narvik, quedando asegurado todo el resto del país bajo el "protectorado" de los invasores.

2. La invasión de Holanda, Bélgica y Luxemburgo, por las tropas nazis, que dominaron de una manera fulminante a Holanda, causando más de 200.000 muertos y destruyendo una gran cantidad de aldeas, partes considerables de ciudades y riquezas incalculables. El pequeño Luxemburgo fue ocupado sin lucha. Bélgica, que había seguido en los últimos años una política declaradamente filofascista, con la quinta columna flamenca, comunista y nazi en su territorio, y un rey sin personalidad, vió desvanecerse a partir del 10 de mayo todas sus líneas de resistencia y de defensa. Con la ayuda de tropas aliadas se intentó alguna obstaculización del avance enemigo. Desde el 14 de mayo había quedado cercado su ejército, junto con tropas francesas y británicas y poderoso material, entre la margen norte del Soma, por donde penetraron los alemanes hasta el estrecho de Calais, y la frontera franco-belga. El rey de los belgas ordenó a su ejército la capitulación sin condiciones el 27 de mayo, asestando así un golpe serio a probables planes del generalísimo Weygand. La batalla final por la ocupación del resto del territorio belga que quedaba aún en resistencia, no puede ser más que cuestión de días. Al aparecer estas líneas Bélgica habrá dejado también de existir.

No solo estamos ante la batalla más gigantesca de la historia por la cantidad de material humano y de armamento, sino también ante la campaña de invasión más rápida que se conoce. El Vini, vidi, vincit del César romano, podría repetirlo con toda propiedad Adolf Hitler.

A la atmósfera creada por esos sucesos se agrega la que crean los peligros de invasión de Suiza, de Rumania, de Suecia y la actitud menos enigmática ya de Italia.

La "guerra relámpago" empleada con todo éxito en Polonia y en Noruega, se ha vuelto a ensayar en Holanda y en Bélgica y los resultados obtenidos no nos autorizan a considerarla sólo como un ensueño calenturiento. La ciencia y la técnica actuales al servicio de la destrucción permiten alcanzar resultados fantásticos.

La situación creada es muy grave para los aliados. De ahí que haya habido que proceder a algunos cambios de personas.

a) Chamberlain ha cedido su puesto a Winston Churchill, y el gabinete británico se acomodó más a la política de guerra hacia afuera y hacia adentro. Se le ha visto ya proceder a la detención de miembros destacados de la "quinta columna", como Mosley, el jefe fascista.

b) Reynaud ha modificado sustancialmente el gabinete francés, llamando al mariscal Petain de la embajada de Madrid y dando la cartera del Interior a Mandel, una especie de alter ego de Clemenceau; Daladier ha quedado al frente de una cartera secundaria en estos momentos.

c) El generalísimo Gamelin ha sido suplantado por el general Weygand, hombre de mando éste, de Estado Mayor aquél.

Los cambios de hombres en la dirección de los acontecimientos en los momentos críticos son siempre de efectos morales saludables, aun cuando los nuevos personajes no tengan mayor valor que los depuestos. Pero en este caso, sin duda alguna, los hombres que han asumido la responsabilidad de hacer frente al gran peligro, tienen mayor formato que los anteriores y, por sus condiciones y su historia, ofrecen más puntos de apoyo a la esperanza. Tal vez hayan llegado un poco tarde para movilizar los recursos materiales y humanos de sus respectivos países en dirección a la guerra, pero dan la impresión de que hay en ellos nervio y vida. Las palabras de Reynaud en el Senado francés el 21 de mayo, son de una claridad meridiana. En los instantes decisivos de la vida de un pueblo, vale más la verdad que la mentira sistemática, la simulación, la cuquería. Lo hemos visto bien en España, donde la política negrinista de arrojar arena en los ojos a los españoles nos llevó al desastre.

Los pueblos francés e inglés, vivían engañados por sus dirigentes políticos y militares. No se había querido crear el clima propio de la guerra, para no despertar fuerzas populares, que al mismo tiempo que con su sacrificio, su sangre y su vida, podrían entrar en liza con otras finalidades diversas a las de la casta caduca de los Chamberlain y Daladier. A través de la distancia y de las noticias, comprobamos que Francia y Gran Bretaña, se sitúan en los últimos días, a los nueve meses de hostilidades, en el terreno moral,

psicológico en que habrían de haberse situado al menos en septiembre de 1939.

El armamento moral parece logrado. La "quinta columna", que campaba por sus respetos en Francia y Gran Bretaña, será reducida. Es algo. El armamento material es tarea larga y costosa. ¿Se conseguirá sin una verdadera ayuda de los Estados Unidos? ¿La ofensiva alemana dejará el tiempo necesario para esa preparación?

Lo sabremos en pocas semanas. Pero si Alemania perdiese la batalla actual, dejando margen a los aliados para aprovechar la terrible experiencia a que fueron sometidos con la embestida iniciada el 10 de mayo, habrá perdido casi el cincuenta por ciento de sus perspectivas de victoria. De ahí su interés en ganar la batalla empenada.

Otro de los acontecimientos de la guerra ha sido el pedido de Roosevelt al Senado americano, de nuevos créditos para fines militares, señalando dramáticamente cómo se borran las distancias con la aviación moderna y cómo es ilusoria la neutralidad americana, basada sobre todo en la lejanía de los eventuales agresores. Su mensaje al Senado ha producido sensación en todo el mundo. Estados Unidos quiere contar en 1941 con 50.000 aviones de guerra, con poderosos efectivos en el ejército y en la marina. Por esas y otras consideraciones ha pedido un ministro argentino una revisión del concepto de la neutralidad americana.

#### LAS CONSIGNAS DE LA "QUINTA COLUMNA"

LA "quinta columna" organizada en todos los países, beligerantes o neutrales, aprovecha todos los motivos y todas las posiciones para justificar y desear la derrota aliada en esta guerra. Uno hablan de no intervención en las pugnas de los imperialismos, otros se acuerdan ahora de razones morales e ideológicas contra la guerra, otros de los agravios que tenemos contra el imperialismo inglés por su rapacidad histórica y sobre todo por su comportamiento en la guerra española. ¿Torpeza mental o verdadera adhesión al nazismo?

Nos referiremos ahora a este último motivo para preferir el triunfo hitleriano al triunfo de los aliados en esta guerra. Encontramos entre los que se inclinan hacia esa solución incluso a muchos amigos nuestros y a personalidades destacadas del republicanismo español. ¿Agravios contra la política imperialista lejana y contemporánea de Gran Bretaña y de Francia? Podríamos presentar un nutrido catálogo de infamias y monstruosidades. España, la España popular de 1808 y la de 1936, fue aniquilada, derrotada

por Francia y por Inglaterra en primer término, unas veces con la no intervención (1936-39), otras interviniendo (en 1823 con la invasión de los cien mil hijos de San Luis en apoyo de Fernando VII). No lo olvidamos, como no podemos olvidar que la Bélgica mártir, invadida y destruida dos veces en el último cuarto de siglo, ha visto con la máxima complacencia la invasión italo-germana en España y estuvo lejos de mantenerse por lo menos equidistante de Burgos y Madrid. ¿Péro es razón esa para que nos alegremos ahora de que esté a punto de desaparecer bajo la barbarie nazi? Desde hace muchos años hemos venido sosteniendo que el imperialismo inglés al cual se habían sumado las Trade Unions y el laborismo, no podía continuar existiendo más que en daño de la humanidad y que era preciso proceder a una reordenación de las relaciones internacionales y de la justicia interior. No deseamos que el imperialismo británico persista, pero deseamos mucho menos que se afirme el imperialismo alemán y el italiano, del cual los españoles tenemos motivos no menos graves para estar quejosos, a causa de las invasiones romanas de rapiña y de expoliación en lejanos siglos y de la intervención reciente para asegurar el triunfo de nuestros enemigos, aliados suyos. Por justificado que sea el rencor que guarden los españoles a la Gran Bretaña y a su política y a la Francia no interventora e interventista, según las oportunidades, en la política española, hoy representan una barrera, la última barrera, contra la dominación mundial del totalitarismo. Desear su aniquilamiento por la victoria nazi es inconsciencia o adhesión a la barbarie.

Nosotros, que no podemos pecar de aliadófilos, porque estamos de vuelta de tantas cosas, por intenso que sea nuestro deseo de ver debilitados el imperialismo francés y el británico, no debemos incurrir en el gravísimo error de dar armas al nazismo, esperando de él reparación a nuestros agravios. El totalitarismo nazi-comunista-fascista, que se va reconociendo hermano legítimo, es el enemigo, el enemigo mayor. Su derrota será una victoria de la humanidad progresiva. Y si Francia e Inglaterra cumplen esa misión en defensa de su supervivencia, con eso solo no se habrá logrado todo, pero sí se habrá logrado algo primordial: el derecho del hombre a pensar y a sentir como un ser humano.

#### OBJETIVOS DE GUERRA

SE ha fortificado el frente interno, psicológico, de guerra en los pueblos aliados. Se advierte ya el clima moral de guerra. Implica ello medidas de rigor, de severidad. Pero es que la "quinta columna" actuaba libremente en Francia y en Inglaterra. Las fábricas seguían

beatíficamente el ritmo de los beatíficos Gamelin-Chamberlain-Daladier. Ese ritmo permitió la llegada de los alemanes a pocos kilómetros de París, a unos minutos de vuelo de Londres. Parece que cambió ese aspecto suicida del trabajo y de la lucha. Pero no basta electrizar a los pueblos para el sacrificio supremo en las trincheras o en las fábricas; hay que tener objetivos de guerra que merezcan a la larga y a la corta derramar la sangre por ellos. Por el momento puede bastar la defensa de la casa solariega atacada por el bandolerismo nazi. Franceses e ingleses defienden su hogar, el fruto de su trabajo, su manera de vivir y de sentir y pensar. Expulsar a los invasores, bien; alejar el peligro de invasión, bien; pero si no hay otros objetivos, el sacrificio hecho no estará en relación con la ganancia obtenida. Aun expulsando a los invasores queda pendiente el peligro de guerra. ¿Se quiere suprimir ese peligro, como declaró neciamente el señor Chamberlain, aniquilando al pueblo alemán? El peligro de nuevas guerras se puede suprimir, en el momento actual de la historia, de esta manera:

1. Por la independencia de las colonias y dominios de Francia y Gran Bretaña.
2. Por la restricción de la soberanía de los Estados nacionales, haciendo del continente europeo una gran unidad económica sin barreras aduaneras, sin ejércitos permanentes, en pacífica convivencia de pueblos, idiomas, razas, religiones.
3. Por la distribución equitativa de las materias primas para la industria, y el libre acceso del hombre, cualquiera que sea su raza y su color, a todos los lugares donde crea posible asegurarse los medios de subsistencia, con lo cual dejará de haber potencias industriales privilegiadas y desheredadas y necesidades apremiantes de espacio vitales.

Si Europa ha de continuar después de esta hecatombe como hasta aquí —sin Alemania o sin Gran Bretaña—, como un zoológico de fieras carniceras espiándose a través de los barrotes de las jaulas, ni la muerte por la patria tiene sentido y poder de sugestión.

Recordando el personaje de Zola, frente a los aliados que son más débiles que el nazismo porque carecen de un ideal para mover a sus pueblos, y ser más fuertes que sus enemigos, decimos: ¡Hay que devolver! Gran Bretaña y Francia tienen que devolver la libertad a las colonias subyugadas, evitando así que sean a su vez y a su turno subyugadas por Alemania, y tienen que proponerse como plataforma de la victoria la reconstrucción de las relaciones del mundo sobre bases de justicia. Entonces los pueblos no vacilarán en dar cuanto tienen en fuerza, heroísmo, trabajo, vida. Y el triunfo

será seguro. Es triste finalizar ya el primer año de guerra sin que de parte de los países aliados se sepa por qué se lucha. ¿Es que alguien se acuerda ya de Polonia?

Confiemos que, en el interés de la propia supervivencia, lo mismo que han sido superados los métodos tácticos de Chamberlain y Daladier, los hombres de Munich, entrando decididamente en el clima psicológico de guerra, también se superará la absurda pretensión de luchar por una Europa y un mundo que se parecerá, después de la contienda, al que originó esa contienda y al que volverá a reproducirla unos años más tarde.

Para que la guerra de los aliados contra el totalitarismo sea victoriosa, hay que luchar por la paz y por la justicia. Los aliados no luchan todavía por ellas, y eso puede dar justificaciones a la neutralidad del mundo, que se figura que ve los toros desde la barrera.

#### LA VERDAD ES OPORTUNA SIEMPRE

DESDE el día siguiente al del comienzo de la guerra de España venimos oyendo la misma monserga; no es cuestión de hablar. ¿Quiénes lo dicen? Precisamente los que no hacen ni hicieron más que hablar del acontecimiento. De modo que el "no es ocasión de hablar" tiene en boca de ellos esta significación: "no es ocasión de que hablen otros que nosotros". Y "nosotros", ya se sabe quiénes son: los que tienen interés en que persista la mentira.

Otros arguyen que es cosa de buen gusto callar. También son de los que piensan y dicen en realidad: que callen los otros, los que tienen una verdad que decir. Pero aun cuando, en efecto, callasen ellos ¿cómo es posible hacer una cuestión estética de una cuestión tan profundamente humana? Lo que menos debe importar es si es de buen o mal gusto decir las cosas, siendo cosas tan fuertes, tan tocantes al fondo humano, como la guerra que España ha sufrido y las grandezas y miserias que en ella se sucedieron. Lo importante es que se diga algo bueno y verdadero.

Aun hay otra especie de argumentadores que alegan la necesidad de "lavar en casa la ropa sucia". Otro lugar común con el que se quiere apuntalar el propio derecho a sacar la ropa sucia en cualquier parte, o, en todo caso, con el que se pretende sofrenar una necesidad humana tan poderosa como la de ventilar en cualquier ámbito, en el que permitan, los problemas que no son domésticos (y aunque lo fueran) sino de alcance mundial.

En fin, todavía existe la variedad de los que opinan que los actores de un hecho no son buenos historiadores de él, y, aparte de que con eso están pidiendo el barato de que se les perdone no haber

actuado en donde debían y encima se les reconozca como los únicos facultados para hablar de eso que era suyo y lo rehuyeron; aparte de esto, citan en su abono el ejemplo de un Thiers (entre otros) que escribe la historia de una revolución que se produjo cuando él no había nacido. ¡Así es su historia! Los vencedores dictaron siempre la moral y la verdad; y los historiadores que vinieron luego acogieron la verdad, que habían dictado los vencedores. ¿Es que nosotros no haremos nada, desde ahora, por impedir que la verdad de la guerra de España sea decretada por los vencedores?

Debemos declarar enérgicamente que nos parecen absurdas, cuando no maliciosas, todas las alegaciones que registramos. Los que actuamos en la tremenda lucha contra los facciosos y contra los amigos traidores en España, y no huímos de las balas a los pocos días, ni fuimos declarados cobardes por ninguna asociación gremial por la fuga, debemos decir todo lo que sabemos de aquello, y debemos decirlo ahora mismo y donde se nos consienta decirlo. Lejos de creer que no nos corresponde a nosotros hablar, que hay que hablar en casa y que es la ocasión de callarse, estamos convencidos de que tenemos la imperiosa obligación de hablar todo lo que sepamos y donde sea.

¿Cuándo fue de "buen gusto" decirle a nadie las verdades? Pero nosotros no buscamos lucir nuestra ropa, un buen corte de traje, una corbata chic, un ademán cortesano. Nosotros buscamos hacer el bien como y donde podamos. Para hacerlo no tenemos más instrumento que el de nuestra verdad. Eso sí; hay que tener, por lo menos, una verdad que decir, y no solamente el garbo de propalar tras la bocanada de humo azul de un buen puro: "¡Oh, también yo podría escribir una historia, quién lo duda". ¿Qué historia? ¿La de la fuga personal? Esa sí que puede no interesar a nadie.

José GABRIEL

## Ante la imperiosa HORA ACTUAL

La única salida decente  
en el dilema europeo

EL imperialismo anglofrancés tuvo en sus manos la implantación de una república proletaria en España que habría estado a la izquierda política de Inglaterra y de Francia, desde luego, pero que, por efectos de la guerra peninsular, habría quedado económicamente en la órbita anglofrancesa, y que, sobre todo, habría impedido el establecimiento del fascismo en la Península. A cambio de una leve concesión política a los españoles ¡cuánta tranquilidad económica propia y cuánta superioridad frente al bloque fascista! En vez de eso, el imperialismo anglofrancés, aliado a la Rusia stalinista, prefirió estrangular toda república española, la proletaria y la misma burguesa. El resultado fue la instalación del fascismo detrás de los Pirineos, con el doble inconveniente de la pérdida de un posible aliado o, por lo menos, de un neutral benévolo, y la aparición de un enemigo más. Porque, no se dude, si los alemanes llegasen a París, si los italianos invadiesen el sur de Francia, si Londres peligrase de algún modo, Franco se declararía antialiado y, lo primero, haría por recuperar a Gibraltar, fuese para sí o, lo más probable, para Italia. ¡Véase todo lo que ganó el imperialismo anglofrancés con su actitud antiproletaria en España!

No fue mejor el negocio de su conducta con la república socialdemócrata de Weimar. Aquella república centrista, tibia, casi más moderada que la francesa, firmó a ciegas la paz de Versalles, inició su exacto cumplimiento y, encima, exterminó a sus propios izquierdis-

tas, de modo que ni Francia ni Inglaterra abrigasen el temor de una revolución. El imperialismo anglofrancés tuvo a Alemania en sus manos, a su completa disposición. ¿Qué le impidió hacer de ella una nación trabajadora y pacífica? Si los anglofranceses hubiesen querido, sometida totalmente Alemania, postrada Rusia, aislado el Japón, aliadas Italia y Norteamérica, allí mismo pudo inaugurarse el desarme mundial y la federación europea, que imposibilitasen todo conflicto bélico. Y si esta perspectiva es demasiado optimista, no cabe duda, de que, por lo menos, los vencedores pudieron convertir a Alemania en una nación provechosa y amiga. Era el modo de anularla como nación rival y belicosa, porque los alemanes no son como hombres ni más ni menos agresores que los demás, sino lo que las circunstancias sociales les imponen. En vez de eso, los anglofranceses, que empezaron por no ofrecerles en su mesa a los delegados alemanes a la paz, una silla, y que siguieron por negarle a Alemania la entrada en Ginebra, prefirieron acogerla a la república socialdemócrata de tal manera, que provocaron la reacción hitlerista que ahora les tiene a ellos-la mano en el cuello.

Más aún: directa o indirectamente, los anglofranceses facilitaron el ascenso del fascismo español, y el del alemán lo facilitaron de las dos formas. En efecto, además de provocar con su ferocidad la reacción alemana, la plutocracia anglofrancesa subvencionó a Hitler, porque creyó que Hitler reanimaría y armaría a Alemania contra Rusia. Su tolerancia en el avasallamiento hitleriano de Austria y de Checoslovaquia siguió obedeciendo a esa creencia. Hitler necesitaba fortalecerse para hacer frente al coloso ruso.

Por lo demás, es indudable que el imperialismo francoinglés viene impidiendo desde hace mucho tiempo en Europa, la solución satisfactoria de los problemas de las nacionalidades, de la distribución territorial equitativa, del intercambio de productos; viene insistiendo con su ejemplo o haciendo posible el imperialismo norteamericano y el japonés; y viene perpetuando en todo el mundo una política colonial horrorosa. ¿Cómo iban los anglofranceses a tolerar en España una república proletaria, si lo que ellos quieren desde hace tres siglos y pico es que España no resucite con república ni con monarquía ni con ningún régimen que pueda resucitarla? ¿Có-

mo iban a dejar vivir a la república de Weimar, si su afán desde hace setenta años es excluir de toda competencia económica a Alemania, armada o inermes, belicosa o pacífica? Y ¿cómo van a dejar que Italia sea dueña de su propio mar, ni Grecia, Turquía y Japón del suyo, ni Iberoamérica de sus propias tierras, ni los Balcanes de su población?

No desconocemos pues la responsabilidad que tiene el grupo anglofrancés en el actual conflicto del mundo. Es inmensa. No la desconocemos y sabemos que nuestro deber es luchar por que sus efectos se cancelen definitivamente: por que todos los pueblos posean en la tierra su sitio, su pan y su libertad, para lo cual tendrán que desaparecer el imperialismo francobritánico y todo otro.

Pero, vamos a ver: frente al avance del totalitarismo alemán ¿qué hacemos? Si fuese la república de Weimar la que se defendiese de los aliados, socialdemócrata y todo estaríamos con ella, por supuesto. Pero la Alemania que atropella representa un imperialismo tan feroz como el otro, y encima implica una coerción totalitaria que el otro imperialismo, dígame lo que se quiera, no ejerce, y arrastra los imperialismos y los totalitarismos de Italia y de Rusia, este último peor aún. ¿Vamos a entregarnos a este amo por desechar al otro?

Hay la posibilidad de que los dos grupos imperialistas en pugna se destrocen entré sí. No debe acogerse tal perspectiva con la satisfacción con que la acogen todos los que la desean. En la vinculación forzosa que hoy tiene el mundo, la ruina de unos puede ser la de todos. Por otra parte, el ejemplo de Rusia nos enseña que sobre las ruinas es más fácil erigir el despotismo que la libertad. Pero supongamos que la acariciada perspectiva de un mutuo destrozamiento imperialista fuese para la causa de la libertad y de la dignidad humana todo lo propicia que se cree: ¿y si se queda en perspectiva, no más?

La actitud de Lenin en la gran guerra anterior está guiando a muchos y puede alucinarnos a todos. Realmente, nos enteramos del derrotismo leniniano cuando estaba triunfante, cuando, vencida Alemania e incapaces Francia e Inglaterra para intervenir con eficacia en Rusia, el proletariado ruso parecía dueño absoluto de sus

destinos. Pero, en primer lugar ¿qué habríamos dicho del derrotismo de Lenin si lo hubiésemos conocido cuando los ejércitos alemanes avanzaban fulminantes sobre París, o aun cuando la campaña submarina de von Tirpitz amenazaba el señorío británico del mar? En segundo lugar ¿quedó verdaderamente dueño de sus destinos el proletariado ruso? La costumbre, universalmente aceptada, de imputarle a Stalin la degeneración innegable de la revolución rusa, nos exime de pensar sobre ella. Si pensamos un poco, veremos que Stalin aceleró y acentuó el proceso degenerativo, pero que el origen de la enfermedad es anterior y se halla en el totalitarismo implacable de Lenin apoyado por Trotski, quienes se libraron de la tacha, el uno porque tuvo la suerte de morir antes de que le tocara, y el otro porque resultó víctima de ella. ¿Es la situación rusa leniniana de 1918 la que debemos anhelar, para que imitemos desde ahora la postura de Lenin ante la guerra? Y en tercer lugar, entre la actitud de Lenin y la de los que hoy creen imitarlo hay esta diferencia: que Lenin contó con una Internacional auténtica, a la cual propuso el derrotismo dentro de todos los países en lucha, mientras que los imitadores tienen una ficción de Internacional que ampara a uno de los dos bandos guerreros, y sólo predicar y practican el derrotismo dentro del otro bando. Por lo demás, Lenin, como todo triunfador, fue un hombre ilógico: despreció el liberalismo burgués ruso, pero se aprovechó de él; condenó el terrorismo, pero recorrió el camino que el terrorismo despejó ante él; era incapaz de matar a un hombre, pero dejó que la Checa matase a todos los que podían estorbarle; y predicó en Suiza el derrotismo ruso, mientras los soldados de su patria morían en Austria, en Polonia, en la Prusia oriental por ayudar a los aliados a derrotar a los germanos. El éxito puede justificar después tales contradicciones; pero también puede condenarlas el fracaso. Un hombre afortunado es un espectáculo y no debe ser un ejemplo.

Con todo, admitamos que el derrotismo valiese ayer y valga hoy. Pero ¿quién nos garantiza que el resultado de la lucha entablada será la común postración de los contendientes, y no otro? ¿Cómo podemos adquirir la seguridad de que en ningún caso llegarán a triunfar los nazis alemanes y con ellos los fascistas ita-

lianos y los stalinistas rusos? Y mientras esta seguridad no sea posible, no podemos practicar ni aconsejar ni aplaudir un derrotismo parcial que puede justamente ayudar al triunfo del peor.

No puede cuestionarse, desde luego, entre gente reflexiva, lo que el posible triunfo alemán representaría para el mundo. Sin liberar a uno solo de los oprimidos, el imperialismo totalitario victorioso sojuzgaría o exterminaría a todos los libres. No se humanizarían las fronteras europeas: se borrarían en beneficio de uno solo; no se distribuiría equitativamente los productos: cambiarían de consumidor arbitrario; no se emanciparían las colonias anglofrancesas: pasarían a otras manos; no regularíamos nosotros nuestra economía: tendría contador alemán en vez de inglés. Y encima desaparecería la libertad política, espiritual y moral que dentro del sometimiento económico nos consienten los actuales amos.

Entre nosotros, muchos piensan que Alemania, aun triunfante, quedaría demasiado lejos para que pudiésemos temerle. Hoy no existen distancias en el mundo. Si existen, Alemania sabe salvarlas como cualquiera. Y si Alemania no supiese, no lo necesitaría tampoco. Para echarnos su zarpa brutal, le bastaría con sus partidarios argentinos, reforzados por los alemanes residentes, por la mayoría de los italianos y por no pocos amigos suyos de otras nacionalidades. Los partidarios argentinos de Alemania son ya cuantiosos, y es inútil negarlo: todos los civiles y militares setembrinos, casi todos los católicos, la mayoría de los militares, setembrinos o no, la mayoría de los funcionarios y empleados públicos, todos los acomodados de la vida que no tengan algún interés personal con los anglofranceses, y muchos más. ¡Y los exitistas que se arrimarían al vencedor! Y aunque no sean propiamente germanófilos, debe contarse entre sus auxiliares a los stalinistas. Toda esta gente, que ahora mismo no oculta su satisfacción ante los éxitos bélicos hitlerianos, se encargaría de hacernos sentir inmediatamente el triunfo nazi, con la implantación del totalitarismo en el país.

He ahí el peligro. ¿Vamos a contemplarlo indiferentes? ¡Vamos a fomentarlo! Pues si no aceptamos lo uno ni lo otro, y no somos capaces tampoco de ir a Alemania, a Italia, a Rusia a practicar ni a predicar el derrotismo que se aconseja para el otro bando,

debemos desear que los aliados impidan el triunfo alemán. Es la única salida decente.

“¡Partidarios del imperialismo francobritánico!” declaman en seguida los que exhiben en el mostrador una mercadería diferente. ¡Paciencia! En tiempos atroces, en que apenas hay defensa contra la agresión y no la hay en absoluto contra la calumnia, el procedimiento de los hombres honrados debe ser, arrostrar a los agresores y a los calumniadores. Nosotros sabemos que somos enemigos del imperialismo anglofrancés y que anhelamos verlo aniquilado. Pero este fervoroso anhelo nuestro no nos induce a adoptar posturas equívocas, que en último término se amoldan a todo, ni menos a auxiliar de ninguna manera a otro imperialismo, que no es, como se dice, un imperialismo joven y necesitado frente a un imperialismo saciado y viejo, sino, al contrario, la resurrección de un imperialismo decrepito, ante el cual el otro es progresista y casi humano. Todo totalitarismo es más atrasado, es lo primitivo brutal. Francia e Inglaterra, con todas sus bondades, están estorbando la marcha de los hombres libres; pero el totalitarismo que quiere sacarlas de en medio no nos estorbaría: nos aniquilaría.

#### UNOS DÍAS DESPUÉS.

El ritmo veloz de la hora presente amenaza con la inactualidad a todas las palabras. No ha recaído aún, en lo sustancial, sobre las que anteceden; pero a los pocos días de escritas, los hechos obligan ya a reavivarlas.

Lo que hasta hace poco no se quería creer, empieza a ser creído: el triunfo alemán, que implicaría el triunfo italiano y el triunfo ruso, es decir, el triunfo del totalitarismo en el mundo. Aun no es un hecho, por fortuna; aun puede frustrarse; pero ya es una posibilidad inminente. Y debemos reconocer que lo es, tanto por la notable superioridad totalitaria de fuerzas materiales, como por la orfandad francoinglesa de consignas sociales. Claro que Francia e Inglaterra deben oponer tanques y aviones al avance nazi; pero

también, y quizá sobre todo, deben oponerle una promesa social mejor. En todas las guerras ocurre que uno de los contendientes es más humano y el otro más profesional. Napoleón, mientras llevó consigo el aliento de la Revolución francesa, fue más humano que sus adversarios, fiados principalmente en su profesionalismo. En el 14, los humanos fueron los aliados, y los profesionales los germanos. No acontece hoy exactamente que los nazis sean humanos, y profesionales los francoingleses; pero es evidente que los nazis fían su éxito a partes iguales en su capacidad profesional y en su política. Vamos a ver: esto que hoy llamamos Quinta Columna nazi ¿no es, con la variedad del tiempo, lo que en las guerras napoleónicas se llamaba “maniobras a retaguardia”? Napoleón fue un genio bélico, es indudable; pero sólo venció donde su estrategia y su táctica militares estuvieron precedidas por su estrategia y su táctica políticas, es decir, por sus célebres maniobras a retaguardia, que no pudo ejecutar en Egipto ni en Rusia, y que se vieron contrarrestadas por maniobras semejantes, más felices, en España y en Waterloo. Los nazis arrojan hoy al enemigo masas de tanques y diluvios de aviones; pero antes de eso le han arrojado la Quinta Columna, las maniobras a retaguardia, sus nuevas consignas sociales, que son las que por otra parte les permiten esa nueva estrategia y esa nueva táctica militares que han desconcertado a todo el profesionalismo marcial aliado. A éstos métodos, a estas armas, repetimos, los anglofranceses deben oponer aviones, cañones, tanques, movimientos tácticos, heroísmo personal etc., pero también un ideal social superior que mine la retaguardia enemiga... y que reconquiste efectivamente la retaguardia propia. No se ve hasta ahora a los aliados por este camino; al contrario, parece que, amenazados de muerte, se afanan por extremar su vieja condición, exagerando aquellos defectos propios que dieron alguna justificación al nazismo; y esta cerril actitud suya, más aún que el avance de la ola alemana de acero y de fuego, es la que hace posible el triunfo totalitario. Ante tal posibilidad, la Quinta Columna preparatoria se envalentona y se agita ostensiblemente. Hay en la Argentina una Quinta Columna organizada y advertida, no lo dudemos, y está pronta al asalto. Existen en nuestro territorio

millares de alemanes perfectamente regimentados y equipados; millares de italianos no tan bien preparados, pero susceptibles de estarlo en poco tiempo; españoles franquistas y republicanos germanófilos por resentimiento contra Inglaterra y Francia, contribuyentes a la formación del clima nazi, por lo menos; argentinos directamente nazis o fascistas, indirectamente lo uno y lo otro por anglofobia, y criaturas del triunfo que se plegarán al que mande; y existen esos stalinistas que fingen una postura antiimperialista, pero que en realidad favorecen y esperan la victoria nazi porque es la de sus aliados y sus iguales, y que con su propaganda engañosa han originado una confusión paralizadora en los medios estudiantiles y proletarios. Toda esta gente está pronta, está en acecho, espera la toma de París, un vuelo destructor sobre Londres, la entrada de Italia en la guerra, para echarse sobre nosotros, para derribar al Presidente Ortiz, que puede no tener consigo todo el ejército ni la policía y que, aun cuando los tenga, quién sabe si serán más eficientes que los alemanes de Misiones reforzados por italianos y argentinos y en contacto con la numerosa y poderosa colonia nazi del Brasil. Por otra parte, en La Plata, donde actúa un delegado del poder federal, acabamos de ver a la policía impidiendo demostraciones públicas antinazis, mientras deja que se desarrolle a plena luz la fuerza nazi y fascista.

La sensación de este peligro cierto e inminente, ha empezado a provocar en el país reacciones liberales. Políticos, intelectuales, hombres y hasta mujeres "distinguidos", se agrupan para realizar una campaña antinazi. Muy bien. Si alcanzan a pronunciar por ahí unos discursos o a imprimir algunos artículos y panfletos, será algo. Pero no se espere de ellos otra cosa. Están, como el régimen burgués y capitalista a que pertenecen, llenos de contradicciones y de goteras. Unos invocan la "dulce Francia", otros se proclaman "soldados del Imperio romano" (¿por qué no son fascistas, entonces?) otros siguen a Maurrás y abogan por una especie de nueva Santa Alianza; con el Imperio británico, el Imperio francés, el Imperio italiano y el Pontificado; otros alegan un vago argentinismo de "tierra adentro", sin advertir que los alemanes han minado el interior argentino tanto o más que el Litoral y que la Capital fe-

deral; otros, en fin, creen que todo es cuestión de ignorancia... Sobre esta base, no se llegará a nada positivo. No es el caso de estorbar su labor; todo lo contrario, se puede y debe alentar como manifestación antinazi. Pero la salvación, aquí, como en el frente europeo, está en oponer a la estrategia y a la táctica del enemigo, una estrategia y una táctica superiores. Si la Argentina cree que se defiende con discursos, puede amanecer un día de estos, como Austria, como Checoeslovaquia, como Polonia, como Dinamarca, como Noruega, como Holanda, como Bélgica, como Luxemburgo, como Francia, arrollada.

La súbita rendición del fuerte belga Eben Emael hizo que se hablase en el mundo unos días de un gas alemán enervante. Los que vimos por dentro la guerra de España, conocemos ese gas, con sus ingredientes y su nombre. Los ingredientes son el fascismo emboscado y el stalinismo mentiroso; el nombre, la Quinta Columna. Contra este gas, hay quienes tienen escondida en casa una careta. El hombre que no se sienta capaz de enmascararse, debe resollar para afuera. No hay otro recurso para librarse de la rendición incondicional.

## *La ingratitude de Benavente con el pueblo leal*

AL año vuelve a abrir el pico el Sr. Benavente. Se ve que los "victoriosos" no toleraban más su silencio. "¿Eh, qué tal? ¿Cuándo dice Vd. algo de los rojos, Vd. que estuvo con ellos?". Las preguntitas debían de ser ya torturadoras. Es posible que hasta empezasen a escasear los bonos de alimentación. ¡Los odios que deben apretar los dientes en la España facciosa! Y el Sr. Benavente tuvo que hablar. "Vuelta a la vida" ha dicho. Sí, es cierto: mientras haya agitación hay vida, aunque sea la del pataleo en la horca. Pero ¡qué lengua saca, el desdichado! "Vuelta a la vida", es decir: vuelta a patalear, él que ya estaba en la fosa.

Hablé con el Sr. Benavente en Valencia, a los dos meses escasos de iniciada la guerra. Vivía en un cuarto piso, con su secretario y unas actrices. Estaba resfriado, sordo y chocho. Había declarado públicamente su repudio al señoritismo español y acababa de protestar contra el asesinato de García Lorca. A mí me dijo que no había estado nunca con la gente del nacionalismo, y aun añadió enfático: "¡Si tuve épocas en que me consideraban socialista y enemigo!". No se me quejó de su situación entre los leales, que no lo molestaban para nada, y sólo hizo un reparo general a los tiempos, que yo podría haber hecho también: fueran unos, fueran otros, todos hablaban de dictadura, y ninguno de libertad. Con todo, y aun descontando sus cuerpeadas de viejo canchero, me dió la impresión de estar reblandecido. "Hable Vd. más alto, que no oye", me decía de pronto el secretario. El Sr. Benavente ha sabido hacerse el sordo cuando le ha convenido; pero entonces, en efecto, no oía. Han transcurrido tres años y medio, y es lógico pensar que crecieron la sordera y el reblandecimiento. Algo, mucho, de reblandecido, tiene esta "Vuelta a la vida" del Sr. Benavente. ¿Vuelta a calaverear, desde la tumba? Sería como Don Félix de Montemar, entre tibias y cráneos descarnados.

Hemos de ser sinceros: forzado, reblandecido o como sea, el artículo del Sr. Benavente pudo ser respetable si, con agachadas facciosas y todo, hubiese deslindado claramente entre el pueblo leal español y los dirigentes republicanos y stalinistas. Escribe el Sr. Benavente: "En el gobierno rojo no fracasaron las ideas; fracasó la decencia". Exactamente, y esa es la victoria de los que estuvimos con el pueblo leal y contra el "gobierno rojo" (entiéndase el "gobierno sumiso a Moscú"): que tuvimos oportunidad de comprobar que nuestras ideas eran atinadas y viables, aunque fracasásemos momentáneamente ante la indecencia de Prieto, Negrín y sus patrones y sirvientes stalinistas. Escribe también el Sr. Benavente: "En nación alguna; en revolución alguna del mundo, se han juntado, para ignominia de un pueblo, hombres más desalmados, más incapaces, intelectual y moralmente; sin un destello de nobleza y de espiritualidad; desleales unos con otros; cobardes,

hasta temer más el triunfo de los suyos, que de los enemigos, porque sabían que el triunfo de los suyos pudiera ser un peligroso rendimiento de cuentas y el del contrario una fuga cómoda al extranjero, bien provistos de fondos saneados, para darse muy buena vida". Exactamente asimismo. Con matices que no vale la pena distinguir, es lo que, tres años antes de producido, anuncié yo en artículos, en folletos, en dos libros, en conferencias, en conversaciones. Para anunciarlo y tratar de impedirlo salí de España, con la creencia ingenua de que el mundo me escucharía. ¿Quién escucha en nuestra época a un hombre honesto? En el mejor de los casos, es un "idealista". ¡Es la hora del "realismo", que engorda y justifica a todos los crápulas!... Por lo demás, los lectores de TÍMÓN saben ya, con documentos, hasta qué horrible extremo es cierto que el gobierno republicano-stalinista prefirió la derrota al triunfo. Pero, cuando nosotros decimos estas cosas, nos tomamos buen cuidado en distinguir entre dirigentes culpables y pueblo engañado, mientras que el Sr. Benavente engloba en su crítica a pueblo y dirigentes, y esto es inaceptable.

El pueblo leal, en efecto, lejos de ser culpable de esa indecencia que señala el Sr. Benavente, fue la primera y, en realidad, la única víctima de ella. Todo lo que dependió del pueblo leal directamente fue santo y, en el caso peor, erróneo, jamás malvado. El pueblo leal trabajaba y fue obligado a tomar las armas para defender a la república y para defenderse; tomó las armas y tuvo que matar, pero no asesinó, y aun protegió con ellas a muchos enemigos, entre los primeros, al Sr. Benavente, como veremos en seguida; debió sostener la guerra y lo hizo noblemente; tuvo que encarar la revolución social y la encaró con un decoro, con una alegría y con una eficacia prodigiosos. Al pueblo leal no podrá decirse sin calumnia que fue desalmado, incapaz, innoble, inespiritual, desleal, cobarde, ladrón etc. etc. Ni uno solo de estos adjetivos les ahorraremos a Negrín y a los suyos; pero el pueblo leal, por errores que cometiese, no merece el más leve de tales dictérios. Todo lo que podrá llamársele con razón es cándido, ingenuo, confiado. ¿Cómo pues englobarlo justamente con los que lo vendieron?

Asegura el Sr. Benavente que su casa de Madrid fue registrada "por el pueblo" dos o tres veces. ¿Qué buscaría en su casa madrileña el pueblo teniéndolo a él en Valencia? Y ¿qué "pueblo" era? Sería alguna patrulla stalinista. Además, el Sr. Benavente, con su traición de ahora, está justificando todas las sospechas que el "pueblo" madrileño pudiera haber concebido sobre él. "Del gobierno sí podía esperar cualquier atropello, pero del pueblo... del pueblo de Madrid, no lo esperaba nunca". El Sr. Benavente, madrileño y dramaturgo fecundo, se siente un Lope de Vega sin exequias fúnebres populares. No dejemos pasar el detalle y anotemos que, cualesquiera que sean los méritos literarios y dramáticos del Sr. Benavente hay mucha distancia de él hasta Lope, y, de cualquier modo, Lope, alcahuete de nobles y todo, tiene una raíz y una comprensión popular de que carece en absoluto el Sr. Benavente, dramaturgo de casa de huéspedes, poeta de la pequeña burguesía española desencajada socialmente. Su obra, de atisbos geniales, naufraga al fin en una chabacanería de patrona de pensión. El Sr. Benavente es el dramaturgo del Madrid de Alfonso XIII, ingenioso y chacabano, como podría atestiguarlo José Ortega y Gasset. "¿Qué cátedra desempeñas tú? —la de metafísica, Majestad—. ¡Atiza!". El Madrid del Cuartel de la Montaña y de la Defensa es otro, es el Madrid genuinamente popular, contra grandes y pequeños burgueses, contra Alfonso XIII y contra Azaña; y ese Madrid no está en la obra benaventina. Nada de extraño pues que el "pueblo" de ese Madrid hubiese registrado una o dos o tres veces el vulgar piso madrileño del Sr. Benavente, donde por otra parte, abandonado por el inquilino podían anidar ratas o esconderse facciosos. Pero téngase la seguridad de que no hubo tales registros, propiamente, y si los hubo, no fueron del "pueblo", y si, en fin, fueron del "pueblo", el Sr. Benavente no dice que en ellos le robasen ni le destrozasen nada.

Del pueblo valenciano, entre el que vivió los tres años de la guerra, no expone queja alguna. Menos mal.

Le tocó, al comienzo, vivir unos días entre el pueblo barcelonés. Se hallaba en Barcelona, con una compañía de cómicos, cuan-

do se produjo el alzamiento militar. Y dice ahora que lo llevaron detenido a la jefatura de policía, donde durmió "seis o siete noches en el suelo", para comparecer luego "ante un tribunal revolucionario, que, por atención a mis años (así dijeron), me dejó en libertad, no sin protestas de algunos de sus componentes". ¿Es mucha acusación esta para un pueblo sacado de quicio por todos sus dirigentes? No declara el Sr. Benavente que manifestase allí su adhesión a la república agredida. Por otro lado, lo atraparon en el Hotel Colón, donde los facciosos se habían hecho fuertes, y en compañía de aquéllos cómicos (los de la Heredia) que no tardaron en declararse facciosos. Y es seguro que no faltaba en el "tribunal revolucionario" quien conocía bien la carrera dramática y política del Sr. Benavente, y sabía que en la primera había coqueteado un día con las izquierdas ("Los malhechores del bien") y otro con las derechas ("La comida de las fieras") y en la segunda había aplaudido a Primo de Rivera y repugnado la república. Sobraban motivos para considerarlo enemigo. Eso, sin tomar en cuenta el olfato de los que, como en Madrid, pudieron sospechar la deslealtad que ahora revela. Sin embargo, todo se redujo para él a dormir en el suelo seis o siete noches (el pueblo agredido por la espalda dormía ya en las fosas) y a comparecer ante un tribunal que respetó su ancianidad. A un pueblo que hace eso ¿se le puede englobar con los desalmados, con los innobles, con los cobardes?

Pero hay algo más decisivo para relevar la canallería de este anciano que ni siquiera sabe ser agradecido con los que respetaron sus canas, y es que lo que cuenta de su aventura barcelonesa no es verdad o está dado de tal manera que con la verdad logra la mentira. La verdad es la siguiente. Vencido a fuerza de sacrificios, por el pueblo, el temible reducto faccioso del Hotel Colón, en la Plaza de Cataluña de Barcelona, el Sr. Benavente fue hallado dentro, con algunos otros civiles y con los militares rendidos. Quien sepa cómo tuvo que tomar el pueblo aquella fortaleza facciosa teóricamente invencible, comprenderá con qué furia debieron de entrar los vencedores, aparte de la lógica furia que en todo el pueblo había levantado la agresión militar-clerical. La ancha Plaza

de Cataluña era un tendal de hombres, volteados por el fuego faccioso del Círculo Militar, de la Maison Dorée y sobre todo del Hotel Colón, edificio alto, amplio, sólido, en posición eminente y en el que los sublevados habían apostado con anticipación las ametralladoras. Contra semejante reducto, el pueblo apenas tenía otra arma que sus puños. Yo lo vi luego y no ostentaba mucho más daño que unos tabiques agrietados y unos vidrios rotos. Fue donde los comunistas instalaron su sede principal, con el nombre de Casa de Lenin. Puede decirse sin metáfora que el pueblo tomó el edificio a puñetazos. Los milicianos (todavía no llamados así, pero ya actuando como tales) irrumpieron rojos de sangre y de rabia escaleras arriba y recovecos adentro, mataron a quienes se resistieron aún, apresaron a los demás, perdonaron a los soldados, mandaron a fusilar a los oficiales que hallaron en armas y retuvieron en averiguación a los que se entregaron y a los civiles. De los civiles había el perfecto derecho de pensar que no estaban allí por casualidad, sobre todo el Sr. Benavente, de quien se sabía que siempre había andado esquivo de la república y a quien se veía en aquel momento rodeado de chicos que podían ser falangistas y con tal pánico que ni atinaba a dar su nombre. Por lo demás, en la horrorosa situación de aquel pueblo ¿no se explicaba cualquier acto irreflexivo? Sin embargo, conforme los milicianos reconocieron al Sr. Benavente, lo apartaron del montón (sin quitarle la compañía de sus chicos), lo protegieron, trataron de tranquilizarlo y lo enviaron sobre el pucho, bien custodiado, al Comité que piloteaba Santillán. El Comité era el que a los tres días, instalado en la Capitanía General, se convirtió en Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña, y funcionaba entonces en la Escuela Náutica, frente a Gobernación. Allí fue conducido con sus chicos el Sr. Benavente. Téngase en cuenta que era el 20 de Julio, es decir, el segundo día de la revuelta facciosa, y que aun había poderosos grupos militares resistentes como el del Cuartel de Atarazanas, peleándose por las calles a balazo limpio. Y téngase en cuenta asimismo, que pronto corrió por la ciudad la noticia del hallazgo del Sr. Benavente entre los facciosos. Nada más peligroso para él, en tales circunstancias, que dejarlo libre. Lo condujeron

con sus chicos, los milicianos, ya de noche, a presencia de Santillán, y Santillán, que no pudo conseguir que el detenido dijese su propio nombre siquiera, procuró tranquilizarlo también, le aseguró que sería respetado y le preguntó a dónde quería ir. "Caramba, aquel hombre, así, temblando, sin poder hablar, me dió una lástima enorme", dice todavía hoy Santillán. Si el Sr. Benavente le pide salvoconducto para Francia, se lo da en el acto. "Y eso —observa Santillán— que yo estaba casi convencido de que no era casual su presencia entre los facciosos. Hasta decían algunos que lo habían traído como cronista o cosa así". Pero el Sr. Benavente no acertó a decir nada entre sus chuchos, y entonces Santillán pensó que lo mejor era alejarlo de la hoguera. Aquella misma noche había barco para Valencia. "Váyase Vd. a Valencia, Sr. Benavente, donde todo está más calmo". Y los mismos milicianos que lo habían conducido hasta la Escuela Náutica lo llevaron al embarcadero del puerto, a pocos pasos. Santillán no creyó necesario dotarlo de un salvoconducto, estando el barco allí no más. Esta omisión originó un tropiezo: como los milicianos no habían sido reconocidos aún, una patrulla de guardias de asalto que vio al grupo con el Sr. Benavente y con sus chicos, les quitó el preso (el protegido) y se lo llevó a la Jefatura policial. No tardó Santillán en enterarse del hecho, por los mismos milicianos. Habló por teléfono a la Jefatura, pidió al detenido, apoyó el pedido otro de los dirigentes presentes del Comité, Miravittles, y el Sr. Benavente y sus chicos (uno de ellos era el que yo le vi en Valencia) fueron transportados a bordo, con toda protección, con toda atención, sin un reproche, sin una broma, para salir hacia Valencia sin ningún otro contratiempo la misma noche o la mañana siguiente.

En Valencia, como dije, lo alcancé yo al mes y medio, con uno de sus chicos y las cómicas Pallarés que también obtuvieron libertad y pase desde Barcelona por generosidad del pueblo. "Ya en Valencia, he tenido casa donde vivir, gracias a la bondad de buenos amigos —confiesa ahora y agrega: —He tenido que comer, gracias a la generosidad de la tierra y del corazón de Valencia". ¿Qué tiene pues que reprocharle al pueblo leal? ¿Se parece su suerte a la de García Lorca entre los facciosos?

Cuando yo le preguntaba si creía en el fusilamiento de García Lorca, de que se hablaba con insistencia, a pesar de haber enviado ya su adhesión a la protesta de la sociedad de autores, me decía con su gegeo, su resfrío mocosco, la mirada esquiva y una mueca de risa, que no, y que si en último término era cierto que habían matado al poeta los "nacionalistas", habría sido por error, sin saber a quién mataban, por... "vamos, al fin no era un escritor de la popularidad de uno".

Puede ser que estas palabras del Sr. Benavente, que recuerdo con exactitud, nos den la clave de su fea ingratitud para con el pueblo leal que lo consideró, lo perdonó, lo protegió y luego lo dejó vivir. Hombre de sexualidad trastornada, no sería raro que tuviese flojos otros resortes anímicos, y así como le envidiaba notoriamente a García Lorca la juventud, cierta desfachatez y el lirismo de "Bodas de Sangre" que en él se frustró siempre, le envidiase las cuatro balas facciosas que, pese a los asesinos, significaron al instante una atroz consagración.

CeDInCI

Rudolf ROCKER

## EL PENSAMIENTO LIBERAL EN LOS ESTADOS UNIDOS

VIII

BENJAMÍN R. TUCKER Y SU CÍRCULO

EL más fuerte estímulo lo recibieron todas estas ideas más tarde por medio de BENJAMÍN R. TUCKER, el cual, junto con WARREN, ANDREWS, SPOONER y GREENE, perteneció a los más capacitados representantes del anarquismo científico, como él llamaba a su teoría. La influencia de Tucker fue, en realidad, tan importante que Paul Eltzbacher, en su conocido libro *El anarquismo*, lo elevó a la categoría de los siete grandes fundadores de la doctrina anarquista, un puesto que en justicia sólo a JOSIAH WARREN y no a TUCKER corresponde. WARREN, con su crítica a la *teoría del valor* y su principio del *precio de costo como fundamento del producto del trabajo*, ha dado algo original, que lo pone directamente al lado de MARX y PROUDHON, aun cuando se apartase de la rica multiformidad de esos hombres en los dominios de la doctrina económica y de la filosofía social. Pero TUCKER fue sólo el beneficiario de las teorías de WARREN, y su significación consistió simplemente en que, en base a sus vastos conocimientos y a su extraordinaria capacidad periodística, hizo accesible esa doctrina a muchos, sin añadirle nada esencial (1). Por lo demás él mismo no negó nunca

(1) ELTZBACHER, como él mismo me dijo, no había leído nada de WARREN antes de la redacción de su libro, y sólo conocía su nombre por el *Instead of a Book* de TUCKER. Después de publicar su obra estuve un tiempo en correspondencia con él y le envié desde Inglaterra toda una serie de viejos escritos por los que se interesaba. Cuando lo conocí personalmente en Berlín, después de la guerra, mostró poco interés por sus estudios anteriores y vendió su rica colección de publicaciones anarquistas al Instituto Marx-Engels de Moscú. Fue luego el jefe espiritual de los llamados *nacional-bolchevistas*, un grupo conservador que pretendía la anexión política de Alemania a Rusia, para quebrantar así el tratado de Versalles, y estaba dispuesto a una estatiza-

su dependencia espiritual de WARREN y lo ha caracterizado siempre, con palabras fervorosas, como su *maestro*.

BENJAMÍN R. TUCKER procedía de una familia de vieja stirpe americana y nació en 1854 en South Dartmouth, Mass. Su padre tenía un negocio de aperos para la pesca de la ballena y más tarde fue comerciante al por menor. En 1870 ingresó en la Escuela superior técnica de Massachusetts, pero, como escribió él mismo, no tenía ni el deseo ni la intención de actuar más tarde como técnico. Ya en su primera juventud cayó bajo la influencia del predicador radical WILLIAM J. POTTER, muy en boga entonces por sus sermones en la iglesia de los unitarios en New Bedford. Según los propios datos leyó Tucker la *New York Tribune* desde los doce años y siguió siendo un lector asiduo hasta la muerte de su editor, HORACE GREELEY. Ya a los catorce años estudió a DARWIN, SPENCER, BUCKLE, MILL, HUXLEY y TYNDALL. También concurreó regularmente a las conferencias de WENDELL PHILLIPS, de WILLIAM LLOYD GARRISON, de GEORGE WILLIAM CURTIS, de ANNA DICKINSON y RALPH WALDO EMERSON en el Liceo de New Bedford. En 1872 conoció Tucker en Boston a JOSIAH WARREN y algo más tarde a WILLIAM B. GREENE, que atrajo su atención sobre PROUDHON. El conocimiento de estos dos hombres fue de importancia decisiva para su desenvolvimiento ulterior. En Boston conoció TUCKER también, por primera vez, a VICTORIA WOODHULL, con quien un tiempo estuvo íntimamente ligado, hasta que reconoció que iba por caminos que no podía aprobar ni menos justificar, con lo cual esa amistad tuvo fin. En 1874 viajó TUCKER por Inglaterra, Francia e Italia y estudió vivamente la novísima literatura filosófico-social de aquel tiempo. En 1877 se hizo cargo de la redacción de la revista Ezra Heywood, *The Word*, cuando éste tuvo que ir a la cárcel. En el mismo año le tocó una pequeña herencia que le puso en condiciones de publicar en New Bedford la *Radical Review*, una excelente publicación trimestral, de la que sólo pudieron aparecer cuatro números. A sus colaboradores pertenecían ELÍAS RECLUS, STEPHEN PEARL ANDREWS, LYSANDER SPOONER, EZRA HEYWOOD, DYER D. LUM y algunos otros. Después de la desaparición de la revista entró TUCKER en la redacción del *Boston Globe*, donde actuó casi doce años, hasta que al fin se dispuso a publicar su periódico *Liberty*, que hizo conocer su nombre en vastos círculos.

*Liberty* apareció primero en Boston quincenalmente, y luego

ción del país y de la industria a fin de conseguir ese resultado. ELTZBACHER, como se sabe, no fué nunca anarquista y escribió su libro como juríconsulto, libro que, junto a algunas páginas excelentes, tiene toda una serie de graves deficiencias, que no podemos, naturalmente discutir aquí.

fue trasladada a Nueva York. El periódico vió la luz 27 años y fue una de las publicaciones más características que hayan sido impresas. El primer número apareció en agosto de 1881 y declaró en la introducción: "Este periódico aparece para satisfacer al editor y no a sus lectores. El editor espera, sin embargo, que lo que a él le conviene, convenga también a los lectores. Si no fuera así, importaría poco". En el breve programa que servía de introducción a la publicación, se podía leer:

"*Liberty sostiene la soberanía del individuo y la indemnización equitativa del trabajo. Lucha por la abolición del Estado y del usurero, y su principio es el siguiente: ¡Ningún gobierno del hombre sobre el hombre! El grito de batalla de Liberty es: ¡Abajo la tutela! Su combate principal va contra el Estado —el Estado que humilla al hombre, el Estado que prostituye a la mujer, el Estado que corrompe a los niños, el Estado que encadena el amor, el Estado que sofoca el pensamiento, el Estado que monopoliza la tierra, el Estado que restringe el crédito, el Estado que obstaculiza el cambio, el Estado que da fuerza al capital ocioso para multiplicarse y que roba al trabajo sus productos por medio de la ganancia, de la renta, del beneficio*".

*Liberty* estaba destinada principalmente a la propaganda y a la discusión, pues Tucker era un excelente periodista, un espíritu ágil y un polemista de extraordinario vigor e insobornable, a menudo muy unilateral en su juicio sobre hombres y cosas, pero siempre muy incitante y digno de ser leído. Tuvo siempre un núcleo de buenos colaboradores a su alrededor, como LYSANDER SPOONER, HENRY APPLETON, DYER D. LUM, WILLIAM HOLMES, GERTRUDE B. KELLEY, M. E. LAZARUS, J. WILLIAM LLOYD, C. M. HAMMOND, A. P. KELLEY, VÍCTOR YARROS, HENRY COHN, CLARENCE LEE SWARTZ, JOHN BEVERLEY ROBINSON, E. C. WALKER, STEVEN T. BYINGTON, GEORGE SCHUMM y muchos otros, de los cuales algunos tomaron otros caminos, pero entonces contribuyeron todos a dar al periódico un contenido sumamente interesante.

*Liberty* encontró difusión por todo el país, y su influencia se hizo sentir también en Europa. TUCKER tomó posición ante todos los problemas de la vida social. Su lógica inflexible, su fuerza de carácter, su capacidad extraordinaria como polemista y su decisión personal dieron a su publicación una gran fuerza de atracción. Ciertamente, el periódico no era un manjar para el lector del término medio, pero en cambio su contenido obraba tanto más seductoramente sobre los hombres de pensamiento de todas las tendencias progresivas. En 1888 intentó TUCKER llevar sus concepciones también a los ambientes alemanes mediante la fundación de

la hoja alemana *Libertas*, de la que sólo aparecieron ocho números. El elemento alemán en América, en tanto que accesible a las ideas anarquistas, estaba en aquellos años demasiado fuertemente bajo la influencia de JOHANN MOST, y no fue alcanzado nunca por las ideas del anarquismo individualista.

En 1893 publicó TUCKER los mejores de sus trabajos literarios que habían aparecido en el curso de los años en *Liberty*, en una colección titulada *Instead of a Book*, a la que hizo preceder la siguiente dedicatoria: "A la memoria de mi viejo amigo y maestro Josiah Warren, cuya doctrina ha sido para mí la primera fuente de la luz". TUCKER se hizo también acreedor inolvidable al reconocimiento por la edición de una gran serie de libros y folletos preciosos, de los que sólo mencionaremos aquí los más importantes. Aparte de reimpressiones de WARREN, ANDREWS, GREENE, SPOONER, INGALLS, la *Vindication of Natural Society*, de EDMUND BURKE, y el *Caleb Williams*, de WILLIAM GODWIN, tradujo los dos volúmenes de PROUDHON: *What is Property, or Inquiry into the Principles of Right and Government, and System of Economical Contradictions: or the Philisophy of Misery; el God and the State*, de Bakunin; *My Uncle Benjamin*, de Claude Tillier; *What is to be done?*, de Tchernichevsky, y la *Sonata a Kreuzer*, de Tolstoi. Las últimas dos obras las tradujo del francés, pues no conocía ningún otro idioma. Además de sus propias traducciones magistrales publicó Tucker las traducciones de STEVEN T. BYNGTON: *El anarquismo*, por Paul Eltzbacher; *El unico y su propiedad*, de Stirner, y también *Los anarquistas*, de JOHN HENRY MACKAY, en la traducción inglesa de GEORGE SCHUMM.

Gran espectación produjo la liquidación en su tiempo del libro *Degeneración*, de MAX NORDAU, en *Liberty*, por BERNARD SHAW. La obra de Nordau, en la que se presenta a casi todos los artistas importantes modernos como IBSEN, ZOLA, NIETZSCHE, WAGNER, ROSSÉTTI y cien más como exponentes de la degeneración social, suscitó entonces un violento escándalo y dio ocasión a largas consideraciones en la prensa de todos los países. TUCKER sintió instintivamente que NORDAU no tenía razón, pero como en el dominio del arte no se consideraba bastante fuerte para llevar a cabo una liquidación de esa obra, rogó a SHAW que la hiciese, y éste atacó a NORDAU despiadadamente. SHAW mismo escribió más tarde, en un artículo, WILLIAM MORRIS as *I knew him*, sobre este incidente:

"Esta hazaña mejoró mis relaciones con MORRIS considerablemente, pero casi arruinó a BENJAMÍN TUCKER. Como me rehusé a recibir de él una remuneración por mi trabajo, que llenó todo un número de *Liberty* y además un vasto suplemento, imprimió

una edición lo suficientemente grande como para enviar gratis un ejemplar a cada redactor de América y tal vez también a muchos de Europa. Fue la mayor empresa iniciada por un periodista, que yo sepa. El éxito fue tan completo que, en tanto que pude comprobar, NORDAU y su Degeneración no volvieron a ser mencionados en la prensa. Pero ha tenido que agotar los recursos de Tucker, porque *Liberty* dejó de aparecer poco después. Tucker se retiró a Monte Carlo, donde, no hace mucho, lo he encontrado, a pesar de nuestra edad avanzada, fresco como una margaritilla".

Y en un escrito a JOSEPH ISHILL, 23 de septiembre de 1936, observaba SHAW:

"Este es mi último informe sobre el incidente NORDAU-TUCKER. Pero difícilmente hará justicia al arte de la habilidad periodística de Tucker, pues fue él quien hizo lo que todos los redactores dirigentes de Londres habrían debido hacer. Pero éstos no comprendieron la situación, ni supieron encontrar al hombre adecuado. Benjamín hizo ambas cosas" (1).

TUCKER era también un hábil orador y supo exponer magistralmente sus ideas en asambleas. Era especialmente brillante en sus innumerables debates con adversarios de todo matiz, pero prefería obrar generalmente en círculos más restringidos.

La filosofía social de TUCKER es una especie de síntesis de WARREN, PROUDHON y STIRNER. Para él el Estado no era un resultado de la explotación económica, sino que crea la posibilidad de esa explotación del hombre por el hombre, garantizando al usuario en toda forma la posibilidad de engañar al productor para quitarle los frutos de su trabajo. Pues el Estado es el creador de los monopolios. Es el descubridor del monopolio del dinero, del monopolio de los impuestos y del monopolio de la patente, que son el fundamento del actual sistema de la opresión social y de la explotación económica. Estado y sociedad son cosas fundamentalmente distintas. Mientras la última ha nacido de los instintos sociales de los hombres y tiene por finalidad la representación equitativa de sus aspiraciones, el Estado fue desde el comienzo el defensor del privilegio de pequeñas minorías a costa de las grandes masas. El Estado ha surgido de la conquista, y de la usurpación; es la invasión del poder en el círculo de intereses del hombre y

(1) Tomamos estos pasajes de la magnífica revista *Free Views*, cuyo editor, JOSEPH ISHILL, dedicó en 1937 todo un número de su edición a TUCKER.

de la sociedad. Por eso crea siempre hacia dentro opresión y perpetúa hacia afuera el peligro de la guerra. Toda la vida de la sociedad se desarrolla en base al acuerdo mutuo y al convenio voluntario. Si no fuera así, haría mucho ya que habría sucumbido, pues ningún poder es bastante fuerte para mantener a los hombres en el verdadero camino si no lo hacen por propio interés. Sólo donde el Estado interviene surgen privilegios, prejuicios y contradicciones económicas y sociales que ponen en peligro constantemente el orden social.

*"Nos ayudamos mutuamente para una vida mejor, más fecunda y más feliz, y ese resultado podría ser mucho mayor y más renditivo en sus efectos si renunciásemos a limitarnos, a tutelarnos y a oprimirnos. ¿Por qué no podemos convenir mutuamente en dejar a cada uno su propia vida y en no pasar del límite condicionado naturalmente por nuestro sentido de la personalidad? Es el sistema de la tutela económica, política y social lo que nos impide eso, y el que destruye reiteradamente las leyes naturales de la armonía social".*

La opresión política y la explotación económica van siempre mano a mano. La primera es la invasión del poder, la segunda la invasión del usurero en la convivencia natural de los hombres. El hombre no puede ser libre mientras no posea la posibilidad de asegurarse el producto completo de su trabajo y de organizar además su vida en conformidad con sus inclinaciones propias. Pero esto es sólo posible por su equitativo intercambio de los productos del trabajo, la supresión de todos los monopolios y la intervención de un sistema bancario libre en el sentido de PROUDHON y GREENE, que pone un objetivo a la fuerza generadora de intereses del capital y hace posible una convivencia de los hombres sobre la base de los libres pactos.

TUCKER reconoció el efecto liberador del socialismo, pero el socialismo tenía que ser libre, pues lo mismo que PROUDHON, también él era de opinión que un socialismo sin libertad tiene que conducir a la peor tiranía que jamás se haya visto. De ahí su lucha incesante contra todos los sistemas del socialismo de Estado. En este aspecto ha previsto con visión profética el futuro bolchevista de Rusia y los espantosos efectos del Estado totalitario y ha prevenido a los hombres contra ese porvenir.

*"Cualquier cosa que los socialistas de Estado reclamen para sí o no, su sistema, si alguna vez es realizado, está condenado a convertirse en una religión de Estado, a cuya conservación deben con-*

*tribuir todos, y ante cuyo altar todos deben prosternarse. Una escuela médica de Estado, de acuerdo a cuyas prescripciones serán curados todos los enfermos; un sistema de higiene de Estado, que prescribirá a todos lo que tienen que comer y beber y cómo han de vestirse; una ley moral del Estado que no se contentará con castigar, sino que prohibirá todo lo que la mayoría encuentre pecaminoso; un sistema educativo que destruirá todas las escuelas privadas, las academias y las universidades particulares; una asistencia social, según la cual todos los niños serán llevados a la comunidad y adiestrados por cuenta pública; y finalmente una familia estatal en base a la cría artificial y a la reproducción científica, que no permitirá a ningún hombre y a ninguna mujer tener hijos si el Estado lo prohíbe, y no tener ninguno si el Estado así lo ordena. De esta manera alcanzará su cumbre la tutela y llegará el monopolio a su mayor poder".*

La interpretación de TUCKER sobre los efectos inevitables del socialismo de Estado o, mejor dicho, del capitalismo de Estado, ha sido atacada, naturalmente, del modo más violento, por los socialistas autoritarios de todas las tendencias, reprochándole que había hecho del socialismo una caricatura sin consonancia con la realidad. Las terribles experiencias que hemos hecho desde entonces, nos muestran, sin embargo, que no sólo ha previsto las cosas justamente, sino que incluso las ha disminuído. Ni la fantasía más atrevida podría haber previsto fenómenos como los procesos de Moscú contra los llamados *trotskistas*, el exterminio sistemático de muchos millares de hombres y la monstruosa desmoralización de un movimiento que degeneró en locura colectiva y que, en ciega sumisión, justifica todo crimen que, desde arriba, le sea ensalzado como virtud. Si la más negra traición que jamás se haya perpetrado, la llamada alianza pacífica entre el stalinismo ruso y el fascismo alemán, que dió pie inmediato al estallido de la guerra actual, no es capaz de librar a centenaes de millares de su ilusión, tenemos ahí una horrible prueba de que el período de las epidemias espirituales colectivas no ha pasado aún. TUCKER tenía por tanto mil veces razón cuando decía:

*"La acusación de los socialistas anarquistas de que los anarquistas son burgueses, corresponde en tanto que, por mucho que nos repugne la sociedad burguesa, preferimos la libertad parcial que nos garantiza a la completa esclavización del socialismo de Estado. Pues seguramente me procura la ardiente y ruidosa lucha del presente, que a algunos los eleva y a otros los hunde en el abismo, que a algunos los hace ricos y a muchos pobres, pero que sin em-*

*bargo a nadie encadena completamente ni le priva de la esperanza en un futuro mejor; seguramente esa lucha me proporciona menos pesadumbre que el ideal del señor THADDEUS WAKEMAN de una comunidad uniformada, miserable, en el yugo de bueyes uncidos y esclavamente obedientes”.*

Tucker sostenía que una modificación de las condiciones actuales en dirección a una comunidad libre sólo era posible por la socavación sistemática de los principios heredados de la creencia política y social, que perderán con el tiempo, como los dogmas de la iglesia, su influencia en los hombres. Tan solo cuando la creencia milagrosa en las actuales instituciones políticas y económicas desaparezca, privamos poco a poco a éstas de la base en que se apoyan. Mientras no se haya conseguido eso, toda revolución política solo nos llevará a poner en lugar del actual un nuevo Estado y a comenzar de nuevo el círculo de la ceguera. En la época actual de grandes y disciplinados ejércitos, ese peligro es doblemente grande. Una sociedad anarquista no se puede implantar ni conservar por la violencia. La violencia es aplicable solo allí donde fracasa otro medio y el Estado hace imposible toda expresión de pensamiento oral y escrito.

*“Derramamiento de sangre es, en sí y por sí, una pérdida. Si necesitamos la libertad de propaganda y solo podemos conseguirla por el derramamiento de sangre, puede calificarse de prudente este último paso. Pero no hay que olvidar nunca que por ese camino no puede obtenerse jamás una transformación social, solo posible por la propaganda, la investigación y los ensayos prácticos, y que nosotros, después del derramamiento de sangre, tendremos que comenzar de nuevo donde estábamos. Porque estoy convencido de que la propaganda pacífica y la resistencia pasiva en manos de la libertad son armas más mortíferas contra la tiranía que todas las demás, por eso soy partidario de ellas; y porque la violencia fortalece a la tiranía, la condeno. Guerra y autoridad son compañeras, como son compañeros paz y libertad”.*

TUCKER atribuía, por tanto, a la educación y enseñanza de los hombres la mayor importancia. Instruir a los hombres, infundirles nuevas ideas y convicciones, eran para él las armas más importantes a disposición de los anarquistas. El camino hacia la libertad se realizará gradualmente. Por eso es misión de los anarquistas apoyar todos los intentos que amenacen seriamente el monopolismo económico y quieren restringir en verdad la influencia del Estado en la vida social. El resto se hará por la resistencia pasiva y por

la afirmación de la personalidad, pues el “poder vive de su botín; muere cuando sus víctimas no quieren ser más tiempo botín”. Porque la actuación cultural le pareció la parte más importante de la propaganda, no dió TUCKER a las luchas parlamentarias ninguna significación, pues en última instancia solamente son luchas por el poder, que nada cambian en la situación esencial de las cosas.

*“¿Qué es la papeleta del sufragio? Ni más ni menos que un representante papelesco de las bayonetas, de las culatas y de las balas. Es una institución ahorradora de trabajo para comprobar en qué parte está el poder y para acomodarse en lo demás a lo ineludible. La voz de la mayoría ahorra derramamientos de sangre, pero no por eso deja de ser la arbitrariedad del poder, como el decreto del déspota más absoluto, que se apoya en el ejército más fuerte... Aplicar la razón a la política equivale a destronar la razón. En el momento en que la minoría se convierte en mayoría, renuncia a toda razón y convicción y comienza a mandar, a forzar, a castigar. Si esto es verdad, se sigue de ahí que la ilusión de poder utilizar la papeleta del sufragio para modificar el gobierno equivale a emplear la fuerza para producir esa modificación”.*

TUCKER coincide aquí con los pensamientos de MARTÍN ANSTEV, cuando éste decía: “El grito ¡Tenemos la mayoría! no equivale en realidad más que a esto: ¡Podemos combatirlos! Pero el poder, separado del derecho, no resuelve ningún problema. Los falsos principios, por grande que sea la mayoría que se declare por ellos, no trabajarán”.

Como TUCKER no creía en ninguna transformación repentina de la sociedad, a pesar de todas las catástrofes temporales que surgen de la presión de las circunstancias, sino que estaba más bien persuadido de que el camino para una comunidad sin gobierno resultará paulatinamente de la penetración de ideas e instituciones libertarias en la vida social, sostenía que hasta que desaparezca el crimen en el sentido actual, mediante un desarrollo cultural superior, los hombres tienen que protegerse contra ataques de elementos desconsiderados; pero no quería confiar esa protección al Estado, sino a organizaciones voluntarias, que se volverían superfluas a medida que se libertase de los restos del pasado la moral general de los hombres y se adaptase a condiciones superiores de vida. TUCKER fundamentó ese punto de vista diciendo que el llamado *criminal* era realmente, en la mayoría de los casos, un resultado de las actuales condiciones sociales, pero que no por eso podía considerársele menos dañino, pues no vivía del propio trabajo, sino del de los demás. Pero un hecho que tiene por finalidad la amenaza

de la persona o la apropiación del trabajo ajeno, es una invasión en la vida, la seguridad y la posesión regular del hombre y de la comunidad. Por esta razón éstos tienen el derecho a protegerse contra tales invasiones y a tratar al elemento nocivo como consideren en determinadas circunstancias.

En oposición a ANDREWS, a GREENE y a muchos otros, fuertemente influenciados por la escuela de los llamados trascendentalistas, TUCKER era un racionalista manifiesto, distanciado de todas las influencias religiosas.

TUCKER publicó su periódico, *Liberty*, hasta diciembre de 1907. Un incendio que destruyó por entonces una gran parte de su capital colocado en libros, etc., le incitó en 1908 a irse a Europa, para no volver más a su país nativo. No hay duda de que el poco éxito de su actuación trentenaria en América le había desalentado hasta cierto grado, aun cuando ha permanecido fiel a sus ideas hasta el fin. Escribió en una carta, fechada el 24 de enero de 1935, a Joseph Ishill: "Presenté la causa del anarquismo como finalidad hacia la cual se encamina la humanidad. Pero los caminos exactos, ¡oh! no es fácil mostrarlos". Murió el 22 de junio de 1939 en Mónaco, a la edad de ochenta y cinco años. Un amigo me contó que se ocupaba en estos últimos años de la redacción de sus memorias, pero no tengo otra base para confirmar la noticia.

La actividad literaria de Tucker como anarquista se concentró casi exclusivamente en sus artículos en *The Radical Review* y en *Liberty*. Mencionemos aquí: *Anarchism or Anarchy? a Discussion between William H. Tillinghurst and Benj. R. Tucker*, 1881. En 1893 apareció el volumen de ensayos *Instead of a Book. By a Man too busy to write one*, que contiene los artículos más importantes de TUCKER, entre ellos *State Socialism and Anarchism: How far they agree and wherein they differ; Relation of the State of the Individual; On Picket Duty; General Walker and the Anarchists* y otros numerosos artículos sobre dinero e interés, sobre tierra y renta, sobre socialismo, comunismo, resistencia pasiva, etc. *A Blow at Trial by Jury*, 1898; *The Attitude of Anarchism toward industrial Combination*, 1903; *Unique Catalogue of Advanced Literature*, etc., 1906. Es digna de leer la descripción de TUCKER sobre sus relaciones con VICTORIA WOODHULL en el libro de EMANIE SACHS, *The Terrible Siren*, que contiene también datos interesantes sobre STEPHEN PEARL ANDREWS y otros. Muy interesante es también una correspondencia de Tucker fechada el 27 de noviembre de 1898 en la *New York Tribune*, que da un resumen sobre el movimiento del anarquismo individualista en América.

Las ideas de TUCKER encontraron toda una serie de famosos representantes, en parte con él, en parte junto a él, y de los cuales sólo podemos mencionar aquí los más conocidos. Por ejemplo:

C. L. JAMES, un escritor de talento y autor de *Anarchy: a Tract for the Times*, 1886; *The Origin of Anarchism*, 1902; *Anarchism and Malthus*, 1910, y una gran obra, *History of the French Revolution*, que apareció en 1902 en la editorial de la *Free Society* de Chicago.

JOSEPH A. LABADIE escribió toda una serie de ensayos en el sentido del anarquismo individualista, reeditados en 1911 en el volumen *Essays*, en Detroit. LABADIE tomó parte también en el movimiento obrero. Fue el primer presidente de la *Michigan Federation of Labor* y organizó en 1888 en Detroit el primer grupo de los *Knights of Labor*. Dejó su rica colección de libros, folletos y periódicos, reunidos durante medio siglo, a la Universidad de Michigan, donde es administrada como *Collection Labadie*, por AGNES INGLIS.

Una viva actividad desarrolló E. H. FULTON, el editor del periódico *The Age of Thought* en Columbus Junction, Iowa, hacia 1895. FULTON escribió *Land, Money and Property*, 1896; además editó una serie de libros agotados, entre ellos: W. B. Greene: *Mutual Banking*; Mary Wollstonecraft: *Vindication of the Right of Woman*; M. Bakunin: *God and the State*; Spencer: *The coming Slavery*; *The Sins of Legislators* y *The Great Political Superstition*; Labadie: *Anarchism*; E. Reclus: *An Anarchist on Anarchy*, y muchos otros.

Un escritor inteligente fue FRANCIS D. TANDY, que habitaba en Denver, y cuya actividad, desgraciadamente, fue interrumpida por una temprana muerte. TANDY fue uno de los representantes más claros del anarquismo mutualista en América, que divulgó por la palabra y con la pluma. Escribió *Free Competition*, 1894; *Modern Socialistic Tendencies*, 1897. Su obra principal, *Voluntary Socialism*, apareció en 1896 y se distinguió por la claridad del estilo y la expresión perfecta del pensamiento.

TUCKER encontró también un fervoroso adepto en HENRY BOOL, un inglés de nacimiento, pero que vivió largos años en los Estados Unidos. BOOL tenía en Itaka, N. Y., un pequeño negocio de muebles y fue primero un defensor del movimiento de los *Single Taxers* estimulado por HENRY GEORGE. Movido al estudio del anarquismo por los acontecimientos de Chicago (1886-87), se convirtió en un partidario de TUCKER y trabajó mucho en pro de sus ideas. Fundó en su localidad una biblioteca libertaria y organizó las llamadas *soirées*, discusiones libres en pequeños

círculos, en las que participaban especialmente intelectuales. BOOL era autor de *Liberty without Invasion: Means and Ends of Progress*, 1893, en la serie de "Political Science Pamphlets". Después del asesinato del presidente McKinley (1900), que dió base a las conocidas leyes sobre el *anarquismo criminal*, Bool, sin motivo alguno, fue expuesto a violentas persecuciones y de nada le valió que se declarase militante de las intenciones pacíficas del anarquismo tuckeriano, como lo hizo en su *Apology for his Jeffersonian Anarchism*. Un periódico de su localidad lo denunció como anarquista sanguinario y esto bastó entonces. En 1907 volvió BOOL a Inglaterra, donde ha muerto en 1924. JOSEPH A. LABADIE le dedicó sus *Essays* con estas palabras: *A Henry Bool, amante de la justicia, de la equidad y de la libertad*

Erróneamente se ha calificado también a FRANK Q. STUART, autor del escrito *Natural Rights, Natural Liberty and Natural Law*, como anarquista, muy frecuentemente. STUART se llamaba *individualista*, pero combatió al anarquismo y especialmente a TUCKER, como se desprende claramente de su ensayo *Why I am and Individualist*, en la colección *The Why I am's* (Nº II de la serie *Unsettled Questions*), que contiene contribuciones de TUCKER, JOHANN MOST, DYER D. LUM, WILLIAM HOLMES y VÍCTOR YARROS, etc.

Asíduos colaboradores de TUCKER eran también JOHN BEVERLEY ROBINSON, traductor de la *Idea general de la revolución en el siglo XIX* de Proudhon y autor de *The Economics of Liberty*, 1916; VÍCTOR YARROS, autor de *Anarchism: its Aims and Methods*, 1887; WILLIAM HOLMES, el amigo de ALBERT PARSONS y autor de *The Historical, Philosophical and Economical Basis of Anarchism*, 1895, el cual, con su mujer, LIZZIE HOLMES, fue muy activo durante muchos años en Denver, Col.; y WILLIAM E. WHITTICK, el poeta de esa tendencia, cuya poesía *Benj. R. Tucker*, fue publicada bajo el título *Bombs: the Poetry and Philosophy of Anarchy*.

También HUGO O. PENTECOST merece ser citado aquí, pues despertó mucho atención un tiempo como orador brillante. Después de su adhesión al anarquismo, la revista dirigida por él en Nueva York, *Twentieth Century* (alrededor de 1890) se volvió anarquista. Muchos de los discursos de PENTECOST se publicaron en folletos, entre ellos *The anarchistic Method* y *Anarchism*. PENTECOST intentó más tarde asociar sus ideas anarquistas con las teorías de los *singletaxers*, pero desapareció pronto del movimiento.

El pensamiento de TUCKER ha encontrado hasta hace poco en América excelentes representantes. Entre los escritos dignos de

mención de tiempos recientes mencionamos *What is Mutualism?*, por CLARENCE LEE SWARTZ (1927), una obra hecha con muy buen dominio del asunto, y *Freedom and its Fundamentals* (1923) y *Mutual Service and Corporation*, 1930, por CHARLES T. SPRADING. Swartz, un viejo amigo de Tucker, a quien en *Free Vistas* de Joseph Ishill dedicó un hermoso recuerdo (1937), murió hace unos años en Los Angeles.

Próximos a estas aspiraciones están también ALFRED B. WES-TRUP, autor de *The New Philosophy of Money*, y J. P. WARBASE, el autor de *Cooperative Democracy*, 1927. Del mismo autor apareció en la editorial "Vanguard Press" *What ist Corporation?*, 1927. La misma empresa publicó también *Solution of the Social Problem* de Proudhon, una reedición de escritos de TUCKER con el título de *Individual Liberty*.

Aunque TUCKER y su escuela combatían crudamente las aspiraciones de HENRY GEORGE y de los *single taxers*, como se deduce claramente de numerosos artículos y especialmente del ensayo de John F. Kelly, *Taxation or Free Trade? A criticism upon Henry George's "Protection or Free Trade"* (1887), no se puede desconocer que la ideología de HENRY GEORGE contiene algo que está emparentado con las aspiraciones libertarias. Toda una serie de conocidos *single taxers* fue indudablemente influenciada más o menos por ideas libertarias, como WILLIAM LLOYD GARRISON y BOLTON HALL. También el movimiento llamado "tierra libre" de THEODOR HERTZKA muestra rastros de ellas. Es innegable también que el moderno movimiento del crédito libre en América, fomentado por WILLIAM B. GREENE y los mutualistas americanos, fue influenciado fuertemente. El anarquismo individualista encontró también acceso en Alemania, Francia, Bélgica y Australia, pero no tuvo en Europa un terreno tan favorable como en América.

El anarquismo individualista de América ha producido en el curso del tiempo toda una serie de publicaciones periódicas, de las que solo mencionaremos:

*The Peaceful Revolutionist*, el primer periódico anarquista que ha aparecido. Escrito, compuesto e impreso por JOSIAH WARREN, en una prensa inventada especialmente para ese objeto: Cincinnati, 1833.

*The Herald of Equity*, dirigido por JOSIAH WARREN, Cincinnati, 1841.

*The Pleasure Boat*, editado por JEREMIAH HACKER en Portland, Maine, más tarde en Berlín, New Jersey, 1846-51.

*The Peaceful Revolutionist*, de JOSIAH WARREN, en Utopia, Ohio, 1848.

- The Periodical Letter*, de JOSIAH WARREN en *Modern Times*, Long Island, N. Y., luego en Boston, 1854-58.
- The People's Paper*, editado por KEITH en Boston, 1855.
- The Social Revolutionist*, editado por JOHN PATTERSON en Greenville, Ohio, 1856-57.
- The Age of Freedom*, editado por CORDELIA BARRY y JOHN PATTERSON, en Berlín Heights, Ohio, 1858.
- The Word*, de EZRA HEYWOOD en Princeton, Mass., 1872-1893.
- The Radical Review* por BENJAMÍN R. TUCKER, en New Bedford, Mass., 1877-78.
- Liberty*, por BENJAMÍN R. TUCKER, en Boston, después en New York, 1881-1907.
- The Kansas Liberal*, editado por MOSES HARMAN y E. C. WALKER en Valley Falls, Kansas, 1882.
- Lucifer*, por MOSES HARMAN en Valley Falls, luego en Topeka, Kansas, finalmente en Chicago, III., 1883-1907.
- The Sun*, por C. T. FOWLER en Kansas City, Mo. 1885-1887.
- Libertas*, editado por GEORGE SCHUMM y BENJAMÍN R. TUCKER (en idioma alemán), en Boston, 1888.
- Fair Play*, editado por E. C. WALKER y LILLIAN HARMAN en Valley Falls, luego en Sioux City, 1888-91.
- Twentieth Century*, anarquista con la redacción de HUGH O. PENTECOTS en New York, 1889-96.
- Enfant Terrible*, por CLARA DIXON DAVIDSON, en San Francisco, Calif., 1891-92.
- The Alturiar*, por E. H. FULTON, en Columbus Junction, Iowa, 1895.
- The Age of Thought*, por E. H. FULTON, en Columbus Junction Iowa, 1896.
- Our New Humanity*, por LILLIAN HARMAN, en Topeka, Kansas, 1896.
- Discontent*, editado en la Home Colony, Lakebay, P. O. WASH, 1898-1902.
- I*, editado por CLARENCE L. SWARTZ en Wellesley, Mass., 1897-99.
- The Free Comrade*, editado por J. WILLIAM LLOYD en Wellesley, Mass. Primera serie de 1898-1908.
- The Demonstrator*, Home Colony, Lakebay, Wash. 1903-1908.
- The Autonomist*, Chicago, III. 1907.
- Instead of a Magazine*, editor HERMANN KÜHN, Minneapolis, Minn., 1916.
- The New Order*, por E. H. FULTON, Cliton, Iowa, 1919.
- The Mutualist*, por E. H. FULTON, Clinton, Iowa, 192

- The Egoit*, por E. H. FULTON, Cliton; 1922.
- Eresia* (en lengua italiana), Brooklyn, N. Y., 1928-32.
- Discussion*, por LAURENCE LABADIE, Detroit, 1937.

Esta lista no pretende de ninguna manera ser completa. Además hubo una gran serie de revistas libertarias que no eran declaradamente individualistas, pero que a menudo reproducían trabajos de esa tendencia.

El primer ensayo de una exposición ordenada de estas ideas y aspiraciones lo hizo EUNICE MINETTE SCHUSTER con su libro *Native American Anarchism*, que apareció en 1932, como volumen 14 del "Smith College Studies in History". También MAX NETTLAU en su obra *Der Vorfrühling de Anarchie*, Berlín, 1925, reúne precioso material. Sobre la historia de los experimentos socialistas en este país informan: JOHN NOYE: *History of American Socialism*, 1872; y la obra de CHARLES SOTHERAN: *Horace Greeley and other Veterans of american Socialism*, 1895. El libro de CHARLES T. SPRADING, *Liberty and the Great Libertarians*, contiene grandes fragmentos de los escritos de WARREN, ANDREWS, SPOONER, GREENE y TUCKER.

CeDInCl

Carlos de BARAIBAR

# La Traición del Stalinismo

## *La experiencia española de la Juventud Socialista Unificada*

SEAN mis primeras palabras —ca-  
maradas chilenos— para saldar  
la deuda de gratitud que tengo con  
traída, como antifascista español y  
como socialista, con Chile y con el  
socialismo chileno. Quienes, por des-  
conocer en absoluto estas admirables  
tierras australes, no abrigábamos in-  
tención alguna de buscar en ellas un  
refugio para nuestros dolores de exi-  
lados, no podíamos ni imaginar si-  
quiera cuánto habíamos de tener que  
agradecer a la pasión sectaria y a la  
malevolencia en desenfreno, que una  
vez más se cebara, implacable, en con-  
tra nuestra, impidiéndonos el acceso  
al país que primeramente había sido  
foco de atracción exclusivo de los an-  
helos y esperanzas de la muchedum-  
bre inmensa de los evacuados espa-  
ñoles. Y no, precisamente, porque las  
autoridades supremas de aquel otro  
pueblo hermano no hayan probado  
bien su noble afán de ayudarnos a  
sobrellevar nuestra odisea, ni porque  
su ambiente público general no sea  
comprensivo para con nuestros com-  
pañeros de desgracia. Sino porque ha-  
biéndose trasladado a él una emigra-  
ción más numerosa y, sobre todo, más  
encuadrada y seleccionada conforme  
a los inconfesables designios de los  
comanditarios de nuestra pavorosa  
quiebra material y moral, la situa-  
ción de los antifascistas españoles re-  
fugiados en Méjico constituye —según  
nuestros informes directos— un fiel y  
lacerante espejo del lamentable espec-  
táculo que la desdichada España leal  
hubo de ofrecer, estrujada hasta lo

último por manos siniestramente teñi-  
das de sangre y cieno. Acentuándose  
el tenebroso cuadro por la realidad  
de que siendo a lo visto allí, más  
influyentes “determinados elementos”  
que, sin necesidad de nombrarlos, in-  
mediatamente identificaréis con asco  
e ira si os digo tienen por misión fun-  
damental colonizar o hacer la vida  
imposible a los que se empeñan en  
llamar sus camaradas, continúan con  
excesiva frecuencia dando la tónica  
los mismos cuadros de desigualdad,  
malversación y fanatismo que hicie-  
ron nuestro martirio en España do-  
blemente intolerable.

En Chile, en cambio, todo parece  
concertarse en nuestro pro, con so-  
licitud emocionante, desde los más  
altos planos dirigentes oficiales has-  
ta las masas populares, cuya desbor-  
dante simpatía hacia lo que significa-  
mos y somos opera el milagro de, ci-  
catrizar las más graves heridas de  
nuestras almas laceradas, tanto o más  
lastimadas que por la derrota en sí  
por la iniquidad y el desengaño. Y,  
como es de esperar, a la cabeza de  
este torneo de fraterna solidaridad fi-  
guran los socialistas, rindiéndonos el  
inmenso beneficio no sólo de su ayu-  
da material en trance tan amargo,  
sino el mucho más inestimable aún  
de hacernos a algunos revivir la ilu-  
sión de que esta palabra mágica: So-  
cialismo, no es una vana expresión,  
vacía de sentido, pesadilla hartó más  
áspera de resistir que la derrota, ven-  
cidos por extraños.

## INFORMACION, NO MAGISTERIO

Una historia de medio siglo de actuación, pródiga en su conjunto de sacrificio y aciertos aun cuando su balance final sea desastroso (precisamente por haber desdibujado o perdido en los últimos años algunas de las más bellas características que le adornaban) dan al socialismo español una cierta autoridad para ser escuchado en todas partes. Entre nosotros, camaradas, no es raro el admirable espectáculo que ofrecen compañeros como mi querido amigo y maestro Francisco Largo Caballero, con más de cuarenta años de activa militancia política y sindical, tan nutrida de trabajo y sufrimiento por la causa, como abrillantada por una aureola de austeridad en la que se mellan los dientes y las garras de sus más encarnizados detractores. Sin embargo, nada más reñido con el propio sentido general de nuestra doctrina misma, ni con las deplorables circunstancias porque los socialistas españoles atraviesan —y ya comprenderéis que no es sólo a la derrota material a lo que así aludo— que la pretensión del ejercicio de un cierto magisterio, cuando tan notorio como sangriento fue nuestro fracaso. El militante español —y lo mismo el de la mayor parte de los Estados europeos de larga historia socialista— que viniese a cualquiera de los países americanos, jóvenes en cuanto al desarrollo orgánico de nuestros ideales, con infusas y tufos de maestro, sólo acreditaría así una épica insensibilidad, una tan pavorosa carencia del sentido del ridículo, que su pretensión adoctrinar automáticamente quedaría reducido a una grotesca exhibición de vanidades. No es que yo diga que entre nosotros sea solamente el éxito el que pueda unir de autoridad. La historia de nuestros movimientos ha de ser, forzosa y entramado de victorias y fracasos, hasta la consecución de nuestros ideales redentores. Y, con gran frecuencia, el movimiento sale de una aparente derrota momentánea en con-

diciones psicológicas y morales que hacen prever, a cualquier observador inteligente, un rápido proceso recuperativo por el que el propio contratiempo cobra el significado de un factor positivo de progreso en la dialéctica, siempre comprometida de desentrañar mientras no medien amplias perspectivas de por medio. Tal fue el caso del socialismo español en 1917 y en 1930 y, sobre todo, en 1934, probablemente el momento cumbre de su historia. Mas por desdicha, no es lo mismo ahora. Lo de menos hoy —tremendo agobio el de esta confesión— es la trágica estela de los camaradas de lucha antifascistas inmolados, con sumar ese *menos* así como un millón de víctimas; lo de menos hoy es la certidumbre de la patria perdida y entregada a manos tan sádicas como torpes, presa fácil a las más disparatadas ambiciones y experiencias de bárbara y degradante involución. Lo más grave desde la posición, forzosamente un tanto abstracta e insensible, de la altura ideal de nuestro movimiento, es la imposibilidad en que éste se encontraría de reanudar de súbito la misión rectora que tan admirable como eficientemente había desempeñado, en general, hasta 1935, sin proceder previamente a una tremenda autodepuración, rayando la carroña que ha gangrenado sus entrañas, condición previa —*sine qua non*— para que pueda algún día volver a reemprender su misión histórica en nuestra España mártir.

Figuraos, pues, cuán lejos puede estar de la más mínima veleidad adoctrinadora quién tiene semejante conciencia de las responsabilidades propias, que, insisto, son extensibles, por una u otra causa, a la totalidad del movimiento socialista europeo, tomado en su conjunto. Nosotros, a lo sumo, si tenemos la sinceridad y el valor de ejercer una severa autocrítica, podremos desplegar ante vosotros el doloroso panorama de una dilatada actuación rica en experiencias,

que solamente pueden ser provechosas a condición de que el espíritu sea, ante todo, veraz —brutalmente veraz— y suficientemente enterado para no presentarnos los hechos deformados o truncados, sin lo que la experiencia pierde —como tantas veces ha ocurrido, por desdicha— toda posibilidad de enseñanza, para transformarse, al contrario, en una fuente de confusión pernicioso. Quien por circunstancias de su vida no haya tenido ocasión de contemplar en un determinado grado de amplitud el punzante espectáculo español, seguro de que por haber actuado en condiciones especiales su información es amplia y precisa en orden a los hechos y sus causas, mejor será que calle y no aventure exposiciones y deducciones de un cierto tipo de generalidad. Pero mucho más obligado será el silencio si el actor o espectador no está dispuesto a decir la verdad entera —desnuda, rotunda, clara— por aspérrimos que sus términos resultaren, así como a desentrañar las

responsabilidades inherentes, comenzando por las personas propias.

En tal cuadro de supuestos básicos ha de desarrollarse nuestra actividad como socialistas, mientras permanezcamos en estas tierras de América, conscientes no sólo de las limitaciones que la calidad de exilados nos impone en cuanto a no inmiscuirnos en la política general del país que fraternalmente nos asila, sino también de nuestra carencia efectiva de autoridad para pretender influir en el seno de las organizaciones, que con pareja generosidad nos han abierto los brazos. Cualquiera que haya sido nuestra posición en los rangos de las organizaciones españolas, la actual no puede ni debe ser otra —sin perder de vista jamás esa *capitis diminutio* de la extranjería— que la harto honrosa y modesta del militante de base. Lo cual, sabido es, no quiere decir que nuestra vocación sea la inactividad, ya que, en definitiva, del propio dinamismo, abnegado y consciente, de sus bases, depende esencialmente todo partido socialista.

## ELECCIÓN DEL TEMA

Cuando fui invitado en nombre de los dirigentes de la Juventud Socialista chilena a exponer en su tribuna aspectos que yo considerara esenciales de la Revolución española, no tuve ni un momento de vacilación en la elección del tema. La actuación de la Juventud Socialista española en el proceso revolucionario de nuestro país ha sido de tal manera relevante, que a su compás se ha plegado la fisonomía de nuestra gesta con fidelidad realmente asombrosa. Con su desenvolvimiento coincide el período ascensional del Partido que empieza a jugar un papel preponderante en la vida nacional durante la decadencia de la dictadura militar de Primo de Rivera, siendo el canalizador y sustentáculo del movimiento republicano que derribó al viejo régimen, en las elecciones del 12 de abril de 1931. Con su madurez

coincide el período más glorioso y fecundo del Partido, que abarca desde esa fecha hasta la organización del Ejército popular que, en fines de 1936 y principios de 1937, fué no sólo capaz de contener al fascismo internacional sino de infligirle derrota tan dura como la de Guadalajara. Con su prostitución, finalmente, coinciden la decadencia y ruina del P. S. español y de la U. G. T. —su vieja y gran sindical— pasando la dirección efectiva y el control de la Revolución española a manos del P. C., creándose así las condiciones objetivas y subjetivas de la catástrofe en que perece España, proceso que no hubiera revestido jamás las características de rapidez y desmoralización que le caracterizaron si la colonización staliniana del P. S. y de la U. G. T. no hubiera sido precedida de la artera corrupción de la

J. C. Más no adelantemos enjuiciamientos de tipo general, y limitémonos a establecer que, considerando decisiva en el susodicho proceso de la guerra de España la actitud de

#### DESARROLLO DE LA J. S. ESPAÑOLA

No se puede tratar de hacer aquí una historia detallada de las vicisitudes de la génesis y desarrollo de la Juventud Socialista Española, desde que Tomás Meabe se lanzara a su fundación hasta su inaudito desenvolvimiento en los prolegómenos y primeros tiempos del nuevo régimen republicano implantado en España, como consecuencia de las elecciones municipales de 1931, tras el aborto —tan fecundo como el más feliz parto— del movimiento de Diciembre de 1930. La participación de la J. S. en la gestación conspirativa del régimen republicano fue muy considerable, al lado del P. S. y de la U. G. T., mas no habiéndose llegado en 1931 al choque violento para desplazar al régimen que, empavorecido, se "suicidó" entre la noche del 12 y el atardecer del 14 de Abril de aquel año, se carece de un término de referencia preciso para acreditar el grado de extensión y madurez para la lucha de nuestra Juventud, que de

#### ANTECEDENTES HISTÓRICOS

El derrocamiento de la Monarquía fue determinado fundamentalmente por el P. S., fraternal y públicamente secundado por U. G. T., coincidente con la tática (pero no menos decidida y unánime) momentánea actividad política de la C. N. T., la otra gran central sindical, a pesar de su matiz anarquista. Mientras el viejo régimen no tuvo ante sí más que a los vacilantes y corrompidos cuadros del republicanismo "histórico", y a los grupos de militares descontentos —pocos desinteresadamente— del monopolio que de los gajes de la Dictadura ejercía el clan mayoritario castrense, la opinión pública en gene-

ral la J. S., yo no podía vacilar en la elección de tema, al requerírseme para ocupar la tribuna juvenil del socialismo chileno.

modo tan asombroso había de manifestarse muy pronto.

Para mí es durante el primer bienio republicano español, en que gobierna una coalición republicano-socialista —fiel anticipo de los Frentes Populares lanzados universalmente entre 1935 y 1936— cuando la Juventud Socialista Española se cuaja definitivamente para las más altas y sublimes empresas de parte revolucionaria. Y aun situaría precisamente en el estío de 1933 el punto crítico de su madurez, en torno a un Curso de Verano que sus dirigentes organizaron, en las umbrosas escarpaduras de la serranía guadarrameña, que tres años más tarde habían de ser anegadas en la misma sangre juvenil, para clavar al fascismo internacional durante cerca de otros tres, impidiéndole el asalto a la capital de la República. Un breve bosquejo de la situación política de la época se hace indispensable para el mejor encuadramiento de los hechos.

ral no podía pasar en su oposición del grado, tan inocente como inoperante, de una sucesión de fracasadas tramas conspirativas y conatos de cuartelazo, que caracterizan a la España de 1923 a 1929. Advenida la primitiva dictadura militar de septiembre de 1923 para encubrir las tremendas responsabilidades del régimen de supervivencias feudales que pastorcaba España, el tinglado de la farsa renovadora fué habilidosamente montado sobre la unánime repulsa —hasta provocar bascas— que el país en masa sentía contra los viejos políticos, incluidos los propios republicanos "históricos", que en rigor no

constituían más —salvadas insignes excepciones personales— que una grotesca oposición, tan amaestrada y corrompida como las otras, del Gobierno de Su Majestad. El general Primo de Rivera, de innegable habilidad política, en un bajo sentido de la palabra, pudo dar su famoso golpe de Estado por teléfono, porque, en realidad, venía a ejecutarlo

a caballo de una enorme corriente de opinión que, asqueada de los políticos y poco madura aún para empresas de mayor vuelo revolucionario, tenía forzosamente que pasar por el fracaso de una última experiencia "renovadora", antes de osar concretar las responsabilidades esenciales en la propia cúspide del régimen y, por consiguiente, decidirse a derrocarlo.

#### EL PARTIDO SOCIALISTA Y LA DICTADURA MILITAR

La posición del P. S. fue en aquel trance difícil. No podía dar la cara —es obvio— por los politicastros abogados de la aristocracia territorial y la alta burguesía feudal (en la Monarquía, el 90 o/o de los políticos profesionales, eran abogados) que aliados con la Iglesia y el Ejército venían manteniendo en España la farsa de una sedicente Monarquía constitucional, que encubría la supervivencia de un régimen de características feudales. Tampoco podía ser engañado por los afanes renovadores que pudiera sentir una dictadura militar, encabezada precisamente por un general de la casta aristocrática terrateniente. Mas carecía de fuerza propia suficiente para desencadenar y dirigir un movimiento de tipo revolucionario, siempre que las masas, aun no penetradas y educadas por él en extensión suficiente, no sintionizasen instintivamente con la posición que el socialismo abrazara, por un análisis reflexivo de la realidad circundante. Cuando en 1917, por ejemplo, las masas populares sintonizaron con el socialismo, en una coyuntura crítica y económica, fue posible desencadenar un movimiento del vuelo admirable del de Agosto de aquel año. En 1923 hubiera sido un suicidio lanzarse a la aventura, desorientadas las masas —todavía no suficientemente capacitadas, repetimos— por la demagogia simpaticona y fraternalista del general marqués de Estella, que prometiera solemnemente barrer a la canalla política y desalojar a los tres meses el poder, una vez realizada la limpieza. A mayor abun-

damiento, el proletariado consciente y organizado estaba a la sazón profundamente dividido. Como en otras varias épocas, anarquistas y socialistas se disputaban económicamente las masas, sin parar mientes en que su unión, en el precitado movimiento de 1917 les había facilitado dar un paso gigantesco, realizando una experiencia no por dolorosa menos aleccionadora para reflexionar sobre la trascendencia y la necesidad de concordancia de modo permanente, como ramas que al fin y al cabo eran —y son— de un mismo movimiento redentor, e incluso con una misma ideología en cuanto a los fines últimos, solamente discrepantes en los métodos para implantarla. Pero que, evidentemente, tenían, aún en el peor de los casos —y por su intransigencia continuada— un inmenso terreno a recorrer juntos mientras, al menos, no estuvieran en condiciones de empezar su construcción programática.

¿Qué hacer en semejante trance? Mucho se ha controvertido en torno a la posición del socialismo español organizado en Septiembre de 1923, al limitarse a protestar públicamente contra el golpe de Estado y denunciar certeramente sus consecuencias futuras, abriendo los ojos al país sobre su verdadero significado, encubridor de las responsabilidades del régimen, por lo que en manera alguna podría, aunque quisiera, limitarse a la simple asepsia prometida. Para mí, la cuestión es clara. El P. S. O. de España salvó al movimiento obrero tomando un certera posición crítica, mas sin acentuarla con una ac-

ción revolucionaria a todas luces prematura, que sólo hubiera facilitado el pretexto para que la Dictadura acentuase, a su vez, su carácter reaccionario, implantando un régimen paralelo al de Italia —hacia la que se iban los ojos— con las incalculables consecuencias que de ello se habrían derivado. La Dictadura militar no tuvo pretexto ni ocasión para montar un movimiento fascista, totalitario, antiobrero, y más tarde, cuando el socialismo empezó a tantear prudente y paulatinamente el terreno, la atmósfera no le era propicia ya al dictador para reconstruir los residuos de su movimiento a la manera totalitaria. Fue una táctica sumamente habilidosa, demostrativa de hasta qué punto el verdadero revolucionario ha de ser oportunista, por muy marxista que se sienta, a condición, claro es, de que su oportunismo sea inteligen-

#### EL MOVIMIENTO DE 1930-31

Mientras la reacción antidictatorial no pasaba de las ridículas pretensiones de un retorno a la plenitud constitucional, dentro del cuadro de la Monarquía —constitucionalismo del que jamás habíamos disfrutado, por lo que resultaba fantástica aquella corriente "restauradora", que, en el fondo, iba a salvar nuevamente las responsabilidades del régimen, con un nuevo cambio de postura—, el P. S. siguió cuidando sus cuadros, hábilmente, sin embarcarse en aventuras sin objeto definido. Las masas, menos organizadas, no podían tampoco encandilarse por un juego para ellas incomprensible y totalmente ajeno a sus intereses, como lo era ese restablecimiento del régimen constitucional, de que jamás había disfrutado. El juego era tan burdo, que fue desarrollándose una nueva conciencia antimonárquica, penetrando la necesidad ineluctable de un cambio de régimen, en capas burguesas y pequeños burgueses, que hasta entonces habían permanecido fuera del ejercicio activo de la política. La prolongación indefinida de la coacción de las li-

te y ejercitado con una clara conciencia del objetivo final revolucionario, que es lo que diferencia a unos oportunistas de otros. Pues mientras el revolucionario es oportunista *per accidens*, para acercarse mejor y en condiciones más firmes a la meta, el oportunista *per se* es un simple traidor, cuya única finalidad estriba en esquivarla. En todo caso —aunque otra cosa se haya dicho, para con tal pretexto injuriar a Largo Caballero— la posición fue democráticamente adoptada por el Partido, acreditándose así en su inmensa mayoría de un alto sentido de la realidad política. Por otra parte, bien a cubierto están de la difamación a cuenta de su oportunismo en 1923, quienes, en 1930, 1934 y 1936 se lo jugaron todo a la carta de la acción revolucionaria.

bertades públicas, y la crisis económica derivada de la orgiástica gestión administrativa que, al socaire de la imposibilidad de toda fiscalización y crítica, se venía practicando, empujó hacia el republicanismo a industriales y comerciantes amenazados por los monopolios y la crisis, y a los hombres de las profesiones liberales, vejados por la prepotencia agresiva de militares y clérigos, larvándose un nuevo republicanismo que, si bien impotente como masa, suponía una renovación esperanzadora de los equipos llamados a dirigir la oposición al régimen en lo estrictamente político y, al fin y al cabo, una nueva fuerza burguesa radical, con lo que el proletariado podría empezar a entenderse con mejores garantías que las nulas del republicanismo "histórico", corrompido como una pieza más que en substancia era del viejo y aborrecido régimen monárquico, de tal modo desacreditado ya que empiezan a desgajarse de sus propias filas elementos, que, despechados o previsores, pasan a reforzar las incipientes formaciones republicanas.

#### LA PUGNA DE TENDENCIAS EN EL PARTIDO SOCIALISTA

En efecto, en el Partido, tan férreamente unánime en 1917, por ejemplo, comenzaron a manifestarse públicamente las luchas de tendencias. Y no es que anteriormente no las hubiera, y tan enconadas como ahora, sino que, con una clara conciencia de lo que tiene que ser una organización democrática proletaria de tipo revolucionario, en el seno del Partido reinaba una absoluta libertad interna para la crítica y la matización de opiniones, mas con la contrapartida de una disciplina absoluta y rígida para acatar las decisiones, una vez adoptadas por la mayoría militante. Durante la Dictadura comenzó a resquebrajarse esta concepción, tan acertada —y la única fecunda— de lo que debe ser un Partido Socialista. Espíritus inquietos, siempre propicios a las espectacularidades de la actuación política y a la permanente inteligencia de la burguesía republicana con las masas proletarias —que sólo a aquélla beneficia casi siempre— se excedieron en la crítica y la acción indisciplinada, en su afán de arrastrar prematuramente al Partido a una acción que, (ya aludimos a ello), podía haber servido para el implantamiento del fascismo en España allá por 1923. Sin embargo, no fueron debidamente sancionados. ¡Error tremendo! El P. S. O. español había abierto inconscientemente el portillo de la indisciplina y la falta de respecto a los designios de la mayoría, pendiente por la que un día habría de despñarse, deshonorándose. ¡Y así, por su parte, al llegar a estos momentos premonitores del gran movimiento que acabó en 1931 con el oprobioso régimen monárquico, el reformismo, esa letal planta siempre presta a retoñar para matar el verdadero socialismo, empezó a manifestarse en el nuestro. Con los más demagógicos pretextos, los mismos que alentaban a aquellos otros compañeros demasiado tocados del morbo de lo meramente político, y que aun habían iniciado conversaciones pre-

maturas y extraoficiales con elementos republicanos cuando no había ninguna garantía sería de eficacia, ahora, en el momento en que a todas luces podía organizarse un amplio movimiento que liquidara toda una etapa de la evolución política, se oponían obstinadamente a toda participación en la lucha. Según ellos, los reformistas, el P. S. no podía entrar en acción más que por sus fines propios, y en manera alguna debía comprometerse por derribar a la Monarquía concupiscente y feudal de los Borbones para sustituirla por una República democrática parlamentaria, por cuanto habiendo de ser ésta burguesa, al proletariado le era la cuestión indiferente. Cuán lejos estaría el camarada Besteiro, hoy condenado por el fascismo, de suponer hasta qué punto llegaría esa teoría, que si podría estar justificada en labios de un marxista intransigente e incapaz para la acción realista, constituía una irrisión en boca de un reformista, gradualista, y simple salida demagógica para no cooperar a la acción republicana, ni en paridad a ninguna acción, dada la correlación de fuerzas de la época, ya que a eso equivalía sostener que el Partido sólo podía luchar por la totalidad de sus aspiraciones. La contradicción teórica y táctica es manifiesta ya que rechazando, al mismo tiempo, la acción violenta, tampoco participarán en las luchas revolucionarias de 1934 y 1936-39, lo mismo que se tratara de defender lo conquistado contra la reacción fascista, que de reaccionar a nuestra vez para intentar pasos decisivos hacia "los fines propios". Con lo cual el reformismo español descubrió el bonito procedimiento de continuar enquistado en un movimiento socialista netamente revolucionario, como el nuestro, sin más fin que el de sabotearlo, como con tremenda eficacia hizo reiteradamente, como hemos de ver, sin ser barrido implacablemente. Semejante tolerancia para la indisciplina y

la traición fue un factor esencial de la descomposición y ruina de un Partido, tan abnegado y sinceramente

#### NUESTRO PRIMER FRENTE POPULAR

Llega un momento en que el P. S. es seriamente requerido por los sectores republicanos y militares, conspirativamente ligados mas impotentes para una acción de masas. Todos coinciden en que sin su adición activa al movimiento, con una presencia definida en la dirección del mismo, no hay garantías mutuas de seriedad y eficacia. Toda la posibilidad de un cambio de régimen speeditase a esa colaboración activa y directa del Partido, secundado por la U. G. T. y la J. S., a la organización del movimiento antimonárquico. Y el Partido estatutariamente republicano, pesa su responsabilidad, reconsidera el caso,

#### LAS TRES TENDENCIAS HISTÓRICAS

Entra, pues, nuestro Partido en la lucha a fondo por la República democrática parlamentaria, perfilándose en él las tres tendencias que ya jamás llegarían a una reconciliación completa en el seno de un común y leal acatamiento a los dictados de la mayoría. La marxista, plegada en absoluto a la tradición que imprimiera al P. S. O. español su fundador, Pablo Iglesias, pues dígame lo que se diga, Estatutos mandan y era, pues, marxista, la tradición de nuestro Partido. Esta corriente, no ha provocado jamás conflictos disciplinarios, por cuanto contó siempre con la inmensa mayoría del Partido, apoyado por la de la Unión y exaltada hasta la pasión por la J. S., en cuanto se limpió de su momentánea dirección reformista, alrededor de 1931. Su vocero más destacado fue Francisco Largo Caballero, acompañado a la sazón por Luis Araquistáin, Julio Alvarez del Vayo, Enrique de Francisco, el malogrado doctor Sanchis Bantús, Rodolfo Llopis, Fabra Ribas, y en el orden sindical

revolucionario como lo era, en cuanto a sus heroicas masas, el nuestro.

y viendo cambiadas las condiciones para un paso tan importante en lo político, como era el de una monarquía corrompida y despótica a una República burguesa parlamentaria, decide asumir el papel esencial que a coro los otros sectores republicanos le acordaban. Desgraciadamente, coincide con este su retorno a la plena actividad revolucionaria, en posición tan prominente, la manifestación categórica, insalvable, terminante, de las tendencias que un día habían de neutralizarlo, hundirlo y deshonrarlo, corroborando el trágico destino que uno a uno va aniquilando a todos los partidos de la social democracia.

por Wenceslao Carrillo, Pascual Tomás, Díaz Alor, Zabalza, Hernández Zancajo, etc., etc.

En el otro extremo, el reformismo, dirigido por Julián Besteiro, y, a su lado, Andrés Saborit —otro de los condenados a cadena perpetua con Largo Caballero y Besteiro en 1917— Trifón Gómez, Gómez Osorio, ambos ferroviarios, y con numerosos dirigentes y burócratas de segundo rango, mas sin la menor influencia de masas en el Partido. Su fuerza ha estado en las secretarías, a cuyo través hubo momentos en que dirigió la sindical y aún la Juventud, mas siempre en efímeras transiciones entre dos etapas de dirección marxista, única amada y comprendida por las filas.

Entre ambas corrientes que representan, al fin y al cabo, las dos posiciones universales del pensamiento y la táctica socialista, una posición que luego se llamó centrista, sin teoría alguna ni más táctica que la de un oportunismo permanente, a base

de la coalición, siempre que fuese posible, con la burguesía, posición cuyos más calificados mantenedores son Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos, y a la que se han ido sumando profesores como Luis Jiménez de Asúa, médicos, abogados, periodistas y algunos dirigentes sindicales conocidos, como los de los mineros — hoy divididos a su vez— y otros, más por razones personales que de la ideología de los sectores que representaban.

El Dr. Negrín era completamente

#### LA HUELGA DE 1930

La impaciencia de un grupo de los militares comprometidos, que dominaba la plaza fuerte fronteriza de Jaca, estuvo a punto de comprometerlo todo, y puso de relieve lo profundo del daño que ya aquejaba al P. S., tal vez por sufrir una crisis de crecimiento excesivo y descuidarse por ello las cuestiones de disciplina y cohesión interna.

Los militares susodichos, dirigidos por Fermín Galán —García Hernández fue una figura secundaria, arrastrada por un destino fatal— iniciaron la sublevación el 15 de diciembre de 1930. Era Galán un bravo y culto muchacho, de exaltado temperamento y fuerte influencia extremista. ¿Por qué se adelantó? No se sabe a punto cierto si fue sólo a impulsos de la impaciencia juvenil o hubo algún otro excitante que despertara su habitualmente claro juicio. Como fuese, y dado lo maduro que ya estaba el movimiento, había que seguirle. Madrid debía ponerse a su cabeza, iniciando una más extensa sublevación militar y, paralelamente, una huelga general. Los militares cumplieron su palabra. Largo Caballero dió, en su momento, la orden de paro. Sin embargo, no fue cumplida. Desde el puesto que se le había designado la reiteró con apremio y energía. Sin embargo, no fue obedecido. El reformismo dominaba, como hemos apuntado, numerosos puestos dirigen-

desconocido en esta época, aunque ligado a Largo Caballero a través de su entonces idólatra amistad y admiración por Luis Araquistáin. En cuanto a Lamonedá, secretario general último del Partido y principal cómplice de Negrín, después de hecha la escisión de 1921 para fundar el P. C., del que fué secretario general, había salido ya de éste, en un viraje, y a la sazón sin partido vacilaba entre volver o no al P. S., al que había cubierto de injurias como secretario del comunista.

tes de segundo rango, entre ellos los de la Casa del Pueblo madrileña y varias de las organizaciones de Madrid. Y cumpliendo fielmente su fatal misión histórica de traicionar al proletariado y a la Revolución, no cursó las órdenes, deshonrando al Partido y a la U. G. T., y arriesgando todo el futuro de España. Y como Madrid tenía que dar la señal, y lo de Jaca había sido una precipitación, el resto de España tampoco se lanzó y el pobre Galán —así como García Hernández— fueron fusilados. El Comité hubo de dispersarse. Unos, se responsabilizaron del movimiento y entraron en la cárcel voluntariamente los más, como A. Zamora, Maura, Albornoz, Botella Asensi, Galarza, Largo Caballero, De los Ríos, etc. Otros, huyeron al extranjero, como varios jefes militares y, a su cabeza, Queipo del Llano, y M. Domingo, Prieto, etc. Otros, como Azaña y Lerro, permanecieron escondidos. Nada se perdió en definitiva, porque el movimiento era incontrastable. La sangre de Galán y G. Hernández no hizo sino avivarlo más y más. Y así, el mismo Comité siguió ultimando los preparativos desde la propia cárcel, en relación constante con los que quedaban fuera de ella. Pero la verdadera dirección radicó ya, hasta el proceso terminal en la Cárcel Modelo de Madrid.

No sería ocioso continuar con la

misma prolijidad que hasta aquí la historia de la evolución política española y, dentro de ella, la del Partido Socialista. Pero el empeño es incompatible con el espacio de que naturalmente podemos disponer. Los

antecedentes, sin embargo, eran absolutamente necesario para que con este encuadramiento previo podáis apreciar, sin confusiones, los acontecimientos posteriores.

#### LA COALICIÓN DE 1931

Es proclamada la República española el 14 de abril de 1931, como consecuencia de la depresión que en el monarca y su "entourage" produjo el triunfo de las izquierdas, realmente arrollador, en las capitales, en las elecciones municipales celebradas el domingo precedente, día 12. Alfonso XIII, huye, sin entañar una lucha cruenta, cuando ya la República había comenzado a ser proclamada en provincias y el Comité nacional director del movimiento se disponía a hacerlo en la capital y corte. Conforme a lo previsto, el Comité pasó a constituirse en Gobierno provisional, entrando, pues, a colaborar en él el P. S., representado por los compañeros L. Caballero (Trabajo), Prieto (Hacienda) y De los Ríos (Justicia). La coalición gobernante que celebró inmediatamente elecciones generales, englobaba a antiguos monárquicos, católicos, socialmente también derecha pura, como Alcalá Zamora, — unánimemente aceptado como Jefe del Gobierno, por serlo del Comité, y Maura; los radicales y federales del viejo republicanismismo, cuyas figuras más conocidas eran Lerroux y Martínez Barrio, entre los primeros, y Franchy Roca y Barriobero de los segundos; las nuevas formaciones republicanas, o sea la Agrupación al Servicio de la República, partido de la intelectualidad, como Ortega y Gasset, Marañón, Pittaluga, Pérez de Ayala, Zulueta; la Acción republicana, dirigida por Azaña; los radicales socialistas, de Marcelino Domingo, Albornoz, Gordón Ordax; los galleguistas, con Casares Quiroga; los catalanistas de Acció, con Nicolau d'Oliver; los de la Esquerra, de Maciá, con Companys, y, en fin, el bloque lla-

mado de cemento, por su cohesión, junto a tanta diseminación esterilizadora, de los socialistas, con más de cien diputados, en un total de algo más de 400. También había un comunista: el joven e inquieto abogado Balbontín. Y un monárquico declaradamente alfonsino: el conde de Romanones. Además, naturalmente, otros partidos de derecha nacionales y el nacionalista vasco, sumando en total la oposición inicial una cuarta parte sólo de la Cámara. La Presidencia de la Cámara, y, provisionalmente, de la República, fué atribuida, con enorme mayoría, al socialista Besteiro, quien la aceptó sin vacilar, no obstante su anterior posición de cabeza visible del reformismo socialista, que no había querido tomar parte activa en el movimiento antimonárquico, saboteándolo al impedir en diciembre de 1930 el desarrollo de la huelga general.

En el Gobierno figuraban, pues, tres socialistas. ¿Por qué nuestro Partido se había decidido por la colaboración ministerial? Por una exigencia ineludible de su propio programa y de la coyuntura política. Porque siendo impotentes los núcleos de opinión estrictamente republicanos para derribar la monarquía feudal, sin una base popular, que sólo podían aportarla las organizaciones proletarias, declararon la imposibilidad de organizar con eficacia el derrocamiento del régimen si no tomaba una parte activa en la dirección del movimiento el P. S. directamente representado en el Comité supremo correspondiente. Agregándose, además, que teniendo éste que hacerse cargo del poder, si triunfaba, la única garantía de seriedad y continuidad estaba en que

en él siguieran, como ministros, los representantes del socialismo. Y como todo ello se declaró condición previa e inexcusable para lanzar el movimiento republicano al asalto del régimen y el P. S. perseguía este fin concreto entre sus declaraciones programáticas, no tuvo opción si quiera y decidió asumir todas esas responsabilidades colaboracionistas, sin

más oposición que la absurda y demagógica del reformismo, que entonces condenó la colaboración diciendo que el P. S. sólo podía entrar en liza para los fines propios y exclusivos de la clase trabajadora. Como si no lo fuese derribar una monarquía de tipo feudal, y como si ellos fuesen unos marxistas intransigentes...

#### NUESTRO PRIMER FRENTE POPULAR: SU FRACASO

Ya está gobernando en España el primer Frente Popular, puesto que porque aún no hubiese lanzado Moscú el nombre, en realidad aquél lo era, aunque en él no figurara el P. C., que sólo contaba con fuerzas para sacar un diputado a Cortes en aquellos momentos de loca efusión republicana, sin que las derechas monárquicas e indiferentes osaran abrir la boca. A la sazón el P. C. alineaba unos 3.000 militantes que, aprovechando la alegría general, llenaban las paredes de unos extraños letreros en que las gentes, asombradas, leían un "todo el poder para los Soviets", acogido casi siempre con la misma simpatía con que el hombre maduro contempla al pequeño travieso haciendo una jugarreta.

El Frente Popular aquél pudo haber moldeado a su placer la estructura del Estado. Había desaparecido el rey, y, con él, todos los cuadros dirigentes habituales; no había Cortes; nadie se atrevía a insinuarse en posición ni de la más leve crítica. Los terratenientes, la aristocracia feudal, habían huido con el monarca. La iglesia, la banca y la alta industria hacían carantoñas al nuevo régimen. La burocracia y el ejército alardeaban de una leal devoción por él. Hasta la guardia civil, mandada por el traidor Sanjurjo, hacía ostentosa confesión de sumisión al pueblo cuando aun el cobarde Borbón arreglaba su aletón en el Palacio de Oriente. En vez de convocar inmediatamente a Cortes y de, una vez reunidas éstas, enfrascarse en las prolijidades de una

nueva Constitución, (en las que fatalmente iban a reavivarse todos los enconos políticos y, con ellos, las adormecidas fuerzas de la reacción, al tiempo que se escindiría el torrente republicano aun tan informe y niño) pudimos haber realizado una auténtica revolución, inutilizando, ante todo, las fuerzas ocultas del sistema, que quedaron absolutamente intactas. No se tocó ni a uno sólo de los intereses económicos, políticos y sociales de la pirámide de la que la monarquía sólo era la cúspide. En un empacho ignominioso de legalidad, no se renovó ni un mando militar ni a un sólo empleado de un ministerio. No se cohibió ni a uno sólo de sus órganos en la prensa, ni se cambió un Consejo de Administración. Al mes, las fuerzas latentes del viejo régimen empezaron a recobrase, tomando, además, por incapacidad, cuando no por cobardía, la absurda generosidad del nuevo. Y comenzaron a luchar animosamente por su revancha, siguiendo dos caminos, con pleno éxito en cada caso, por su mayor resolución, falta de escrúpulos y digámoslo todo, hábito de mando: por un lado, reorganizándose férreamente; por otro, corrompiendo los sectores más accesibles del Frente Popular, que vinieron a resultar —per fas o nefas— ¡casi todos!

Empezó la desbandada. Como nos habíamos emperrado en tener una Constitución mejor que el trasto, que tan inútil resultó también, de Weimar, todo lo divino y lo humano se puso sobre el tapete, para mejor di-

vidirnos, azuzados por los intereses al acecho. Por divergencias en la cuestión religiosa, saltaron muy pronto aquellos ex monárquicos católicos que habíamos colocado en cabeza, dimitiendo Alcalá Zamora, creando una difícilísima situación que afrontó Azaña, al frente de un gobierno ya de izquierdas republicanas y socialistas. ¡A pesar de lo cual aún elegimos después presidente de la República a ese mismo A. Zamora, que por su intransigencia ultramontana no había vacilado en echar a rodar al régimen recién nacido! En seguida, por meras cuestiones de predominio político, y dejándose corromper a escape, se desgajó el sector más fuerte, el radical, de los republicanos "históricos", preparándose ya para combinaciones de centro. Por si la República no era más que federable, se disgustó, se fue y se dividió, encima, el otro

#### REPERCUSIÓN EN EL PROLETARIADO

¿Cómo incidió este triste proceso degenerativo en el campo proletario, única esperanza y realidad del nuevo régimen? De la manera más deplorable.

La inteligencia entre socialistas y anarquistas, a través de las dos grandes sindicales —la U. G. T. y la C. N. T.— que igual que en 1917 propiciara aquél gran movimiento, y que en 1931 había dado la victoria, se rompió aparatosamente ante la desilusión que la República significara. La U. G. T., solidarizada con el socialismo, que le daba su savia, tascando el freno, apoyó lealmente al Gobierno, sacrificándose, porque en él figuraban, prisioneros —unos de sus gustos, otros de los compromisos del Partido— los ministros socialistas. La C. N. T. que no tenía por qué guardar esas consideraciones, volvió a la acción directa, y como consecuencia nos combatimos de nuevo sin piedad. ¡Tremendo retroceso desde el punto de vista revolucionario obrero! Yo quiero contar las cosas como son. Y el resultado fue, por un lado que

sector "histórico", el federal. Para cuando llegaron las cuestiones de fondo contenido social y económico, en que empezaron a flaquear los republicanos más de izquierda, aquéllo era un galimatías inservible, y los militares ya habían dado el primer intento de asalto contra el régimen; la iglesia conspiraba sin pudor; la burocracia lo sabotaba todo con descaro, y la banca organizaba la fuga de capitales, mientras los terratenientes y los grandes industriales despedían en masa a los obreros, diciéndoles cínicamente: "¡tomad legislación social protectora!" "¡Que os dé trabajo L. Caballero!". A la cabeza de la insurrección empezaba a insinuarse el Presidente de la República, en cuyos cacicatos de Córdoba y Jaén no hubo Dios que hiciera cumplir la legislación social. ¡Todo esto en menos de año y medio!

amplios sectores proletarios —los de influencia anarquista— que habían cooperado como el que más a la implantación de la República, se lanzaron contra ella con igual ímpetu que antes lo habían hecho contra la Monarquía, sin parar mientes en que podía beneficiarse así a la reacción y en que en el Gobierno estaban comprometidos hermanos de clase. Y, por otro, que un Gobierno de coalición republicano-socialista reprimió los movimientos promovidos por ese sector de trabajadores con idéntico resultado macabro en la represión que los Gobiernos del viejo régimen: docenas de muertos y miles de detenidos. Yo no quiero precisar ahora responsabilidades pero sí resumo: ¡bello juego para la reacción!

¿Cómo repercutió todo ello en el campo socialista? Ante la realidad del fracaso de aquél que yo llamo primer Frente Popular de España, los reformistas cabeceaban satisfechos, como si el drama fuera un triunfo para ellos. Los partidarios de la inteligencia a ultranza con las organi-

zaciones burguesas de izquierda — más o menos ful— yacían en una depresión enorme. Los marxistas, sin frotarse las manos de gusto —sino, al contrario, hondamente preocupados— veían con angustia cómo los hechos venían a corroborar sus esquemas ideológicos, al evidenciar que la lucha de clases está por encima de las formas de gobierno, y cómo la emancipación de los trabajadores sólo podía ser obra de los trabajadores mismos. Desde cuyo ángulo la premisa básica, plasmada en el inmortal "trabajadores de todos los países, uníos", aparecía hoy, con la República, más lejana que meses antes. Deduciendo que la colaboración en el poder, impuesta por una realidad polí-

tica que no se pudo desatender, había sido tan fatal para el P. S. como para la causa más amplia de la clase en su conjunto. Y que tenía que volver a asumir, libre de todo compromiso con los sectores burgueses, su papel histórico de conductor del proletariado hacia su emancipación económica, rechazando la unidad de clase, amenazada ahora en sus más primarios intereses por la reacción, que en amplio proceso de recuperación ascensional iba estando presta a imponerse a través de los nuevos métodos fascistas, a lo que el P. S. debía oponerse, al frente de su clase, por todos los medios accesibles, incluso el de la insurrección en armas.

#### RADICALIZACIÓN DEL SOCIALISMO

Asistimos así a un vasto proceso de radicalización de todas las organizaciones de tipo o influencia socialista en la segunda mitad de 1933, en cuyo mes de septiembre se produjo la crisis ministerial que terminó con la colaboración socialista en el gobierno.

A la cabeza del movimiento renovador, de marxistización, se emplazó la Juventud, que entonces acusó más destacadamente que nunca su personalidad revolucionaria, estableciendo una dirección íntegramente marxista, con un total relegamiento de elementos reformistas de sus planos dirigentes. El P. S. y la U. G. T. operaron una paralela radicalización en cuanto a la dirección suprema, unas sin completarla con el desplazamiento que animosamente había practicado la J. S., porque una estúpida casualidad hizo que en los Congresos que ambos organismos centrales —el político y el sindical— celebraron en 1932, no se depuraran las tremendas responsabilidades de la traición reformista de 1930-31. Y fué que súbitamente enfermó de gravedad L. Caballero, que es quien iba a plantear con toda crudeza la cuestión de la depuración de la U. G. T. —habiendo elegido este terreno como más definitivo para la

gran batalla que se venía encima— se dejó pasar el del P. S. sin mayores choques (lógicamente, pues la indisciplina y traición dimanaban de un orden incumplido de huelga general revolucionaria) y cuando llegó el Congreso de la Unión, L. Caballero, moribundo, no pudo concurrir a él, y sus compañeros de tendencia, desorientados y enormemente preocupados por la posible pérdida de su líder, que parecía irreparable, se prestaron a un borrón y cuenta nueva. Séame permitido, de paso, señalar uno de los tremendos riesgos del caudillismo en nuestras organizaciones. Caballero, es el antipoda de un caudillo. El P. S. O. español jamás los había tenido, ni en sueños. Sin embargo, las circunstancias colocaron entonces a L. Caballero en una significación práctica de tal. Y la fatalidad hizo que, no pudiendo responder personalmente a la responsabilidad que excesivamente se hiciera descansar sobre sus hombros, causara un daño que ya ha sido irreparable para el P. S. y para la Revolución española. El equívoco, como consecuencia, siguió imperando en ciertos rangos dirigentes del P. S. y de la U. G. T. La impunidad en la traición y la indisciplina dió alas

a los disconformes del marxismo, imperante sobre las masas. Ya no volvieron a celebrarse Congresos en que poder depurarnos. Y cuando, al socaire de unas circunstancias tan dramáticas y extraordinarias como las que hemos vivido en España, las tendencias contrarrevolucionarias lograron encaramarse en la dirección suprema de nuestros organismos, no hubo ya posibilidad de reaccionar, y nuestro gran movimiento socialista cayó, deshonrado, hundiéndose en su caída a la Revolución española.

De todos modos y aun con las graves deficiencias señaladas, entre fines de 1933 y primeros meses de 1934 la izquierda del socialismo español controlaba las masas y la dirección suprema del P. S., de la U. G. T. y de la J. S. cuya clara conciencia revolucionaria, y el agigantamiento y capacitación de sus cuadros se había puesto brillantemente de manifiesto en el Curso de Verano ce-

#### LA ALIANZA OBRERA REVOLUCIONARIA

Nuestra finalidad era clara. Acelerar el proceso revolucionario, situándonos en condiciones de dar la batalla y vencer al fascismo, que se nos venía encima. Agotada y fracasada en la lucha de clases la experiencia de la colaboración con la burguesía radical, y traicionados por ésta, teníamos que pasar a otra etapa típicamente clasista o aceptar la reacción fascista. Mal estaba la situación para rehacer, como en 1917, como en 1930-31, la unidad, al menos en la acción, del proletariado. Pero el dilema era éste: o lograrlo o dar paso al fascismo. No vacilamos y nos lanzamos a intentarlo.

A nuestro margen operaban dos núcleos de opinión proletaria, importante uno de ellos, el anarcosindicalista, e insignificante el otro, el comunista. La mayor preparación que para el cumplimiento de su misión histórica había alcanzado ya el proletariado, hizo que, a pesar de lo antecedente, en las masas sindicales

lebrado en agosto de 1933, en el que se contrastaron las tendencias de los líderes socialistas, pronunciándose arrebatadamente por lo encarnado por L. Caballero, quien hizo en aquella ocasión un discurso memorable en el que replanteó en un terreno estrictamente marxista todos los problemas que ante sí tenía el P. S. O. español, todavía colaborando con el poder, puesto que la crisis no surgió hasta el siguiente mes. Y así, cuando ésta afloró públicamente ya de manera inevitable, por nuevas discusiones y defecciones republicanas, sabiamente atizadas por la reacción aprovechando los choques inevitables de los intereses de clase, el Partido, la sindical y la juventud, constituyeron en breve tiempo un compacto bloque bajo la dirección de Caballero, acompañado de un núcleo de militantes que confesaban su fe en el marxismo, siguiendo sin equívocos, la tradición del Partido.

no afectos a nosotros fuera cuajando rápidamente otra vez el mismo ideal de unidad en la acción, del que surgió pujante el movimiento aliancista. La faena se simplificaba desde el momento en que había un guión político netamente marxista, es decir, socialista revolucionario, el integrado por el Partido y la Juventud, y una gran masa para el choque, que aunque no estaba unificada en lo ideológico, si se aprestaba a inteligenciarse en la acción. Tropezábamos para llevar a la unidad en el plano de las realizaciones a todo el proletariado, con la ceguera comunista, que seguía empeñada en aferrarse a consignas tan insensatas como la de los Soviets, que nadie entendía en España, ni le importaba una higa entender, por tener órganos propios de acción revolucionaria y no necesitar ir a calcarlos de un país que cuando lo creó estaba más atrasado, en cuanto a educación general de la masa para estos fines. Pero los comunistas,

entonces como ahora, sólo obedecían a los dictados de Moscú, de donde su obstinación en combatir a sangre y fuego las alianzas, desacreditándolas con toda suerte de sarcasmos y de injurias —que en eso tampoco han cambiado—, por el mero hecho de que en la Plaza Roja tardaran, como es lógico, en enterarse de qué eran eso de las Alianzas obreras revolucionarias españolas.

El Gobierno de Lerroux mediatizado por la Ceda (Confederación de Derechas autónomas), es decir, la franca preparación prefascista del capitalismo en España, iba perfilando

#### EL MOVIMIENTO DE OCTUBRE Y SUS CONSECUENCIAS

Mas, he aquí que un día, bruscamente, como han cambiado otras veces —como volvieron y volverán a cambiar cuantas veces se lo manden— el Buró determina que las alianzas obreras son una gran cosa y que hay que aceptarlas de lleno, e impulsarlas hasta el fin. Se había perdido mucho tiempo en estériles disputas, pero, al fin, se presentaban las condiciones requeridas para llegar a una unificación eficaz del potencial revolucionario de nuestra clase trabajadora. Claro está que, mientras tanto, el fascismo no se había dormido, y nos provocaba la huelga de campesinos de aquel verano, y tras incidentes que no es preciso detallar, pues harían interminable esta exposición, llegó Octubre del 34, y con él, la crisis que daba franco acceso al Poder al fascismo, y con ella, pues, la necesidad prevista por Largo Caballero desde el primer bienio, cuando estaba en el Poder, de alzarse en armas para intentar vencer, o, al menos, dejar sentadas las condiciones de una futura revancha. Y fuimos a la insurrección encontrándonos con la sorpresa, verdaderamente desconcertante, de que el Partido de la insurrección armada, de los Soviets y de la dictadura del proletariado, y de todas las truculencias que el marxismo forzosamente lleva consigo, pero que hay

los trazos de la batalla definitiva que se proponía dar al proletariado para conseguir sus fines. Cada día era más angustiosa la necesidad de llegar a un grado de unificación de las fuerzas proletarias, que permitiera aceptar el combate que el fascismo planteaba, y ganárselo. Sin embargo, los comunistas continuaban aferrados a sus Soviets, malogrando con la crítica envenenada y con la desaprensión en ellos habituales, la rígida organización que había que dar a la masa obrera para que saliera airosa del empeño.

quienes se complacen, además, en declamarlas ahuecando la voz, como en los cuentos de miedo, había olvidado el detalle de estar armado para cuando el momento llegara. Si no hubiésemos sido de una lamentable candidez, por buena fe revolucionaria, desde este instante deberíamos haber roto para siempre toda relación con el comunismo oficial de España, sucediera lo que sucediera, por la falta de seriedad y de visión histórica que esto significaba...

Salimos de la prueba horrorosa del 34, encontrándonos inmediatamente con otra sorpresa no menos fabulosa, cuyo olvido acredita por partida doble nuestra ingenuidad lamentable. Y ésta es, que, habiendo ido a la lucha juntos, habiéndonos batido todos con igual denuedo, supongamos, y con eficacia pareja, que es mucho conceder cuando ellos estaban tan precariamente preparados, salimos de la lucha, y en vez de hacer un análisis en común de lo sucedido, estudiando las causas de la aparente derrota y deduciendo las lecciones necesarias, el Partido Comunista se atribuyó la gloria en exclusiva, como después en la guerra, y centró una crítica implacable, no en torno a Lerroux y a Gil Robles, sino al Partido Socialista y a la Unión General de Trabajadores, que eran —con los anarquistas—

tas— quienes habían llevado en peso no sólo la pelea y la preparación material para sostenerla, sino, lo que acaso importa más todavía, la creación del espíritu heroico que es necesario preparar para afrontar responsabilidades de tamaño magnitud histórica.

Nuestros mejores hombres fueron a la cárcel, quienes no a la tumba o al destierro. Y entonces, agravando la desorientación que la insólita actitud comunista provocaba, la letal planta del reformismo, que siempre amenaza rebrotar en el campo socialista, empezó a desenvolverse con indignidad épica, beneficiándose de la crítica de aquel movimiento que concienzudamente habían saboteado otra vez, como el 1930-31, y, lo que es más bochornoso, de los favores oficiales que por boca de los jefes radicales, Samper y Lerroux, y del Presidente de la República, Alcalá Zamora, se ofrecían, pródigos, a aquellos socialistas que condenaran la sublime gesta de 1934. El momento llegó a ser de una confusión extrema, agravándola el otro peligro mortal que también acecha al proletariado de to-

#### LA CAMPAÑA PRO UNIFICACIÓN

La energía revolucionaria con que el Socialismo de izquierda supo afrontar la difícilísima situación, hizo que los campos rápidamente se deslindasen. El reformismo y el centrismo, poco a poco, fueron identificándose como es lógico, ya que su finalidad única es el Poder, para desde él no realizar nada sino, simplemente, ir tirando y satisfaciendo el apetito. Y aprovechando que la mayoría de los dirigentes de la izquierda estaban presos, se alzaron con la dirección oficial del Partido...

La bandera de la unificación fue planteada entonces con tal rigor ideológico, y ondeada con tal entusiasmo y fuerza de atracción, que cuantos, teóricamente al menos, abrazaban un ideal socialista revolucionario, se vieron envueltos en sus pliegues, creán-

dos los países, que es el oportunismo congénito de algunos de sus dirigentes, tan ambiciosos como vacíos de contenido serio, y que es precisamente en estos instantes confusos cuando encuentra el terreno propicio para su desenvolvimiento. En realidad, dentro del campo socialista hubo momento en que cuatro fuerzas distintas se disputaron la partida con ensañamiento: el Socialismo revolucionario, que, con la Juventud y la masa general de la Unión, sostenía en alto la bandera tradicional de Pablo Iglesias; el comunismo, que blasonando de ser más marxista que ninguno trataba, como siempre, de aprovecharlo todo para medrar a costa de los demás, como parece su predisposición fundamental; el reformismo, dispuesto de abyección en abyección, a crear un Socialismo domesticado, que fuera grato al fascismo; y el centrismo u oportunismo, que sin idea alguna, estaba dispuesto sólo a buscar la ocasión propicia para gobernar y colocar a sus hombres, cifra y compendio de las aspiraciones de quienes carecen de ideales.

dose la fuerza de opinión proletaria más fuerte que hasta entonces existiera en España, y que sólo podrá ser superada un día cuando, reconquistada por el pueblo, la U. G. T. y la C. N. T. logren unirse en un programa de acción concreta. Socialistas de izquierda, comunistas, jóvenes de uno y otro partido, y sindicales influidas por ambos, constituyeron un movimiento cuyo potencial era de tal naturaleza que nada ni nadie le hubiera podido cerrar el paso hasta la consecución íntegra de sus ideales, a no haber surgido deserciones y deslealtades que habían de terminar en hacer incluso imposible el mantenimiento de una modesta República democrática.

Todavía estaban los principales dirigentes del Socialismo en la cárcel

cuando los comunistas, sinceramente arrepentidos, al parecer —hoy ya sabemos que su arrepentimiento no lo era— se acercaron a este ahora arquetipo de trotskista traicionero, que se llama Largo Caballero, para decirle que era necesario reafirmar los lazos anudados en la lucha, y marchar lo más rápidamente posible hacia la unificación del proletariado. El que luego había de ser, como Alfonso XIII, primer agricultor de España, nuestro "entrañable" camarada Uribe, Ministro de Agricultura, por el P. C., hasta la consumación de nuestro desastre, fue el mensajero más asiduo de la buena nueva. Nosotros, que por ser sinceramente revolucionarios y conscientemente marxistas, hemos deseado más firmemente que nadie —y seguimos deseando— la unificación del proletariado, aceptamos sin la mayor reserva. Como, modestia a un lado, siempre sucederá cuando vayamos juntos con esos tipos, la orientación del movimiento recayó fundamentalmente en nuestros hombres, por ser un lugar común que tanto por su experiencia como por su preparación ideológica están, en España al menos, a muchos codos de altura sobre los dirigentes comunistas. Largo Caballero fue la cabeza visible del movimiento, y *Claridad*, diario dirigido por Araquistáin y por mí, hasta que nos lo robaron después los socialistas traidores para dar gusto a los comunistas, su principal altavoz. La Juventud, por su parte, cooperó poderosamente al esclarecimiento de la situación, con un famoso folleto, *Octubre*, que aplastó por completo las osadas aseveraciones de la apenas existente Juventud Comunista, y que proclamó tajantemente como caudillo del nuevo movimiento —frase que sus más íntimos amigos jamás habíamos pronunciado— al propio Largo Caballero.

El plan que se trazó para conseguir la unificación de todo el proletariado de signo marxista, constaba de tres etapas. La primera, la fusión en el seno de la Unión General de Trabajadores, de la Confederación General del Trabajo Unitaria, faena que

sólo en alguna contadísimas localidades y en muy pocos Sindicatos concretamente podía ofrecer dificultad seria, por ser enorme la diferencia de fuerzas, a favor, naturalmente, de la U. G. T. Después se fusionarían las Juventudes, cosa que tampoco podía ofrecer dificultades por ser muy escasos los contingentes comunistas, y mayor aún la indigencia mental de sus directores, como se había probado en la polémica que el folleto *Octubre* cerró de modo brillantísimo. A caballo sobre la oleada de ilusión que estas dos realizaciones provocarían, se crearía el ambiente propicio para la unificación de los dos partidos, cuestión que era más delicada por las dificultades que, sobre todo en lo internacional, habría que vencer, ya que las veintinueve condiciones de Moscú crearían un obstáculo insalvable por completo para quienes, como nosotros, los socialistas españoles, jamás cederemos a ser gobernados por los dictados de un aerópago reunido en el extranjero y a través de una eminenencia gris, como es costumbre stalinista.

Pero de todos modos, era lógico conjeturar que, dándose en España unas condiciones tan espléndidas para realizar la unidad de todos los marxistas, y en un punto tan avanzado de su trayectoria la revolución española, la III Internacional se haría cargo de la situación y cumpliría con su deber, haciendo una excepción para la autonomía del Partido Marxista Unificado de España en su seno, o bien vería con agrado que permaneciese independiente de toda Internacional, para servir con su ejemplo de estímulo a la fusión de las dos, en que, por desgracia, se escindía la mayoría del proletariado socialista.

El programa empezó a realizarse con verdadera facilidad, que hoy según el humor de cada uno, da derecho a pensar en una de estas dos cosas: o bien en el crimen que se ha cometido no permitiendo que terminara de cumplirse, con lo que habríamos contado en su sazón en nuestra España con un solo Partido Socialista

Revolucionario capaz de dirigir triunfalmente la revolución o bien que las facilidades que entonces algunos dieron no era sino la preparación para, viéndose impotentes, dominar desde fuera a unas fuerzas notoriamente muy superiores, enquistarse en el seno de éstas e ir corroyendo traicioneramente sus cimientos, para conquistarlas o arruinarlas.

En breve tiempo las dos sindicales

#### PRIMERAS DESLEALTDES COMUNISTAS

Hasta aquí, nadie podía recelar entonces de que todos los empeñados en esta formidable experiencia unificadora no obraran de buena fe, ya que quienes la tenemos no debemos dudar de la posibilidad de que quienes antes erraron se hayan corregido de sus equivocaciones, sobre todo cuando públicamente lo proclaman. Y llega el primer momento en que empieza —hoy se ve claro— a fraguarse el dramático proceso de deslealtad que terminó arrumbando las espléndidas posibilidades revolucionarias de España. Fue cuando algunos de los dirigentes juveniles, hicieron ese famoso viaje a Moscú, en que tanta alma cándida ha encontrado su camino a Damasco, y al regresar, empiezan a esbozar fantásticos planes de reorganización del movimiento juvenil, que significaban una absoluta desnaturalización de las esencias revolucionarias que habían constituido siempre su galardón más preclaro. Había allí una confusa mezcla de ilusiones totalitarias sobre las posibilidades de captación de la masa juvenil española, cualquiera que fuera su origen y sus sentimientos; un afán de colosalismo, completamente ajeno a nuestro genio peculiar, y hay que decirlo todo, un algo extraño, que a mí me pareció simple aldeanería, de joven insuficientemente preparado que se pone en contacto con un marcante aparato de cifras, gráficos, estadísticas y demás espejuelos de una propaganda sabiamente dirigida. Ya hubo quien creyó ver en

influidas por el marxismo quedaron fundidas en nuestra vieja Unión, y las dos Juventudes constituyeron la Juventud Socialista Unificada. Mientras tanto, el proceso revolucionario seguía su gestación a ritmo acelerado, y nos íbamos situando en la primavera de 1936, prolegómeno del alzamiento militar que a su vez nos impulsó a la revolución armada.

el entusiasmo arrebatado, y en cierto modo extravagante, con que aquellos muchachos se expresaban al hablar de Moscú, de sus hombres, de sus realizaciones, de sus laboratorios, y hasta de sus retretes, al principio de una corrupción que muy pronto habría de dar frutos de pérdida, de continuar ellos empuñando el gobierno de la juventud marxista española. Naturalmente, no se alude aquí a esa forma grosera de la corrupción, después en tan triste boga, que consiste en dar una buena sinecura a un diputado para que cambie de matiz dentro de un partido, ni a aquella otra manera, igualmente grosera, que tenía el capitalismo de seducir a ciertos hombres que consideraba peligrosos, llevándoles en recompensa a ser coparticipes en los gajes inherentes a la dirección de las empresas.

La cosa, para mí, resultaba realmente desconcertante, si bien, lo declaro con sinceridad absoluta, no le concedí todo el alcance que posteriormente hay derecho a concederle. Pero para mí, repito, era imposible comprender cómo una juventud que se había educado en la más rígida disciplina revolucionaria, que constituía el potencial de choque más sólido de las fuerzas subversivas que el proletariado podía oponer al capitalismo, sin haber logrado establecer las condiciones que aseguraran la victoria y, por tanto, mucho menos sin haber conseguido el triunfo por las armas, conforme a nuestros postulados, que decían continuaban pro-

fesando, de repente caía en la cuenta de que lo que había que hacer era englobar a la totalidad de la juventud española, dar una gran alegría y amplitud a sus propagandas, dedicar una atención fundamental a los deportes y al folklore, y si a mano viene, oírse una misita de vez en cuando, para ensanchar la base juvenil hasta los propios pies de San Ignacio de Loyola. Esto, que puede tener su significación en un país en que la revolución socialista ya haya triunfado, donde, por consiguiente, el partido dirigente aspira a educar a su juventud en un plano de preocupaciones que ya no tiene nada que ver con aquellas otras que han de ser las únicas dominantes cuando la necesidad de empuñar el fusil es la realidad última para vencer al capitalismo, (gesto que necesariamente tiene que ser consecuencia de una rígida formación doctrinal, prueba de todo género de esas seducciones con que tan fácil es deslumbrar a la Juventud, y de que tan pródigo puede ser el capitalismo), este viraje, repito, justificable en Rusia, era sencillamente una monstruosidad en nuestra España. Más, con todo, yo insisto, no le concedí más importancia que la de un cierto rastacuerismo, que probablemente se corregiría a golpes de de realidad, sin ulteriores consecuencias.

No mucho después, otro suceso vino a poner en guardia a quienes continuábamos enfrascados en nuestra tarea revolucionaria, sin pensar ni en lo más remoto, no ya en urdir maniobras, sino ni siquiera en que otros pudieran perpetrarlas. El Socialismo de izquierda, cada día más compenetrado, aparentemente, con el comunismo, mantenía una lucha terrible por la depuración de su partido y el desplazamiento de los puestos de dirección —única fuerza positiva con que contaban— del reformismo y del centrismo, que con despreocupación creciente hacían caso omiso de los derechos de la masa militante, cada día más acendradamente revolucionaria. Y esta lucha, implacable, no era un mero capricho de los socialistas de

izquierda, ni sólo una exigencia histórica del desarrollo del movimiento, sino una perentoria y reiterada repetición del comunismo, que —y nos parecía lógico— reclamaba la liquidación de estas “excrecencias pequeño burguesas” de nuestro movimiento, para poder realizar la fusión de los dos partidos sin que el nuevo partido unificado llevara en su germen las posibilidades de disgregación y esterilización que suponen el reformismo y el posibilismo centrista. De modo que existía una expresa —no tácita— compenetración entre la U. G. T. ya unificada, la Juventud Socialista Unificada, el Partido Comunista y la izquierda del socialismo, para terminar la labor de unificación marxista, previa eliminación de sus puestos de mando, indecorosamente retenidos, de los capitostes del reformismo y del centrismo socialista, que acaparaban la mayoría del organismo nacional del partido y otros mandos subalternos en determinadas localidades.

Y así las cosas llega el momento que todos atisbamos era decisivo, en que tras el triunfo electoral de 1936 y la constitución del Gobierno del Frente Popular, es ajusticiado Calvo Sotelo. Largo Caballero y un importante núcleo de los dirigentes de la U. G. T., que también lo eran de la izquierda socialista, estaban en Londres realizando delicadas gestiones en el terreno internacional, sin alharacas según costumbre.

La conferencia de Londres había terminado, y nuestros hombres estaban ya en París, de regreso. Los acontecimientos se precipitaban y yo hablé con ellos por teléfono, instándoles a que regresaran, en avión si era posible. Y, acompañado de dos dirigentes juveniles, entonces de toda confianza: Santiago Carrillo y el malogrado y heroico Fernando de Rosa, salí a esperar al tren en que nuestros amigos regresaban, para, en la estación de El Escorial, sacar del mismo a Largo Caballero, seguros de que en la de Madrid se preparaba un atentado, como réplica al ajusticiamiento de Calvo Sotelo.

## LA SUBLEVACIÓN MILITAR

Pues bien; dados los antecedentes y exigencias a que hemos aludido, y el rápido desarrollo de los acontecimientos que hemos esbozado, nuestra sorpresa no tuvo límite cuando nos enteramos de que, sin esperar la vuelta de Largo Caballero y sus amigos —una y mil veces proclamado entonces jefe querido e indiscutible del proletariado español—, la dirección del Partido Comunista y la de la Juventud Socialista Unificada se habían dirigido a aquella mil veces proclamada nefanda e inexistente Ejecutiva Nacional fantasmagórica del Partido Socialista, ofreciéndose a ella incondicionalmente, en virtud de la gravedad de las circunstancias. Proclamamos nuevamente mi torpeza. Aquel acto me pareció una precipitación y una ligereza verdaderamente lamentables. Pero, la verdad, no le concedí mayor importancia. Carecía yo entonces de órgano para percibir ciertas indecorosidades. Pero no faltó quien, con más experiencia que yo, atribuyó a ello todo el alcance de un símbolo, y, condenándolo con verdadera amargura, vaticinó que tendría una transcendencia decisiva en la marcha de la Revolución española. Es más: en buena parte por su gran sentido de la responsabilidad, pero en parte también por mis esfuerzos personales, el camarada L. C. no se retiró aquel mismo día de la vida pública. Vino la sublevación militar, las dramáticas jornadas de Julio, y las no menos de Septiembre, y la formación del Gobierno llamado después de la victoria, presidido por Largo Caba-

## EL "PROSELITISMO" COMUNISTA

La piedad, más que el afecto, de los amigos, había hecho que yo permaneciera ignorante de muchos de los graves acontecimientos que se habían sucedido en nuestra España. Con decir que fui evacuado de Madrid en una ambulancia, entre el

llero. Mientras tanto, cosa natural en aquellos momentos de desconcierto, todo otro trabajo que no fuese el material de ir forjando el instrumento bélico que fuera capaz de darle la réplica a los militares sublevados, apoyados por el fascismo internacional, fue relegado a segundo término. Los socialistas de izquierda y algunos otros sectores de opinión, justo es reconocerlo, nos aplicamos estrictamente a cumplir con nuestro deber, olvidando toda otra motivación, y no digamos desprendiéndonos de toda ambición secundaria. En proclamarlo así hasta la exageración, recalando la abnegada actuación del Socialismo de izquierda, no puede haber para mí la menor jactancia, por cuanto tuve la desdicha de permanecer alejado de la lucha activa por una enfermedad, a partir del primer mes después del pronunciamiento. Por lo que en esta exposición que voy haciendo para intentar que todos veamos claro en la trayectoria de lo sucedido, ateniéndonos a hechos y experiencia personales forzoso es dar un salto que abarca varios meses, hasta poder reanudar la relación en el momento en que, convaliente ya, vuelvo a entrar en contacto con personas y organismos.

No sé cómo reflejaros la desolación que se apoderó de mí cuando, recuperadas ya las energías indispensables, fui dándome cuenta de la realidad circundante. Ni siquiera en estas horas de dramática desorientación que vivimos he llegado a sentir angustia semejante.

atronar de los cañones, y que a cada disparo el júbilo inundaba mi corazón, por creer que se trataba de adiestramiento en el ejercicio de nuestros reclutas, y deducir yo de la abundancia de los disparos la riqueza de material con que nos desenvolvía-

mos, cuando —6 de Noviembre— Madrid estaba a punto de ser tomado, entre otras razones, por carecer por completo de medios materiales de resistencia, se deducirá cuán ajeno era yo a la realidad de la tragedia que vivíamos.

Fue en Alcira, casi dos meses más tarde, donde yo volví del sueño de la irrealidad a este otro sueño trágico circundante, recuperando fuerzas con el ansia de vivir, mientras iba haciéndome cargo de las mutaciones que los hombres y las tendencias habían sufrido en el interregno.

Imaginaba yo que, acosados por el fascismo internacional, y en grave peligro de perder, no sólo las libertades ciudadanas, en tan áspera lucha conquistadas, sino también la propia independencia como pueblo, los lazos que unían en el Frente Popular a todas las organizaciones políticas antifascistas, sólidamente apretados por la inteligencia que yo estimaba estaría a punto de fusión entre las organizaciones marxistas, consolidado todo ello por la aproximación hacia las esferas del Gobierno de la gran familia confederal o libertaria, habría constituido un bloque solidísimo, de fuerza arrolladora, que no permitiría la menor fisura por la que pudieran infiltrarse los enemigos de la causa.

Mi sorpresa, primero; mi desilusión, después, no reconocieron límites. A mí iban llegando, uno tras otro, emisarios cuyas manifestaciones ponían bien a las claras la existencia de un inquietante estado de desarmonía en nuestras filas. Donde yo creí que no habría más que un ideal común y una sola ambición como motor: la de aplastar al fascismo, iba comprendiendo existían recelos, pugnas, y en casos, ásperas discrepancias, que a mi juicio sólo podían comprometer la victoria. Quiero desmenuzar bien las impresiones, porque ello nos ayudará a calibrar exactamente el sentido de cuanto recojo en esta conferencia.

Muy pocas personas del campo socialista de las izquierdas me hicieron en sus visitas la más mínima alusión a la situación política. Después lo he visto claro: eran amigos fraternales que venían a ver al compañero enfermo, a preocuparse por su salud y a evitarle la menor preocupación o enojo. Incluso celebré un par de entrevistas con Largo Caballero, en las que, a pesar de la enorme inquietud que indiscutiblemente tenía que abrumarle, no desvió ni un momento la conversación hacia tema que no fuera el de mi propia enfermedad y el de su deseo de verme cuanto antes restablecido. En cambio, recibía con frecuencia otras visitas de jóvenes y de viejos, que yo inocentemente agradecía, y en las que se me planteaban cuestiones para mí desagradabilísimas, sobre la ineficacia de la acción del Gobierno, sobre el aislamiento e incluso las manías de que parecía irse adornando su Presidente, y el contraste abrumador entre la sublime actividad del comunismo y la letal pasividad del socialismo. Empezaba a formarse en torno mío una atmósfera de captación, bien urdida, y que yo os confieso no dejé de impresionarme. Ignorante entonces de que los socialistas de izquierda se habían limitado a ponerse a trabajar y entregarlo todo a la causa, de que los socialistas de otras ramas se habían aplicado con igual entusiasmo a vivaquear alrededor de los puestos substanciosos de los Ministerios a ellos asignados —con las naturales excepciones, y que los comunistas tenían como misión revolucionaria singular la de monopolizar todos los puestos de intriga y mando, confieso sinceramente que hubo momento en que yo fui, entre todos los socialistas de izquierda, el más influido por los comunistas —salvado el caso, insuperable, de Alvarez del Vayo—, y que entendí que mi reincorporación a la actividad tenía que significarse por un trabajo continuo y positivo hacia la inmediata fusión de los dos partidos, para sal-

var al nuestro de la catástrofe, en que su ineficacia le sumía y afirmar la

superioridad de los métodos comunistas.

#### DEFECCIÓN DE LOS DIRIGENTES JUVENILES

Hubo un incidente que me conturbó de un modo extraordinario, y que, por primera vez, me desorientó y me inclinó a pensar que había que meditar muy despacio sobre el embrollo que se me iba presentando. Fue cuando un grupo de los dirigentes de la Juventud Socialista Unificada me visitó para hacerme saber que habían decidido, en masa, ingresar en el Partido Comunista. Carente yo de toda otra información, se adornó el caso de tales derroches de retórica, que quedé convencido de que se les había hecho la vida imposible en el seno del Socialismo, por lo que, para seguir combatiendo con eficacia por la causa, los pobrecitos no habían tenido más remedio que vincularse al comunismo. De todos modos, a mí me parecía monstruoso que esto se hubiera realizado sin una previa consulta a los demás compañeros de posición, y sin más conocimiento que el que después supe fue tenido, paso a paso, por el precitado Alvarez del Vayo, asesorados todos por el que nosotros llamábamos "ojo de Moscú", el representante secreto del Komin-tern, vale decir de Stalin.

Porque, evidentemente, aquellos jóvenes no eran absolutamente libres para hacer lo que les viniese en gana en el orden político. Indiscutiblemente, las Juventudes marxistas se fundieron en la Juventud Socialista Unificada con una generosidad tal por parte de la Socialista, que no hubo la menor dificultad en atribuirles igual número de puestos en la dirección común, cuando la diferencia numérica de los coparticipes era bien notoria. A mayor abundamiento, cuando se hacen fusiones de esta clase, es indiscutible que los individuos no tienen una representación personal, sino colectiva, por lo que el fulano, mengano y zutano, socialistas, que fueran mantenidos o exaltados a

esa posición dirigente, no lo eran como tal zutano, mengano o fulano, sino como socialistas. Por lo cual, al cambiar de posición política tenían indeclinablemente que dimitir, no para darse paso a sí mismos, sino para que nuevos fulanos, *socialistas precisamente*, ocuparan aquéllos puestos de dirección, por arrebatadora que fuera la popularidad de que los primitivos pudieran gozar entre sus masas. Esto es una elemental norma de ética política, y se necesita ser un perfecto desvergonzado para no seguirla. Pero a estas reflexiones hay que agregar otra, fundamental, desde nuestro punto de vista de la posición socialista de izquierda. Y es la de que el grupo de dirigentes que desde las organizaciones del partido, las sindicales, las juventudes, la prensa y cuantos medios de organización y de propaganda estaban influidos por nosotros, constituíamos una apretada piña en torno a Largo Caballero, con una identificación ideológica tan absoluta y unos lazos de solidaridad tan estrechos, fundidos en luchas heroicas como la de 1934 y en persecuciones y campañas de una aspereza tal vez nunca igualada hasta entonces en la historia del proletariado español, estábamos mutuamente comprometidos, de modo tal, que ninguno de nosotros, ni menos el propio Largo Caballero, éramos libres para coger un día de malhumor la chaqueta —como vulgarmente se dice— y marcharnos a nuestras casas con un simple "ahí queda eso". Teníamos la obligación, que veníamos practicando escrupulosísimamente, de cambiar impresiones y tomar decisiones de conjunto, y si queríamos buscar la cómoda postura del alejamiento de la contienda, incluso estábamos moralmente obligados a participarlo previamente, razonarlo y, en todo caso, por una reiteradísima necesidad, tomar la de-

cisión de haber agotado todos los procedimientos suasorios en la comunidad. Excuso decir que si entiendo que ni siquiera éramos libres para abstenernos de toda participación en la lucha política, cuál será el calificativo que acude a mi magín cuando se trata, no ya de abstenerse, sino de pasarse al enemigo —al enemigo político se entiende— no sólo con las armas y bagajes de la propiedad personal de uno, sino desguarneciendo al campamento de los confiados compañeros. Naturalmente, quienes así obraban no tenían más que una calificación —luego se vio—: traidores. Podríamos discurrir largo rato, mer-

#### LOS COMUNISTAS EN LA GUERRA

Por los mismos días en que empezaba a estar en disposición de reincorporarme al trabajo activo, y cuando yo, que carecía de información que no fuera comunista, permanecía ignorante de cuanto ellos venían tramando, y creía que las protestas de algunos camaradas nuestros pudieran ser en buena parte, resabios no superados de viejos antagonismos, que era preciso vencer a toda costa, en pro de la gran causa de la unificación del proletariado, se celebraron unas reuniones en el domicilio accidental de la Ejecutiva de la U. G. T. en Valencia, en las que empezó a dibujarse claramente mucho de lo que había de suceder después. A ellas asistieron contadísimos elementos que no pertenecían a la dirección de la gran sindical, aunque nada tenía que ver los cambios de impresiones con el movimiento obrero. En esas reuniones escuché yo por primera vez de labios socialistas, terribles acusaciones contra la actuación desafortada de los comunistas en lo que más sagrado era para nosotros: la guerra. Con toda claridad, como debe hablarse entre correligionarios que se suponen todos leales, se dibujó un panorama que a mí me llenó de tristeza. En los propios frentes, hasta en los mismos hospitales de campaña, los

ced a informaciones que personalmente adquirí después, acerca de cómo fue fraguándose esa deserción de los dirigentes juveniles. La cosa es digna de conocerse, pero, no obstante, alargaría desmesuradamente este trabajo. Baste saber, que el cambio de casaca fue precedido de numerosas entrevistas que se celebraron varias de ellas en Madrid, en la calle de Espalter N.º 5, domicilio de Julio Alvarez del Vayo, bajo la presidencia —es de suponer que el puesto de honor le sería reverentemente adjudicado— del susodicho "ojo de Moscú".

socialistas recibían un trato de indignidad, por el mero hecho de serlo, mientras los comunistas contaban con una protección decidida para todo, además de encima, acaparar la gloria. Un batallón socialista o anarquista, aparecía descalzo y cubierto el cuerpo por harapos, junto a otro batallón de la misma brigada, de filiación comunista, equipado como para desfilar en una parada militar. Si los primeros comían lo estrictamente necesario para seguir manteniéndose en pie y nutriendo la enfermería, los segundos hacían una vida todo lo regalada que puede serlo en campaña, y hasta en los propios hospitales, como decía, volvían a ponerse en práctica normas de captación, que eran habituales en los tiempos que estaban regentados por piadosas hermanitas de la Caridad.

La impresión fue para mí tan brusca que, francamente, creí que había notoria exageración en todo lo apuntado. Por otra parte, la réplica, habilitosísima, mantenida en diversas intervenciones por socialistas que, como el mismo Vayo, luego vimos estaban ya de largo al servicio del P. C., aparecía de tal modo impregnada de fervor revolucionario y marxista, de tal manera encariñada con el gran ideal de la unificación, tan fervoro-

samente obstinada en la necesidad de superar cuanto de real pudiera haber en aquellas acusaciones, mediante una política de gran vuelo en la que, socialistas y comunistas, cada día más hermanos, se preocuparan estrictamente de ganar la guerra, que yo, sin tener ya la candidez en que me ví envuelto como consecuencia de mi apartamiento de la vida activa, creí, sin embargo, que el mal no podía ser tan grave —tan infame me parecía que lo fuese—, y me sentí muy inclinado a continuar laborando por esa política de gran vuelo y de unificación con quienes era imposible que realizaran tamañas tropelías obedeciendo a un plan estrictamente articulado.

Poco después fui llevado a la Subsecretaría de Guerra. En aquel observatorio, incomparable para abarcar en una mirada de conjunto el desarrollo de la contienda, no sólo en el frente sino también en la retaguardia, recibí las impresiones más ingratas de mi vida, a consecuencia de las cuales se me deshicieron las más queridas ilusiones que yo había acariciado durante el sueño de mi enfermedad, descubriendo paulatinamente hasta qué punto había sido ingenuo en exceso y había corrido al riesgo de dejarme seducir por espejuelos tan engañosos como infames.

En el breve tiempo en que yo pasé por aquel cargo, hubo necesidad de cambiar la dirección de la Sanidad, la del Transporte, y de preparar también el cambio de la Intendencia. Sin

#### EL CASO MONSTRUOSO DEL COMISARIADO

Pero aún era posible perfeccionar esta maravillosa máquina de corrupción del Ejército popular. Y el instrumento de perfeccionamiento, que funcionó con una precisión matemática, maravillosamente afinada, fue el Comisariado. De todos los antifascistas españoles era conocida la intención que guió al camarada Largo Caballero al crearlo y ponerlo en manos de dos de sus hombres de la

afán alguno de agravio para las personas que ocupaban los puestos de mayor responsabilidad, es preciso declarar que todos, absolutamente todos los resortes en que ellas se apoyaban —y las excepciones son tan mínimas que no vale la pena consignarlas—, estaban en manos de stalinistas, que con desaprensión épica administraban los servicios del Ejército y usufructuaban sus gajes, atentos sólo al desenvolvimiento del Partido Comunista, al afianzamiento de su poder, y también, en casos, al lucro de sus personas. Igual que sucedía en los órganos dependientes de la Subsecretaría del Ministerio, acacía en los mandos discernidos por el Estado Mayor. Por una fabulosa red de intrigas, a pesar del carácter apolítico y de la honradez de bastantes de los elementos de mayor responsabilidad técnica, mientras los socialistas, los anarquistas y aún los republicanos —en la exigua proporción que éstos pueden contribuir a una guerra popular—, ponían la carne de cañón, los comunistas acaparaban todos los mandos, y bajo su protección, se hacía una campaña de proselitismo tan descarada como amenazadora, reforzando así la palanca enorme que ya suponía el usufructo de los Servicios. Puede asegurarse, en líneas generales, que en su inmensa proporción sólo han prosperado para ascender en la escala de las jerarquías militares en nuestra guerra, aquellos que eran comunistas o se dejaban seducir por los dictados de los satélites del P. C.

mayor confianza: Alvarez del Vayo, como Comisario General, y Felipe Pretel como Secretario General, asimismo. Pues bien, para no abrumar en fuerza de detalles, he de declarar, que de tal modo se prostituyó su verdadera función, y tan jesuiticamente supo ocultarse los hechos a su propio creador y jefe, que cuanto éste llegó, por informes completamente ajenos al Comisariado, que es quien funda-

mentalmente podía informarle en todo caso, a tener un exacto conocimiento de lo que en realidad el Comisariado hacía y era, sintió, más que la indignación de verse defraudado, más aún que ira por verse desengañado, vergüenza por haber creado esto que se volvía contra todas sus convicciones de revolucionario y contra toda su inmaculada historia de honradez. Largo Caballero, por azares de la deslealtad de algunos hombres, resultaba ante sí mismo, creador de algo que él calificó públicamente de "straperlo" o negocio sucio, superior a todos los de los tiempos lerrouxistas.

Mientras tanto, la atmósfera en torno se iba espesando. Yo recibía toda suerte de halagos, y se me otorgaba la consideración de ser acaso el único socialista —naturalmente, después de Alvarez del Vayo— capaz de comprender la perentoria necesidad de elevar las cuestiones al mundo de lo ideal y trabajar sin descanso por la fusión del proletariado. En una palabra: se me estaba criando amorosamente para desempeñar el papel de traidor junto a Largo Caballero. Yo tengo motivos para decir, que si uno o dos meses antes de cuando, en mayo de 1937, se planteó la crisis, hubiera sido abordada por Largo Caballero, no hubiera habido el menor inconveniente en que él siguiera siendo Presidente del Consejo de Ministros y conductor de la política del

#### LA TRAIACIÓN STALINISTA

El Partido Comunista se iba arrancando la careta, y con la desaprensión y la volubilidad que le caracteriza, dimanada fundamentalmente, a mi juicio, de no radicar en él mismo la autoridad para sus propias decisiones, cambiaba bruscamente de faz, rompía con la izquierda del Socialismo y se aliaba de modo abierto con aquellas "excrecencias pequeño-burguesas", representadas por el centrismo, que meses antes nos quería obligar a salir de nuestro seno para ser

Frente Popular, delegando la Cartera de Guerra en la persona de su más absoluta confianza: por ejemplo, Vayo o yo. Y como Vayo empezaba a estar un tanto usado, por diversas causas, a los ojos de Largo Caballero, lo lógico es que el Ministro de la Guerra hubiera sido yo, con gran contentamiento del otro sector marxista, y también de sus mentores. La jugada estaba clara, y por terminar de verla con absoluta nitidez, cuando se estaba en ciertos cambios de impresiones que pudieran desembocar en soluciones de este estilo, hube de declarar ante el propio embajador de la U. R. S. S.: "Nadie más enamorado que yo de la unificación. Nadie más dispuesto que yo a continuar laborando por ella. Bien entendido, sin embargo, que mientras permanezca en el seno del Partido Socialista, jamás se me podrá manejar como a un agente de Moscú. Cuando yo crea que deba serlo, previamente habré pedido mi baja en el Partido Socialista y estaré militando en el Partido Comunista". A partir de este día, quien ahora os dirige la palabra dejó de recibir ciertas visitas, de una asiduidad abrumadora, y no tuvo ocasión de volver a departir con los altos personajes que hasta entonces le envolvían en manifestaciones de un afecto tan extremoso como hipócrita. Y, poco después, empezaba a ser considerado trotskista...

dignos de pactar la fusión entre revolucionarios auténticamente resellados, libres en el futuro de toda posible veleidad reformista. Y os citaré un detalle épico: a los dos días en que yo —ya lleno de reservas— celebraba una conversación en mi despacho de la Subsecretaría con el "jefe querido del proletariado español", el Secretario General del P. C., José Díaz, conviniendo la necesidad de crear un organismo extraoficial de enlace, socialista de izquierda y co-

munista, al que se llevaran absolutamente todas las querellas y denuncias que en contra de unos u otros pudieran presentarse, con el fin de resolverlas en pura justicia, de modo absolutamente inapelable, obligándonos todos a acatar sus fallos. Solo así —razonaba yo— podría rehacerse la atmósfera que permitiera llegar a una compenetración y superar los obstáculos que la habían imposibilitado, sembrando la confusión y, en casos, el encono entre comunistas y socialistas de izquierda, ya que el comunismo sólo con nosotros podría pactar, lo que continuaba siendo difícil de ejecutar por seguir en manos centro-reformistas la dirección oficial del partido. Pues bien: a los dos días de esta idílica compenetración unitaria, trataba oficialmente el P. C. con la dirección oficial del P. S.

#### LA CRISIS DE MAYO DEL 37

De aquella crisis se han dado numerosas versiones, falsas en su totalidad, menos la que publicó en la revista socialista alicantina *Spartacus*, Rodolfo Llopis, corroborada después por Largo Caballero en su discurso de octubre del mismo año en Madrid, única ocasión en que la dictadura de nuestros camaradas le permitió ponerse en contacto con el pueblo.

Se formulaban acres censuras sobre su gestión política y militar. Nadie se acordaba, en el referido campo, se sobreentiende, de que gracias a él se habían realizado los dos hechos de mayor trascendencia en la historia de nuestro movimiento revolucionario: uno, la creación, de la nada, del Ejército popular, que hacía frente al fascismo; otro, la creación del Frente Antifascista, que era una superación notoria del fracasado Frente Popular, fracasado puesto que fue incapaz de impedir la sublevación militar y de vencerla, para lo que tuvo tiempo sobrado desde el triunfo de las elecciones de Febrero de 1936, hasta que los militares se decidieron

En las últimas semanas del llamado "Gobierno de la victoria", la compenetración de los partidos políticos fue acentuándose de modo que llegaron a constituir una verdadera pifia, a beneficio, como siempre sucede de las maniobras comunistas. Se venía haciendo una sistemática campaña de descrédito contra L. Caballero, alimentada, sobre todo por la prensa del Partido que se llamaba a sí mismo "el de los más y los mejores".

Podríamos multiplicar los ejemplos, pero no quiero referirme más a aquel capital, en que los actores de esta carnavalada trágica en que nos jugamos la revolución y la independencia de España, decidieron desenmascararse por completo, forzando la crisis, para largar a Caballero por la borda.

a dar el golpe, a mediados del mes de Julio.

Las censuras de aquellos detractores abarcaban el aspecto político y el militar del Gobierno de Largo Caballero. En cuanto al primero, se le echaba en cara el no haber sabido depurar la retaguardia y crear en ella el espíritu de sacrificio que nos llevara a la victoria, siendo implacable en lo que atañe al orden público. En lo militar, se le acusaba de no saber rogearse de un Estado Mayor capaz de llevar una guerra popular, y de no haber sabido crear unas reservas. La atmósfera se fue espesando, y cuando dió el estallido acababa precisamente el Gobierno de dominar en cuarenta y ocho horas unos desórdenes —ahora se sabe que provocados deliberadamente— que, si no hubiera sido por su autoridad y la de los organismos sindicales, hubieran sido suficiente para dar la victoria al enemigo. Y en el orden de lo estrictamente militar, se disponía a emprender una doble ofensiva, a base de 80.000 hombres de reserva, que ya tenía perfectamente

equipados y que, naturalmente, no iba a declarar públicamente su existencia Largo Caballero, por darse el gusto de aplastar a los criticones comunistas, dando de paso información al enemigo. Esos servicios se quedan para ellos.

La crisis se planteó por exigir que Cataluña fuera arrasada a sangre y fuego. No pudiendo hacer prevalecer su criterio en materia de orden público, los comunistas, con su grosería habitual, se retiraron súbitamente del Consejo de Ministros. Precisamente al otro día iba a emprenderse la ofensiva, que ya había sido aplazada por manejos que sobre mandos militares hicieron ellos mismos, sin importarle un ardite el que con la dilación y las discusiones dejara de ser un secreto para el enemigo, condición fundamental de todo posible triunfo. En el momento de retirarse los Ministros comunistas del Salón de Consejos estaban todos los titulares presentes, menos Julio Alvarez del Vayo, que *casualmente* había tenido que ir a una cuestión "trascendental" de etiqueta: una comida en la Embajada británica, conmemoratoria del coronamiento de Su Graciosa Majestad. Hubo quien le advirtió —Rodolfo Llopis— de lo inconveniente que le parecía su retirada cuando había en el Consejo planteadas, con sobra de aspereza, discusiones de gran vuelo político, precisamente por entender que él, dado su predicamento en las esferas comunistas, era quien mejor podía sortear ciertos escollos; Alvarez del Vayo, sin embargo, consideró más

#### EL P. S. AL SERVICIO DEL P. C.

También por razones de altísimo deber, y a pesar de su temperamento, tan poco propicio a retener cargos y a aguantar insolencias, sometió los dictados de su dignidad a los más altos intereses de la patria y de los trabajadores, excitado a ello por el Jefe del Estado, y se avino a continuar al frente del Go-

oportuno cenar en la Embajada británica.

Quedaron en el salón de sesiones los demás, acometiendo como furias los Ministros comunistas al Ministro de la Gobernación, y también a los representantes de la C. N. T. hasta que, como decía, como obediendo a una consigna recibida, se retiraron groseramente del salón; como si la cosa fuera corriente y natural, nadie hizo el menor gesto por retenerlos, a pesar que esa retirada significaba el planteamiento de la crisis. El ministro de la Gobernación y los ministros de la C. N. T., tan encarnizadamente zarandeados por los comunistas, no eran los llamados a ello, pero allí había varios ministros socialistas de la mano centro-derecha, y otros republicanos, amén del ministro vasco, que muy bien pudieron haber cumplido aquel elemental deber. Pues ni uno solo hizo el menor gesto hacia la puerta, como si la comedia hubiera sido perfectamente ensayada. Naturalmente, Largo Caballero, a sabiendas de que se destrozaba la única operación militar que hasta entonces había podido plantearse con verdaderas posibilidades de éxito, de la que había derecho a esperar no sólo la liberación del Norte sino hasta el levantamiento del asedio a Madrid, y que continuaron muchos técnicos militares de altísima reputación considerándola como única solución positiva, en maniobra, de nuestra guerra, no tenía más que un camino que seguir: el del planteamiento de la crisis. Y así lo hizo, como era su deber.

bierno, sin los comunistas, durante el tiempo indispensable para desarrollar la ofensiva y plantear la crisis, después. Pero, naturalmente, esto suponía un tremendo riesgo para sus adversarios. El que esa reacción agresiva del Ejército popular desembocara en un rotundo triunfo, y entonces con una derrota, que tal

vez fuera aplastante, del ejército fascista, y liberados el Norte y Madrid de su asedio, ¿quién sería capaz de enfrentarse con Largo Caballero, "padre de la victoria"? Y es aquí cuando surge lo que yo jamás hubiera podido llegar a imaginar, a pesar de que declaro que he sido, soy y seré capaz de achacar cualquier cosa al socialismo no revolucionario, cuya única misión histórica estriba, a mi juicio, en destrozar todas las posibilidades de éxito del proletariado conscientemente revolucionario. Pero, a pesar de esto, y en consideración a que también nos jugábamos la independencia nacional, jamás me hubiera atrevido a sospechar que pudiera ocurrir lo que sucedió. Y ello fue que, sabiendo los socialistas oficiales que Largo Caballero se decidía a continuar gobernando durante los breves días necesarios para desencadenar la ofensiva, decidieron retirar también sus ministros, alegando que el Gobierno era de Frente Popular, por lo que, al dimitir los comunistas, el Frente estaba

#### PARTIDOS Y SINDICALES

En realidad, esta disputa, que en un último extremo es muy posible no sea más que la lucha entre el auténtico socialismo revolucionario y lo que con etiqueta democrática, y a veces proletaria, no lo es, se remonta a los propios tiempos, que yo evocaba antes de las Alianzas obreras. Aquellas alianzas, incipiente instrumento rudimentario de acción, que con su claro instinto arbitraba la clase trabajadora española para dar la batalla, en el terreno de la violencia, al fascismo, fueron muy mal vistas por los partidos políticos. Los republicanos las tenían entonces tanto como al fascismo, y la prueba es que sus vacilaciones entre lo que pudiera oler a dictadura del proletariado y el golpe armado fascista, tienen buena parte de la responsabilidad en el hecho de las ventajosas posiciones que fue poco a poco conquistando la reacción, después de la proclamación de

roto y era necesario abrir la crisis para reconstruirlo. Y esto, además, lo antes posible. Caballero, consciente de lo que se perdía, pero imposibilitado para actuar en otra forma por sus propios correligionarios, no tuvo más remedio que volver a plantear la crisis, y ahora sí que con carácter absolutamente irrevocable.

¿Cómo interpretar esta crisis? Dejando a un lado, los comentarios sobre lo que desde el punto de vista patriótico y revolucionario significa no haber dejado desarrollar aquella ofensiva y no tener, sin embargo, ningún otro plan con qué sustituirla, puesto que se dejó perder el Norte sin más reacción que la tardía de Brunete, absolutamente estéril para aquellos efectos, dejando a un lado eso, yo no veo aquella crisis sino como una manifestación enconada del duelo que desde hacía tiempo se larvaba en España, y de gestación bastante anterior a ese momento, entre los partidos políticos y las sindicales obreras.

la República. Los socialistas de derecha y centro tampoco las querían; los de la derecha, porque condenaban categóricamente todo intento de insurrección armada, los del centro, porque todo lo querían confiar al *putsch* militar, en su caso, y a la acción parlamentaria de sus coaliciones políticas con la burguesía avanzada, siguiendo las tradiciones radicales y jacobinas, que es lo que en realidad representan en el fondo. Los comunistas, con fútiles pretextos extranje-rizantes, las combatieron implacablemente hasta la última hora en que, de golpe, decidieron meterse en ellas, tal vez para mangonearlas. Sólo los socialistas de izquierda, a la sazón preponderantes en la dirección de la U. G. T., se aplicaron con todo entusiasmo a la constante preparación insurreccional del proletariado, unido en la acción, para hacer frente al gol-

pe decisivo que el fascismo iba fraguando.

Pasó el 34, vino la represión, y se planteó la necesidad de reaccionar de todo aquello y salir victoriosos hacia adelante, reconstruyendo las fuerzas antifascistas. Y entonces, en vez de continuar la trayectoria de fortificar las alianzas y reforzar la auténtica base de combate proletaria, surgió, copiada del extranjero, la solución del Frente Popular, planeado y parido exclusivamente por los partidos políticos, dando de lado en todo lo posible a la U. G. T., y haciendo imposible, por su acento político exclusivo, que la C. N. T. —es decir el amplio movimiento libertario— colaborara en la nueva formación de fuerzas que se aglutinaban contra el fascismo.

Los comunistas, como se lo había mandado su Internacional, se lanzaron al Frente Popular con verdadero frenesí, y con ánimo, no hay que dudarlo, de llevar su dirección y extraerle todo el jugo posible. Los socialistas no de izquierda, como el nuevo juego representaba un frenazo, y, además, abría enormes posibilidades a los clásicos trapaceos de la política, también se abrazaron a él con semejante entusiasmo que si por aquella Ejecutiva del Partido Socialista hubiera sido, no hubiera habido, en las elecciones de 1936, casi más que diputados republicanos, y algún que otro polizón marxista. En cuanto a los partidarios de la pequeña burguesía republicana, era lógico que se encandilaran con tan inesperada rehabilitación de su absoluto fracaso. Sólo los socialistas de izquierda entramos a remolque en la combinación, arrastrados por el chantaje que con nosotros se hacía especulando con los treinta mil detenidos víctimas de la represión, y las viudas y los huérfanos de tantos camaradas; y buen reflejo del recelo con que nosotros íbamos al Frente Popular, por considerarlo un parón dado a la revolución en plan de marcha, está en un conocido intento de Frente proletario que pro-

pusimos, constituido por los partidarios marxistas, la U. G. T. y las Juventudes, que se encargara de vigilar y precipitar las soluciones dentro del seno del Frente Popular. El intento no tuvo nunca eficacia porque, realmente —ahora se vé con nitidez meridiana— los únicos que desconfiábamos y no estábamos a gusto éramos los socialistas de izquierda, y con nosotros, las bases de la U. G. T. y la Juventud.

Vino la sublevación, y el absoluto fracaso de los partidos republicanos para hacerle frente y dominarla, y entonces hubo que caer en soluciones más propicias a las verdaderas aspiraciones del proletariado, puesto que era imprescindible despertar la ilusión de éste, si no se quería terminar cara a la pared, ante los pelotones fascistas. Y por eso se llamó a formar Gobierno a Largo Caballero. Y como éste seguía creyendo que sólo con una movilización plena de entusiasmo de toda la capacidad de combate, de construcción y de realización revolucionarias que encierra la clase trabajadora podía hacerse frente al fascismo, su única preocupación desde que entró en el Poder fue sustituir el artillugio inservible del Frente Popular, cuya fracaso propalaba a gritos el mereo hecho de la insurrección militar, por un Frente Antifascista que englobara, ante todo y sobre todo, la totalidad de las fuerzas proletarias. De aquí su constante presión sobre la C. N. T., hasta que consiguió que ésta aceptara la participación en el Poder, hecho que en el extranjero llenó de asombro y júbilo a todos los proletariados del mundo, al ver por primera vez en la historia desde la primitiva Alianza, sólidamente ensambladas las dos corrientes en que dolorosamente se escindiera el proletariado consciente: la socialista y la anarquista.

Los políticos aceptaron este hecho (por el que el camarada Largo Caballero pasará a la historia como una de las figuras más relevantes del proletariado mundial), como quien toma

una droga heroica, sabiendo que también con el remedio se corre un grave peligro. Esperaban, sin duda, salir del atolladero como fuese, a costa de la sangre proletaria, y que en cuanto la mayor angustia fuese dominada, las propias diferencias latentes en las organizaciones obreras las enfrentarían unas contra otras, obligando a eliminarlas. En una palabra: sobre la menor preparación política de la C. N. T., y el hasta entonces excesivo espíritu de pugnacidad del anarquismo, cifraban los políticos sus mejores ilusiones, calculando que en cuanto el peligro no fuera mortal, la C. N. T. metería la pata de medio a medio, como vulgarmente se dice.

Tremenda sorpresa debió constituir para ellos el paulatino afianzamiento, entre los camaradas de la organización sindical libertaria, del sentido de la responsabilidad, que les llevaba hasta hacer mayores sacrificios en la ideología y táctica, que ninguna otra organización haya realizado en España, en pro del triunfo del común

#### VERDADERA INTERPRETACIÓN DE LA CRISIS DECISIVA

Exactamente igual que en las elecciones de 1936 la dirección oficial de nuestro P. S. no quiso transigir con que hubiera candidatos de la Unión, a pesar de que en esas contiendas, como en todas, la Unión ponía, en aplastante desproporción con el partido, los esfuerzos todos que en hombres, en organización y en dinero son necesarios, pero sin derecho —no faltaba más— a participar en los cargos exactamente igual, pero trasplantados a una escala mucho mayor y, por consiguiente, más monstruosa, sucedió después con las sindicales, cuya única misión estribaba —según ellos— en dar su vida en los frentes y agotar su cuerpo en los lugares de trabajo, con una severa disciplina y la sonrisa en los labios, descansando toda faena de superior categoría política en la capacidad y en las virtudes de los partidos que les hacían el honor de acep-

ideal antifascista. En estas condiciones, lo que antaño fue una simple alianza en la acción para resistir al fascismo, podía transformarse en una constante colaboración, preludio de una posible unificación, cuyo solo espectro puso carne de gallina a los políticos de toda casta. Y, pues la C. N. T. no cumplía con su papel de destripacuentos, y los socialistas más influyentes en la U. G. T. eran partidarios de que el proletariado tuviera el reconocimiento de una influencia pareja a los sacrificios que venía realizando, forjado ya el instrumento de guerra indispensable para hacer frente al fascismo, y creado un espíritu de sacrificios indestructible, entre los trabajadores, las organizaciones obreras empezaban a constituir más bien un estorbo, haciéndose preciso consolidar la tradicional hegemonía política, si no se quería correr el riesgo de pagar un tanto caros los sacrificios inmensos que los trabajadores venían realizando.

tar su contribución de sudor y sangre.

Para mí la crisis histórica de mayo de 1937, en que se perdieron las posibilidades —entonces no pequeñas— de que nuestra guerra se resolviera por un triunfo auténticamente revolucionario, tiene una de estas dos explicaciones. Pudo ser una simple traición, para impedir un gran éxito militar, con el fin de que la guerra durara: bien por ser este el secreto designio de los agentes de Stalin, que movieron sus peones militares y políticos para que la operación no se efectuará, bien porque, de haberse decidido entonces la campaña, la victoria habría sido coronada por una invencible revolución proletaria, dirigida por Largo Caballero, y los demás marxistas del P. S., ayudados por el anarquismo, es decir, a caballo sobre la Alianza obrera revolucionaria, pro-

picada por la "entente" de las dos grandes sindicales. Si no fue esa pura y simple traición, como digo, o —sin dejar de serlo— aquella crisis constituyó un movimiento instintivo de defensa de los partidos políticos, para impedir que la gran masa trabajadora —que en España había llegado a la mayoría de edad, sobre una pirámide inmensa de sacrificios—, reclamara una participación más activa en las funciones de la vida pública y la organización del Estado, impregnando a éste del sentido revolucionario que a ella la vivificaba y daba ánimos para soportar tanto sacrificio, no ya sin desaliento sino, al contrario, encontrando en el dolor el crisol para depurar sus virtudes y sus cualidades innatas. En una palabra: júzguese como se juzgue, por sus intenciones o por sus resultados, la historia atribuirá a aquella crisis un sentido netamente contrarrevolucionario.

Ahora bien: adóptese la interpretación que se adopte, lo indiscutible es que esa crisis fue dirigida por el P. C., dócil a los dictados de Moscú, donde se fraguó bastantes semanas

antes. Como después se ha evidenciado por diversos conductos, en cuanto a Stalin, y su séquito se convencieron de que el por ellos llamado "Lenín español", podía tener más o menos de Lenín, pero sí era un español cien por cien, con un sentido revolucionario español hasta lo patético, que le impedía acomodar las que él entendía necesidades y conveniencias imperiosas de España y de la revolución española, a las interpretaciones o intenciones del aerópago moscovita. El mismo día en que, erigido sobre la altura de su dignidad de Presidente del Consejo de ministros de una nación libre, y su orgullo de cabeza visible del socialismo revolucionario hispánico, L. Caballero lanzó indignadamente al Embajador de la U. R. S. S., de su despacho, empezó a fraguarse esa crisis, para acelerar el proceso de la stalinización de España, a través de las organizaciones influidas o estrictamente socialistas, que por su historia predominaban en la España antifascista.

#### EFFECTOS DE LA DESVIACIÓN JUVENIL

Ese proceso que ha costado la vida como nación libre a nuestra patria, solo fue posible de desarrollar por la traición de los dirigentes de la Juventud. Esta organización había adquirido tal prestigio por su abnegada y eficaz conducta en la gesta de octubre de 1934, contaba con cuadros tan extensos y disciplinados, de tal modo influyentes en el propio Partido, por el contraste de su capacitación y revolucionismo —parejo al de los sectores realmente marxistas de él—, que con su sola presencia desbarataban y desarmaban las maniobras del reformismo y del centrismo oportunista. Su desertión privó al marxismo de su fuerza de choque y de sus contingentes más nutridos, inclusive, en algunas regiones, pues sabido es que en España se podía actuar varios años simultáneamente en

las filas del Partido y de la Juventud. Y no pudiendo la masa reaccionar orgánicamente, no sólo por la imprudencia de sus dirigentes, sino por estar hartos ocupada y ajena a esas intrigas, jugándose la vida en las trincheras, mientras sus jefecillos se emboscaban, en general, en los ministerios y en el comisariado, no fue posible reaccionar con la rapidez y energía que el caso hubiera requerido, con lo que, por el *chantage* de la guerra, no pudimos recuperar la dirección del P. S. y, tras su sustitución, siguió la de la U. G. T., privada asimismo de su fuerza más sana y juvenil, igualmente ocupada en morir cara al fascismo, mientras aquellos dirigentes de segundo rango a que aludía al comienzo, reformistas y centristas, entronizaban en ella una dirección, entreverada de comunistas,

y, sobre todo, dócil a los dictados del stalinismo. A partir de este momento ya no había nada que hacer en España. El stalinismo era dueño de los partidos políticos proletarios, del movimiento sindical y del movimiento juvenil. Por aquél, dominaba en los Gobiernos, que con un desenfreño, jamás conocido en España, en el ejercicio de la censura, el terror y la corrupción, ahogaron sistemáticamente toda posibilidad de reacción. La patria y la revolución estaban perdi-

#### EL MARTIRIO DE LA J. S.

No he de cerrar estas deslavazadas y lamentablemente extensas notas, sin hacer mención al martirio terminal de nuestra juventud y a sus posibilidades de resurrección. La gran masa de sus bases fue criminalmente sacrificada en esa horrenda guerra en la que todo, desde la carencia de material a la inepticia, cuando no traición, de tantos jefes, fue enmascarado con un monstruoso derroche de vidas humanas, cuyo porcentaje se acrecia conforme al grado de abnegación y confianza que los cuadros podían ofrecer, y en ellos estuvieron siempre en primera línea nuestros jóvenes de la base, mientras su burocracia stalinista se emboscaba con impudicia épica. La disciplina, y un severo —y tal vez que excesivo, equivocado— concepto de la responsabilidad que dá el peso de las armas frente al enemigo, impidió a los que seguían sintiéndose socialistas, dentro de la J. S. U., reaccionar con la violencia que en momentos normales lo hubieran hecho, contra los más impúdicos episodios de la traición de sus dirigentes. Estoicamente aguantaron que la dirección estuviere detentada solo por comunistas, con las celestinesca colaboración de algún contado "libelático". Estoicamente aguantaron la determinación de sus dirigentes, traidores al socialismo, de ingresar, por sí y ante sí, en la I. J. C., abandonando la I. J. S., vulnerando una de las bases del Pacto que había servido de

base a la unificación. Estoicamente aguantaron la desnaturalización de la tradición marxista de la J. S., al transformar la J. S. U., por simple decisión dirigente, en una alegre mascarada que es la llamada "juventud de todo un pueblo", cuando este no tenía más que hacer que morir con las armas en la mano en defensa de su libertad. Estoicamente aguantaron la cínica entrada de su C. E. en masa, en el P. C., declarando públicamente que seguiría "sus gloriosas orientaciones", con lo que de una verdadera J. S. U., quedaba transformado el formidable movimiento en una sección juvenil del P. C., aún no unificado con el P. S., como no lo había de estar nunca. Estoicamente soportó toda suerte de coacciones, presiones y extralimitaciones para impedir el libre juego de la democracia interna, para protestar, al menos, contra semejantes abusos y supercherías. Todo lo soportó estoicamente, cohibida por el chantaje de la guerra, incluso el asesinato por la espalda en las trincheras de más de uno de los no conformes con semejante tejido de traiciones. Hasta que llega el momento desesperado, terrible, en que perdida ya Cataluña y sin esperanza alguna de resistencia eficaz, los antifascistas del Centro ven con estupefacción que Negrín entrega los últimos resortes y las últimas posibilidades —en manera alguna de resistencia seria— al P. C. Y colmada su inau-

da capacidad de aguante, y temerosos de un final digno del stalinismo, la Zona en masa se levanta, depone al Gobierno de Negrín y los comunistas "democráticamente" se sublevan, abandonando los frentes al fascismo. La masa socialista —la masa seguía siendo socialista— de la J. S. U., vé toda la magnitud de la traición y del desastre, y se emancipa de la tutela de sus falsos pastores stalinistas o stalinizados, y en aquellos días de confusión y angustia suprema y desesperada, levanta de nuevo la bandera querida, de tal modo mancillada de la J. S., para morir bajo sus pliegues, haciendo cara al fascismo. Los traidorzuelos se resisten, y en algunos sitios hay que desalojar al asalto los locales de la J. S. U., para implantar en ellos la vieja insignia de la J. S., por libérrima voluntad de la militancia, que quiere concluir sus días envuelta, al menos, en una bandera limpia, como sudario de sus tremendos y estériles sacrificios. Y al tomar posesión de sus centros encuentra trazas tan horrendas de la traición, como esta que voy a narrar con la indignación consiguiente.

Fue en Valencia. Los jóvenes socialistas habían tenido que tomar su central a viva fuerza. Y sabiendo el triste fin que se venía encima, buscaron afanosos la documentación, para salvar lo que debería ser salvado e inutilizar el resto. Dieron con el fichero y lo encontraron vacío, pero con unas sospechosísimas listas que casualmente abarcaban sólo los nombres de los militantes que, a pesar de todo, seguían blasonando de lealtad al socialismo. Luego supieron, con horror, que una copia de ella estaba en manos de fascistas. Y aquí viene el rasgo sublime, heroico, en que se retrata de cuerpo entero lo que había sido siempre nuestra maravillosa juventud. En la imposibilidad de que los implicados huyan, alguien —joven él— que tenía medios para evadirse y relaciones para apartarse de todo compromiso, pero joven socialista de los clásicos, decide quedarse, y aprove-

chando su militancia oscura, captarse las simpatías de la Falange e ingresar en sus filas. Desempeña tan a maravillas su papel, con determinadas complicidades juveniles, que trepa hacia puestos de confianza rápidamente, y va comprobando con espanto cómo numerosos jóvenes socialistas escondidos van cayendo en manos de los sabuesos falangistas y, si son de las listas que él conoce, terminan fusilados, tras las más terribles torturas. Sigue en su labor, maravillosa de tenacidad, valor y sacrificio, y, al fin, la suerte corona sus esfuerzos: logra hacerse con el fichero, destruir cerca de 2.000 referencias, que son otras tantas sentencias de muerte, y, cumplida su misión, huir al extranjero. Y "en cualquier parte del mundo" está ese héroe, como dicen ahora los partes de la guerra, y yo he tenido el honor de enlazarlo con mis queridos camaradas juveniles, con todas las precauciones necesarias para no descubrir por el hilo de su abnegación y su persona el ovillo de las complicidades que le permitieron triunfar de la vileza de unos y la ferocidad de otros.

Rasgos como éste garantizan que la J. S. española resurgirá más esplendorosa que nunca el día en que el proletariado hispánico logre reconquistar su patria a nueva vida de libertad e independencia. Y resucitará endurecida, sublimada por el sacrificio, abnegada y heroica como siempre tremendamente aleccionada por el dolor de su martirio a manos de los traidores que la inutilizaron, mellando así el mejor instrumento revolucionario que teníamos en España. La esperanza de aquel movimiento socialista que; a su vez, era la esperanza del Mundo entero. Pero, trágicamente, aleccionada por la experiencia, comenzará, estoy seguro, por depurar sus filas implacablemente de cuantos con el espejuelo de la unificación la arrastraron al deshonor y a la muerte. Y el socialismo volverá a encontrar en ella su fuerza de choque y su

arsenal y sus reservas para tratar de conducir a España.

¿A dónde? Yo sería un irresponsable si terminara ahora en punta, diciendo que, más rectamente que nunca, a la realización tajante de la revolución socialista. España irá a dónde quiera, y a través de los órganos que elija, cuando sea libre para decidir sus destinos. Cuál sea la orientación que escoja y prevalezca, no puedo vaticinarlo yo, ni nadie que no esté tocado de insensatez podría aventurarlo. De una sola cosa estoy se-

guro. Y es que nadie que haya traicionado o enlodado la Revolución podrá volver a España. Y que a cada uno se le exigirá que sea lo que guste, pero que lo sea con autenticidad rigurosa. Con lo que serán factibles todas las alianzas necesarias, y posibles, para que nunca más prosperen las alevosas traiciones. ¡Y en una democracia de tal modo aseptizada será más viable que nunca nuestro triunfo!

*Santiago de Chile, 1940.*

F. CARMONA NENCLARES

## CARTA a una REVISTA COMUNISTA

*Señores del Comité de Redacción de la Revista "ROMANCE"*

*Avenida Juárez, 95 México, D. F.*

Muy señores míos:

HE recibido el comunicado circular donde se anuncia la aparición de ROMANCE, los propósitos públicos que consigna, "difundir la cultura sin particularismos ideológicos", y la invitación a colaborar en sus páginas, que "cuentan con el apoyo moral de muchos hombres ilustres de nuestro continente". Vaya por delante que en el caso de que ésto último sea cierto, (lo cual dudo, pues conozco el caso de un escritor de Venezuela a quien ROMANCE ha sorprendido incluyendo su nombre entre los "ilustres" aludidos y que ignora, naturalmente, la significación de la revista) es de lamentar. Nada peor ha podido ocurrirles. Habiendo convivido con ustedes en España antes y durante el período de la guerra civil —un laboratorio de muchas y variadas experiencias—, sé quien son, uno por uno, desde el barroco y falsario Sr. Bergamin (José), cómplice literario del asesinato, por el Partido Comunista Español, del político catalán Andrés Nin, hasta el último individuo del comité redactor de ROMANCE. Conozco también en qué residen, ahí en México, sus verdaderos propósitos; los particulares y los del grupo. Me refiero, naturalmente, a los inconfesados. Son los auténticos.

Aparte algunos españoles que, de un modo u otro, han intervenido durante la última década en la cosa pública de su país, nadie

conoce, en América, lo que ocurrió en España entre 1935-39 en el sector republicano. Nadie conoce tampoco —achaquémoslo a la ceguera propia de los prejuicios—, el motivo políticosocial de la guerra civil, además de las profundas razones históricas que hicieron de ella una catástrofe inevitable por los hombres. Con lo sucedido en la península ibérica después de la contienda, derrotada la República, bastaría para enunciar un juicio retrospectivo exacto acerca del asunto, pero no es ocasión la presente para hacerlo; será preciso intentarlo en mejor oportunidad. Muchos otros españoles, impermeables a las tragedias históricas, entre los que hay que contar los innumerables oportunistas que abandonaron la península apenas comenzó la lucha —como si no se jugara por cada bando el destino de España y que ahora, aquí en América, tratan de elaborarse una conducta que participe a medias de la timidez de la paloma y la sabiduría de la serpiente—, resultan ejemplos de la misma situación de ignorancia: apenas se han enterado de lo ocurrido, aunque lo vivieran en gran parte, en sus antecedentes o fase preparatoria. No debo, aún, ocuparme de ellos. Sólo quiero ocuparme de ROMANCE y su significado dentro del proceso abierto por la guerra civil. La guerra terminó; el proceso no ha terminado todavía. Vivimos dentro de él.

Rechazo, en suma, la invitación a colaborar en ROMANCE por las siguientes razones que, por ser públicas, conviene exponer también en una carta pública. *Primera*: el dinero con que se edita ROMANCE forma parte del inmenso expolio que al pueblo español hizo el llamado "Gobierno Negrín", pandilla constituida por comunistas y comunizantes; es decir: por ustedes y sus amigos. Conclusión: no colaboro con ladrones. *Segunda*: las personas encargadas de la redacción de ROMANCE están todas afiliadas al Partido Comunista español. El firmante de la circular e invitación referidas, el anónimo señor Juan Rejano, fue durante mucho tiempo, hasta la caída de Cataluña, el anónimo director de la página literaria de *Frente Rojo*, órgano del Partido Comunista en Madrid, Valencia y Barcelona. Allí nos servía periódicamente grandes dosis de literatura soviética. Era el narcótico ordenado. Conclusión: no colaboro con comunistas. Donde haya uno, hay un lacayo o un traidor.

Estas son las razones, absolutamente impersonales y objetivas, por las que rechazo la colaboración en ROMANCE. La Rusia Soviética, el "paraíso de los trabajadores" es una enorme e infame mentira a la que ha sido sacrificada la República española y el proletariado del mundo entero. Tal es la verdad histórica; hemos sufrido persecución los pocos que tuvimos el arrojo de escribirlo el primer día que trascendió la entrega de la República, permaneciendo en sus filas hasta que el pleito se ventilara. Por eso nuestro nombre no puede figurar al lado de los que ROMANCE trae, aquí y allá, inscriptos; corresponden a personas que son agentes de la III Internacional y que no tuvieron inconveniente en pedir, desde las columnas de *Frente Rojo* el encarcelamiento, proceso y fusilamiento de los escasos antifascistas que desde el primer día, sosteniendo, textualmente, que el comunismo soviético es una especie de fascismo rojo, luchamos para que la guerra civil mantuviera su sentido nacional originario. La hemos perdido por adulterarlo.

Eso no puede ni tiene por qué olvidarse aunque los comunistas españoles traten —¡ahora!— de imponernos el olvido. Ha costado demasiada sangre y enormes, inverosímiles sufrimientos; los cuesta aún. Rusia se sirvió de nuestra República para cubrir, con sangre española, los intereses de su política. le fue entregada la dirección de la guerra, la enseñanza, la policía, la hegemonía de la política interior, la diplomacia, la prensa, la censura de libros y periódicos; los "intelectuales" comunistas —justamente esos que figuran hoy al frente de ROMANCE y otros que no figuran en primer término—, colaboraron alegremente en la entrega. ¿Es qué tenemos que olvidarlo?... ¿Debemos olvidar también que los comunistas y comunizantes españoles han convertido el desastre republicano en un estupendo negocio personal?... El Sr. Negrín toma pasaje de lujo para él y su séquito en el "Normandie"; se traslada en avión particular desde Nueva York a México. Mientras tanto, miles de republicanos españoles luchan por los cuatro puntos cardinales con la miseria más atroz. Una generación entera ha sido sacrificada a sabiendas. ¿Es posible olvidarlo?... ¿Puede y debe olvidarse que el organismo de ayuda creado por los comunistas

exige a los refugiados, a cambio de unos miles de francos, la firma de un documento de adhesión a la política de Negrín?... ¿Es que algún republicano podrá olvidar jamás que los aviones italianos bombardeaban la tierra española alimentados, conforme a un tratado comercial, por gasolina soviética?... No tiene por qué olvidarse; tampoco sería posible. La tarea de los supervivientes de una generación consiste en no olvidarlo. La guerra la ha perdido el pueblo español, y la ha ganado exclusivamente el Sr. Negrín y pandilla; la han ganado ustedes a costa de dicho pueblo.

¡Y no lo olvidaremos nunca! Máxime cuando ustedes no han rectificado, ni en un ápice, la conducta sostenida durante la guerra civil. Han importado a México, su sectarismo y proselitismo, además del mucho dinero producto del expolio, creando allí "Juntas de Cultura española" de las que se han repartido graciosamente los cargos, "Alianzas de Intelectuales" y "Casas de Cultura"; con los tópicos de costumbre, pero de una cultura otorgada, dirigida, adulterada y saqueada por ustedes; revistas más o menos lacrimógenas como esa tonta *España Peregrina*, vergüenza de España, de la España grande. En fin, todo ésto que viene citándose es también lo de España, lo de la España republicana de la contienda civil, cuando el partido a que ustedes pertenecen —que pretende convertir la personalidad histórico-cultural española en patrimonio suyo—, fusilaba a los combatientes republicanos anticomunistas en las mismas trincheras. Conocemos de sobra el estilo.

Espero que ROMANCE no publique esta carta. Ese es también el estilo comunista. Rebatirla sería imposible porque hay cosas que no se rebaten; prueben y verán. Pero su autor se ocupará de publicarla. En América, donde aún no se ha escrito la historia de nuestra guerra civil, tiene un papel que cumplir; el de señal de alarma. La historia vendrá luego, sin hacerse esperar mucho.

Maracay (Venezuela), Mayo de 1940.

J. GARCIA PRADAS

# COMO TERMINO LA GUERRA DE ESPAÑA

## CAPITULO VII

### XXV. — CONSECUENCIAS DE LA LUCHA DE MADRID

LA labor que habíamos echado sobre nosotros era abrumadora. Los términos "País", "Estado" y "Ejército" tienen, por su propia significación, un vasto sentido de complejidad, y al Consejo Nacional de Defensa y a sus inmediatos colaboradores se nos presentaban concretamente en trance de crisis terminal, en la fase posterior de un proceso de descomposición. Después de más de dos años y medio de guerra, en que nuestro pueblo sufrió todas las torturas de la carne y del espíritu; al cabo de la contienda en que se enfrentaron política y militarmente los antagonismos de nuestra retaguardia, y ante la perspectiva de que el enemigo aplastase nuestros frentes y cruzara nuestro campo en *razzia* sañuda, ¿cómo iban a estar nuestras tropas, cómo nuestro aparato gubernamental, cómo el país herido de muerte? Nos dió miedo, miedo físico, contemplar el campo en que una vez más arriesgaríamos la vida por impulso quijotesco.

Los Ministerios, al desaparecer su nombre, que era lo único que tenían, dejaron de existir. La Hacienda pública estaba exhausta; es decir: sólo había papel moneda, carente de garantía, y con aquella ficción era obligado cubrir todos los gastos y lograr que no se detuviera la mala máquina económica de la zona, que sólo con su ruido podía sofocar las quejas de los hambrientos. Quedaban, sí, muchos valores artísticos, grandes tesoros suntuarios; pero habían sido llevados a muy diversos lugares, con turbio afán de saqueo, y era preciso, pero no útil, reagruparlos, en un intento recuperador; no íbamos a pensar en venderlos fuera de España, y ni se come con finas tablas flamencas, ni se viste con maravillas de la pintura

española, ni se dispara con perlas y diamantes. La Consejería de Estado era Besteiro; con las demás ocurría igual. Hubo que hacer apresuradamente, fiando más en los hombres que en los organismos, la esquemática estructura de un Gobierno de urgencia, y esta tarea, aun siendo primaria, inicial, resultó muy fatigosa, porque ya nos ahogaba la falta de tiempo, de un tiempo tan precioso como el aire.

Durante su angustiosa semana de lucha, Madrid se vió obligado a consumir los víveres de su Ejército. Luego, con deficientes medios de transporte, se llevó al Centro la mayor parte de las provisiones acumuladas en los puertos. La República había hecho compras, por mediación de la Campsa Géntibus, y ésta, al disolverse legalmente, transfirió su movimiento comercial a la empresa Mid Atlantic, que era... una especie de burladero para que el toro fascista no alcanzase los capitales republicanos cuando se adueñara de todo, el coso español. La Mid Atlantic tenía grandes cargamentos de víveres para España; nos los daría si íbamos a buscarlos; de lo contrario, se quedaría con ellos. Además, por su mediación habría que conseguir —una vez perdida nuestra Flota— los barcos precisos para hacer un día la evacuación. Y teniendo ambas cosas en cuenta, el Consejo habló con Trifón Gómez, y éste, más leal a su pueblo que al Gobierno que le había abandonado, aceptó el encargo que se le hizo, de ir a Francia para arreglar cuestiones de abastecimiento y evacuación; mas tan mal estábamos ya de aviones, que para irse a Toulouse el día 17 hubo de emplear un aparato francés.

Llegado a París a las siete de la tarde, desde entonces hasta las doce de la noche conversó con D. Federico Luchsinger, director de la disuelta Campsa Géntibus, quien trazó con él un plan de trabajo, le ofreció toda su ayuda y envió a Besteiro un radiograma en el que daba su adhesión al Consejo de Defensa. Los consejeros de la Campsa Géntibus, D. Toribio Echevarría y D. Honorato de Castro, y asimismo algunos altos funcionarios de la misma entidad, ofrecieron a Trifón Gómez su colaboración, y el jurista Sánchez Román, en presencia de Luchsinger, trató con las mayores consideraciones al Consejo. Por su parte, D. José Prat, uno de los más eminentes consejeros jurídicos de la República, declaró, según informe de Trifón Gómez, que *"el gesto de los hombres que integran el Consejo Nacional de Defensa es, además de admirable, plausible; en el terreno internacional, sobre todo cuando se trata de países que han reconocido al Gobierno de Franco, Negrín no tiene posición como Gobierno; el Gobierno legal es el de Franco y el de hecho, el Consejo"*. Visitaron a Trifón Gómez, Da. Victoria Kent y el Sr. González Arnau, ambos de la extinta Embajada de la

República en París, y la primera se ofreció al Consejo de Defensa para trabajar dentro o fuera del país. Los socialistas Andrés Saborit, Amador Fernández, Belarmino Tomás, Muiño y Neira, prometieronle ayuda incondicional y le invitaron a constituir, en París, un amplio grupo político de adhesión al Consejo. Por su parte, Fernando de los Ríos, por teléfono, le comunicó que Indalecio Prieto le había manifestado su "absoluta identificación con nosotros". Y ahora, el mismo Trifón Gómez nos dirá cosas muy importantes:

"Con D. Francisco Méndez Aspe —ex ministro de Hacienda— y D. Juan Negrín celebré varias entrevistas. El día 18 de marzo, al ir a ver al primero, se encontraba en su domicilio D. Antonio Sacristán, quien me habló en términos discretos, pero sin hacer ofrecimientos ni concretar sus manifestaciones. Al Sr. Méndez Aspe, que se presentó en plan de ministro en esta primera entrevista, tuve que darle a entender que yo no era su Director General. Comprendió la importancia que tenía mi visita, y me citó para las doce y media de la mañana del mismo día, a fin de hablar con D. Juan Negrín. Efectivamente, a dicha hora, y en el domicilio del Sr. Negrín, hablé con éste una media hora. Se expresó con lenguaje violento al hablar de los señores Casado y Besteiro, y *le pareció bien lo sucedido con López Otero, Maldonado, Peinado y Pérez Gazolo*, haciendo, entre otras, la siguiente afirmación: "No hay más Gobierno legal de España que el mío". Le dejé que desfogase sus iras, no concediendo importancia alguna a su opinión, ya que después de haber escuchado a juristas eminentes, como Sánchez Román, José Prat y Fernando de los Ríos, sabía doctrinalmente a qué atenerme. Para tratar del principal objeto de mi viaje me citó para las ocho de la noche del mismo día. En esta reunión, a la que asistió Méndez Aspe, y que se prolongó hasta las doce y media de la noche, el lenguaje fue moderado y se me formularon toda clase de ofrecimientos para el abastecimiento y la evacuación, sin concretar ningún proyecto de envíos, lamentándose de la falta de divisas, de los embargos de mercancías y de los saldos, de la situación de la Mid Atlantic Shipping Co., e incluso de la que atravesaban los propios ministros; *en suma, que por poco me piden a mí divisas*. Añadieron que los Gobiernos de Rusia, de México, de los Estados Unidos y de otros países que aún no habían reconocido a Franco, no querían tratar más que con el Gobierno de Negrín y ninguna esperanza ofrecían de hacerlo con el Consejo. *Saque el convencimiento de que se podía esperar muy escasa ayuda y de que únicamente les preocupaba que nadie pudiese decir que si el Consejo se rendía era por falta de víveres para el Ejército y la población civil"*.

El pueblo, en general, se sintió más tranquilo desde la cons-

titución del Consejo Nacional de Defensa, y cuando terminó la lucha de Madrid, tuvo unos días de sosiego, de confianza, de ausencia de temor; pero llegaba a tal estado de ánimo tal vez por suponer, con enfermiza o cansada mentalidad, que al desaparecer la influencia rusa todo se iba a arreglar como por encanto, se acabaría la guerra, los soldados volverían a su casa, y en ésta habría pan, y alborozo en las calles, como antes de la contienda, como si nada hubiera pasado... Volvió a preocuparse cuando se habló de la guerra por la paz, cuando se dijo en el frente y en la retaguardia que del enemigo sólo podíamos esperar lo que fuéramos capaces de arrancarle con las armas en la mano. Y al invitarle de nuevo al sacrificio, bastó el oculto resquemor de los comunistas para trocar en desvío su cansancio. Se va a comprender bien esto. La rebelión nos obligó a cambiar mandos. El teniente coronel Ardíd, comprometido con los fascistas —según dirían éstos al detenerle en Madrid— para la sublevación de Julio, por muy “bolchevique” que se titulara, y a pesar de no luchar contra nosotros, resultaba peligroso en la Comandancia de Fortificaciones, y fue destituido. Al ex conde de Moriones se le arrinconó en Andalucía. De muy diversos sitios se sacó a la gente en duda. En cuánto a los mandos comunistas, habiendo tenido el P. C. la mayor parte del Ejército en su mano, resultaba imposible la substitución. Se hizo ésta en las unidades sublevadas; en las demás, no. Toral y Cartón, por ejemplo, siguieron mandando sus Divisiones de Extremadura. Ciutat, Durán, Federico de la Iglesia y otros, continuaron en sus puestos de Levante. Mantecón, a quien Negrín hizo gobernador general de Aragón después de ocuparlo Lister como el Duque de Alba los Países Bajos, no nos pagó su deuda de sangre: siguió siendo comisario de un Ejército. El Consejo tendió, fuera de todo intento represivo, a garantizarse la resistencia frente al enemigo y a evitar otro alzamiento. Nuestra gente no estaba conforme con esto. Le parecía muy poco.

—Si hubieran triunfado los comunistas, ¡pobres de nosotros!

—Ellos... son ellos —se contestaba.

La campaña de CNT, aquella campaña tan violenta contra lo extranjero y dictatorial del P. C. cuanto favorable a la fraternidad proletaria de sus masas con las nuestras, producía protestas contra mí en el Movimiento libertario.

—Pero, ¿qué es eso —le decían a Val algunos compañeros— de que en las mismas columnas donde se ha combatido implacablemente a los “crispines” (1) se procure ahora, cuando los hemos vencido a costa de sangre propia, librarlos de la justicia popular?

(1) Así se llamaba a los comunistas.

¿Qué habrían hecho ellos, de salirles bien el golpe? Hay que aplastarlos de una vez y para siempre! Acordáos de Cronstadt y de Ucrania, de la misma Barcelona, de Aragón, de la tiranía que nos han impuesto durante la guerra, de las matanzas que han hecho en los pueblos y en el frente. ¿Podéis olvidar vosotros...?

—Lo que no olvidamos es que el enemigo acecha, que hemos perdido una semana, que todo puede quebrar si dura el ambiente de odio... Necesitamos robustecer el muro proletario frente al fascismo. Sólo la clase trabajadora es revolucionaria o antifascista hasta el final.

Y Eduardo no quería levantar el velo... Lo que estaba ocurriendo con los comunistas era algo terrible, para cuya comprensión hay que contar con ese fanatismo duro y seco, rencoroso y miserable, del staliniano, hecho a golpe de consigna en el molde de la falta de libertad. Un escuadrón de Caballería, que durante la lucha de Madrid se escapó del frente de la Alcarria con ganas de pelea, en vez de volver luego a su sitio, se pasó al campo enemigo. En diversos frentes, soldados, cabos y sargentos comunistas se llevaban prisioneros a sus capitanes a las filas contrarias. En las unidades que habían combatido bajo las órdenes del P. C. las evasiones, cada día en aumento, alcanzaron tal cifra, que hubo que sacar de las trincheras algunos batallones, por miedo a perderlos. Y, al mismo tiempo, bajo la criminal influencia de unos comisarios, unos jefes y unos oficiales únicamente leales a su Partido, muchísimos soldados se marcharon a la retaguardia, a casa, y en menos de una semana, por virtud de las cartas que iban del pueblo a la trinchera con la noticia de que Fulano o Zutano ya habían acabado de “servir”, estuvimos a punto de ver una “espontánea” desmovilización de nuestro Ejército.

## XXVI. NUEVAS PRUEBAS DEL CRIMEN DE NEGRÍN

El problema planteado por el sabotaje comunista al Consejo era espantoso. ¿Cómo hacerle frente? Con las destituciones no se acabaría nunca, y además, en espera de una ofensiva contraria, ¿quién se entretendría en preparar nuevos mandos? Tampoco era cosa de llenar las cárceles. Después de pensar mucho, muchísimo, la cuestión, se decidió que la propaganda en el Ejército fuese benévola para los comunistas, por una parte, y por otra, abrir una puerta al miedo de los jefes desleales. A. P., redactor jefe de CNT, se hizo cargo de *La Voz del Combatiente*, diario del Ejército del Centro, y desde allí secundó las campañas de *Claridad* y de nuestros periódicos. Casado, como Consejero de Defensa, dirigió una circular secreta a los altos mandos y comisarios adictos, encomen-

dándoles que se entrevistaran con los comunistas de sus Unidades y les pidieran que declarasen sinceramente si acataban o no acataban al Consejo, para que, de acatarlo, continuaran en su puesto, y, de no acatarlo, se concentraran en lugares desde donde —en el plazo de seis días— se les llevaría a los puertos en que podrían tomar un barco y salir de España. Así se procedió con el mayor sigilo, para evitar protestas de elementos leales, y aunque casi no hubo tiempo para realizar el generoso plan —plan de quijotes, que no cabría en el corazón de nuestros rivales—, con arreglo a él fueron evacuados muchos comunistas en aquellos días en que era un deshonor para nosotros tener ya el pasaporte en el bolsillo.

Pero tales medidas no resolvieron el problema. Si los comunistas habían podido sabotear al Consejo, fue porque se movían —nos movíamos todos— en un ambiente enrarecido, en un clima de derrota. Nuestro primer enemigo, invencible y ubicuo, era la situación en que nos encontrábamos: agotamiento espiritual, fisiológico, económico, político y militar, del cual arrancaban peligrosas reacciones el miedo, la desesperación de la vida en riesgo de perecer, la seguridad callada y obsesionante de que el enemigo nos arrollaría. De nuevo tuvimos que montar la guardia en el litoral. Baztán y Marín hicieron una visita a Cartagena y a Alicante. Se les dió la seguridad de que no se marcharía quien estuviera en edad de combatir. Pero el instinto era superior a la dignidad, en mucha gente. De noche, los recovecos de la costa se llenaban de fugitivos, que hasta en barcas pesqueras se marchaban. Muchos, llevaban un pasaporte obtenido en la etapa anterior, y algunos se lo habían proporcionado recientemente, por mediación de autoridades subalternas que clandestinamente los expendían. Además, lo importante era escapar, con pasaporte o sin él. En Alicante, como estaba autorizada la salida de mujeres, chicos y viejos, todo el mundo se hizo a la fuga, y cuando de allá vino un día nuestro compañero Cascales, para enseñarnos el pasaporte que clandestinamente se le dió, para decirnos que había estado a bordo del "American Trader", donde escapaban millares de antifascistas, y que bajó a tierra porque le dió la gana, y nada más, Val decidió proponer a Casado que se enviase allá una Brigada que impidiera deserciones.

—Bien; de acuerdo. Pero... ¿y si es la Brigada la que se nos va?

Nos fallaba la gente más segura. Uno de los mejores grupos de Madrid, que quince o veinte días antes se había hartado de romper en su barriada los pasaportes adquiridos por gente ajena al Movimiento libertario, recibió del Comité de Defensa el encargo de hacer cierto servicio en la provincia de Guadalajara. Salió el grupo de Madrid; todos sus miembros se jugaron la vida en cien ocasiones; tenían rango de héroes, y, sin embargo, se escaparon,

no sé aún por qué puerto, ni cómo, ni adónde... Seguía descomponiéndose el Ejército: bravos muchachos que desde el principio de la guerra estaban en el frente, milicianos voluntarios en los más duros combates, iban al campo contrario con un fusil, un mortero, una ametralladora, tal como si a cambio fueran a obtener de sus verdugos el perdón, y el número de los que se marchaban a su pueblo crecía asombrosamente. Llegaban al Comité de Defensa los jefes de Unidad. Venían con el temor que nunca habían tenido:

—Mira, Val. Es preciso hacer algo para evitar el desastre.

—¡Claro que sí! Nada de vacilaciones. ¡Fusilad a los cobardes!

—Pero si no son cobardes. Es que... no sé qué pasa. ¿Cómo me voy a atrever a fusilar a unos chavales que se han batido como leones a mi lado? Cuando los veo, recuerdo todo el dolor y toda la gloria de la campaña... Se me escapan. Se me van sin esconderse, como si hicieran la cosa más natural, y tengo que cerrar los ojos para no verlos. ¡Se me rompe el alma!

—¡Procura que no se te rompa el frente!

—¿El frente, dices? Yo sé lo que va a ocurrir. Es lo mismo que cuando hay "chaqueto" en el combate. Ahora, como un muro, cruje sordamente, se raja, se cuarteaa el frente. Desde la retaguardia no se ve bien. Pero un día, ¡crémelo!, cuando menos lo esperéis se hundirá en horas, en un instante, verticalmente.

—¡A tu puesto! Más energía y más fe. Todavía hay que medirse con los fascistas.

Luego hablábamos nosotros. La responsabilidad de los jefes militares era tremenda. No se les podía abandonar en la angustia de su situación. Por si era poco nefasta la influencia que en la tropa ejercía la desmoralización de la retaguardia, los fascistas, de trinchera a trinchera, hacían una intensa propaganda entre nuestros soldados. Les prometían el oro y el moro, les hablaban de sus triunfos, les proponían la evasión en masa, les aconsejaban que detuvieran a sus oficiales, decíanles que iban a ser carne de cañón si cobardemente se disponían a servir de parapeto a unos dirigentes que hablaban de resistencia para asegurar su fuga.

—¿No veis lo que ha hecho Negrín? ¿No os han dejado en las trincheras los dirigentes comunistas? Pues los del Consejo harán otro tanto. Van a sacrificaros para que no les alcance la justicia de España. ¡Arriba España, muchachos! ¡Viva el Caudillo, camaradas!

Y en la retaguardia crecía la "quinta columna". Las "banderas" de Falange recibían a todos los miedosos, a todos los traidores. El Cuerpo de Seguridad y Asalto se nos iba de las manos. Nos dimos cuenta entonces que Negrín, unos días antes, ignoraba por completo que el Gobierno estaba sobre un volcán. Se repartió un

manifiesto fascista, de noche, a favor de la oscuridad, por Madrid. Tenía el mismo tono que la propaganda de las trincheras. A las dos horas de tener un ejemplar descubrimos a los autores de la impresión. Eran unos pobres diablos, cargados de hijos y de años, muertos de hambre siempre. Temblaban, de rodillas. No los fusilamos. Por sus declaraciones medimos el alcance de las organizaciones falangistas en la ciudad. Manuel Valdés, su jefe, fue excarcelado durante la lucha de Madrid, y luego no hubo manera de encontrarle, o policía dispuesto a hacerlo. Girauta mismo se vió obligado a efectuar personalmente algunas detenciones. El asunto, gravísimo según nuestro entender, se planteó en el Consejo con la mayor energía. El responsable de la excarcelación debía ser condenado a muerte, por muy alto que estuviera. Rubio, el presidente de la Cruz Roja, se escabulló. Era, como antes he dicho, de Izquierda Republicana. Se insistió en la cuestión varias veces, y se iniciaron algunas investigaciones. Pocos días después, Miguel San Andrés, miembro de aquel Partido, consejero de Justicia, se sintió tan indisputado, tan grave, que decidió meterse en una clínica, para operarse. Como había tanto trabajo, no le visitamos. Allí debieron hallarle los fascistas...

El día 18, Besteiro envió a Trifón Gómez un telegrama para encomendarle que preguntase al embajador de México en París qué número de emigrados de nuestra zona podría recibir su país, y encargarle de que en relación con D. Fernando de los Ríos recabase del Gobierno de Washington permisos de embarque en sus buques mercantes, buscaran grupo financiero capaz de adelantar un tanto por ciento del valor de algunas mercancías que ya se hallaban fuera de España e interviniera la Hanover Sales Corporation, en la cual se depositó un millón de dólares para la compra de camiones antes de perderse Barcelona. Se le encargaban a Trifón Gómez éstas y otras gestiones porque le era imposible sacar una peseta del llamado Gobierno Negrín. Este, según una comunicación hecha el 10 de febrero de 1937 por el embajador de España en París, había enviado a Rusia la fabulosa cantidad de 510.079.529,3 (quinientos diez millones setenta y nueve mil quinientos veintinueve kilos y tres gramos) de oro. Los depósitos hechos en Londres pasaban de tres millones de libras esterlinas. En otros países no había menores cantidades. Francia, la corrompida Francia de los grandes "affaires", estaba asombrada de la inmoralidad financiera de Negrín y de su gente. Pero para los antifascistas que continuábamos en España no había dinero. Eramos todos unos traidores. Méndez Aspe, que había comprado en la Argentina un cargamento de 3.600 toneladas de carne, hizo revender este cargamento, y rescindió el contrato que estableció con una firma inglesa para adquirir 3.000

toneladas de bacalao, no sé si antes o después de dar a los españoles que había en los campos de concentración de Francia 4.800 cajas de botes de leche condensada, 93 toneladas de café y otras mercancías. Todo lo cual no tenía nada de extraño, según advertirá quien juzgue la "resistencia" del señor Negrín a través de este párrafo de una carta de Trifón Gómez a Fernando de los Ríos:

"Yo recuerdo que cuando *el día 9 de febrero* me entrevisté con el Jefe del Gobierno y el Ministro de Hacienda en la casa número 22 del Perthus español, y les planteé la necesidad de continuar el abastecimiento de la zona Centro-Sur, Negrín, más discreto que Méndez Aspe, me dijo que, efectivamente, *había que procurar abastecerla, pero cuidando de no hacer almacenamientos*. Méndez Aspe fue más explícito; *dijo, textualmente, que aquello iba a durar unos doce días, y que si había víveres en la zona Centro-Sur para ese tiempo, él no era partidario de enviar más*. Posteriormente, en una entrevista que celebramos en París, y queriendo rechazar el cargo que yo le formulaba, recordándole sus palabras de Le Perthus, me dijo: "*Aquel criterio no era sólo mío; era del Gobierno*". Para mí no había duda, pero así lo afirmaba el propio ministro de Hacienda".

Dando la guerra por terminada, fueron a hablarnos de resistencia. ¿Con qué fin? Si eso no era un crimen, ¿quién será criminal en este mundo? Pero sigamos, para decir que Trifón Gómez, después de entrevistarse reiteradamente con la Campsa Géntibus y con Méndez Aspe, *sacó la conclusión de que la primera no tenía mercancías para España, ni el segundo una peseta para los españoles*; en cuanto a la incautación de algunos fondos y de ciertos productos colocados en el Extranjero, todas las gestiones fueron nulas. Habría que recurrir a nuevas exportaciones, para obtener así el dinero necesario para hacer frente a las más angustiosas necesidades, entre las cuales estaba la de gasolina. Carentes de ella nosotros, se nos comunicó que nos sería imposible recibirla antes del día 12 de abril. Por otra parte, el embajador de México no estaba en París, y visitar a su sustituto, sospechosamente entregado a Negrín, resultaba contraproducente.

Un ciego deseo de paz nos arrollaba: Era preciso encauzarlo. La paz, para nosotros, no podía ser liquidar la guerra de cualquier manera, porque luego... Se necesitaba una gran valentía moral para hablar en voz alta de lo que todo el mundo cuchicheaba, y después de examinar el problema en cada entidad antifascista, después de analizarlo en el Consejo, se tuvo tal valentía. Decidióse proponer al enemigo negociaciones de paz, en respuesta a las proclamas dirigidas a nuestra zona, desde Radio Nacional, con carác-

ter de oficiosas proposiciones. Y se tomó tal decisión el mismo día en que el coronel Francisco Ortega comunicó a Casado, con discreta alarma, que en el frente del Jarama, cubierto por el tercer Cuerpo de Ejército, se notaba una intensa actividad del enemigo, ya dispuesto a la ofensiva. Nosotros calculábamos entonces, tal vez con optimismo exagerado y suponiendo en grandes masas populares una decisión de resistencia semejante a la nuestra, que retrasaríamos la ocupación de nuestra zona durante unas tres semanas, tiempo suficiente para que dignamente la abandonásemos cuantos quisiéramos hacerlo, y el Consejo emprendió con decisión nuevas gestiones encaminadas a obtener barcos, para tenerlo todo dispuesto en previsión de que el enemigo precipitara los acontecimientos.

#### XXVII. — NEGOCIACIONES DE PAZ ANTE EL PUEBLO

Así las cosas, dar el paso de la paz nos asustaba. No se atrevió Negrín a darlo francamente. Nadie se atrevía, aunque en aquella situación de agobio todos lo deseaban. Nos embargaba un extraño temor, algo así como una superstición y una congoja. Era cambiar radicalmente el lenguaje de los años precedentes. Y este miedo a las palabras claras con que habríamos de proclamar nuestra derrota fue la causa de que, no sé si en la noche del día 20 o en la del 21, desde el micrófono de la Consejería de Defensa se "radiara" un mensaje cifrado al enemigo, para invitarle a negociar. ¿Qué efecto produjo en nuestra zona? El pueblo adivinó lo que el mensaje significaba, y lo que le molestó fue que se enviara en clave. El hecho concreto de establecer relación con los fascistas le pareció bien, y la Prensa de la zona, sin excepción alguna, lo acogió como un heroico gesto del Consejo.

En nuestros medios sentó muy mal la falta de claridad. Reunido el Comité de Defensa, recogió aquel disgusto y meditó sobre él. Si se había cometido una torpeza. Si no debíamos poner mucha confianza en las negociaciones, ¿por qué no utilizarlas como el mejor instrumento de propaganda en la zona invadida? Allí, en aquella retaguardia torturada por el fascismo durante toda la guerra, teníamos una reserva. Se quería la paz a los dos lados del frente. Con la paz especulaba el enemigo, contra nosotros; con la paz debíamos especular nosotros, contra él. ¡Qué se conocieran en los dos campos las negociaciones! Val y Marín lo propusieron al Consejo, y el mensaje del día anterior se "radió" de nuevo, pero en clarísimo castellano. Eran ocho o diez líneas en las que el Consejo manifestaba el deseo de ponerse al habla con el Gobierno de Burgos para concertar una paz digna y española. Respiró la

gente con satisfacción. Nosotros, en el Comité de Defensa, acordamos dar a lo iniciado mucho vuelo de Prensa y de "radio", con ganas de envolver a Franco en un clamor de paz dentro de su zona, y además, por si no lo conseguimos, empezamos a estudiar el proyecto de constituir ocho o diez columnas de mil hombres, pertrechadas con nuestro mejor armamento, fuertes y ágiles a la vez, integradas por militantes antifascistas voluntariamente incorporados, con buenos guías militares y políticos, que si el enemigo nos arrollaba en un frente el Ejército regular —ya en muy mal estado— se lanzaran al ataque con completa autonomía por diversos puntos débiles de la línea contraria, sin más misión que la de entrar en la retaguardia y sublevarla, o perecer en el intento...

Debíamos ocultar este propósito, no sólo porque el secreto era imprescindible para su eficacia, sino también porque al proponer la paz cara a cara se producía lógicamente un cambio en nuestra política. Durante la guerra perdimos —en la acción— el carácter revolucionario; al negociar con el enemigo, lo antifascista quedaba supeditado a lo español. Hablar para las dos zonas equivalía a tomar por plataforma un sentimiento que les fuera común: el patriotismo. Quedábamos obligados a demostrar que no nos ganaba nadie en el amor a España, ni tampoco en lealtad para el intento de establecer una paz digna. El Movimiento libertario, que así lo entendió, hizo público —por "radio" y en la Prensa— un manifiesto de su Comité Nacional de Defensa. Lo firmó Juan López, secretario general, y en él se dibujaron las condiciones en que nosotros rendiríamos las armas. Tal manifiesto gustó mucho en nuestra zona, de donde López, Celedonio Pérez y un camarada socialista, acompañando al teniente coronel Carlos Romero, que días antes llegó a Francia con importantes informes, marcharon a París para intentar la recuperación de algunos valores de la República. Celedonio, el compañero que unos años atrás me llevó al Movimiento libertario, vino a mi casa, para despedirse. Tomó café conmigo. Se quedaba mirando a mi chiquitín, inocente y juguetón sobre mis rodillas, y a la vista de aquel hogar que inevitablemente se desharía muy pronto, suplicaba por última vez, húmedos los ojos, que se le librase de salir de España, que se le dejara llegar al último trance con nosotros...

El Consejo reiteró su propósito de arreglo. Redactó esquemáticamente unas proposiciones de paz, designó a Casado y a Matalana para que fuesen a Burgos si el enemigo lo admitía como representantes de nuestra zona, y pidió gallardamente una entrevista. Los fascistas respondieron con un mensaje cifrado, en el que no hablaban de arreglo, ni de paz, sino de "entrega", palabra

que podía indicar una decisión de no discutir proposición alguna, pero también podía ser muestra de un pasajero prurito de vencedores, de un engrimiento de militares victoriosos. Decían, sí, que sólo nos admitían la "rendición sin condiciones, incompatible con la negociación y la presencia en la zona nacional de Mandos superiores enemigos"; más, al añadir: "para regular detalles de la materialidad de la entrega es suficiente la venida de un Jefe profesional con plenos poderes", aun dentro de la intransigencia de su posición política, daban un margen de discusión. Hacían, además, la advertencia de que las conversaciones que se entablaran no les haría cambiar de actitud, y se quejaban de que nuestra propaganda oral y escrita tuviese un tono de arenga, contrario a una rendición; queja que nos hizo ver la conveniencia de seguir manifestando, por "radio" y en la Prensa, nuestra voluntad de combatir si se intentaba aplastarnos.

Los fascistas, bajo el título sarcástico de "Concesiones del Gobierno Nacional", nos transmitieron las siguientes bases de liquidación.

"Primera. La España nacional mantiene cuantos ofrecimientos de perdón tiene hechos por medio de proclamas y de la "radio", y será generosa para cuantos, sin haber cometido crímenes, hayan sido arastrados engañosamente a la lucha.

"Segunda. A los jefes y oficiales que depongan voluntariamente las armas sin ser responsables de la muerte de sus compañeros, ni de otros crímenes, aparte de la gracia de la vida, la benevolencia será tanto mayor cuanto más significados y eficientes sean los servicios que en estos últimos momentos presten a la causa de España, o haya sido menor su intervención y su milicia en la guerra.

"Tercera. Los que rindan las armas, evitando sacrificios estériles, y no sean reos de asesinatos u otros crímenes, podrán obtener un salvoconducto que les ponga fuera de nuestro territorio, gozando entre tanto de plena seguridad personal.

"Cuarta. A los españoles que en el Extranjero rectifiquen su vida se les dispensará protección y ayuda.

"Quinta. Ni el mero servicio en el campo rojo ni el haber militado simplemente (1) en campos políticos extraños al Movimiento Nacional serán motivo de responsabilidad criminal.

"Sexta. De los delitos cometidos durante el dominio rojo sólo entienden los Tribunales de Justicia. Las responsabilidades civiles se humanizarán en favor de las familias de los condenados.

"Séptima. Nadie será privado de libertad por actividades

criminosas más que el tiempo necesario para su corrección y re-educación.

"Octava. El retraso en la rendición y la estéril resistencia a nuestro avance serán causas de grave responsabilidad, que exigiremos en nombre de la sangre inútilmente derramada".

Era natural que el Consejo Nacional de Defensa no aceptase tales "concesiones"; concesiones al fascismo, claro está. Las bases de paz propuestas por él fueron las siguientes:

"Primera. Afirmación categórica y terminante de la soberanía y la integridad nacionales. Aun considerando al Gobierno Nacionalista tan interesado como nosotros en la afirmación de este principio, creemos, no obstante, necesaria la aportación de garantías para llevar al ánimo de todos, propios y extraños, la seguridad y realidad de esta afirmación.

"Segunda. Seguridad de que a los elementos civiles y militares que han tomado parte honrada y limpiamente en esta lucha tan cruenta y tan larga, se les tratará con el máximo respeto a sus personas e intereses.

"Tercera. Garantías de que no se ejercerán represalias y de que no se impondrán sanciones sino en virtud de sentencias dictadas por los Tribunales competentes, ante los que se admitirá toda clase de pruebas, incluida la testifical. Para evitar equívocos, convendría definir y delimitar de una manera clara y terminante los delitos políticos y los delitos comunes (1).

"Cuarta. Respeto a la vida y a la libertad de los militares profesionales que no hayan cometido delito común.

"Quinta. Respeto a la vida y a la libertad de los militares de Milicias y de los Comisarios que no hayan delinquido criminalmente.

"Sexta. Respeto a la vida, libertad e intereses de los funcionarios públicos en iguales condiciones que los anteriores.

"Séptima. Concesión de un plazo mínimo de veinticinco días para la expatriación de cuantas personas quieran abandonar el territorio nacional.

"Octava. Que en la zona en litigio no hagan acto de presencia tropas italianas ni moras.

"Novena. El Consejo Nacional de Defensa aprueba estas bases".

Claramente se habrá visto que, por medio de sus "concesiones", prometedoras de una implacable acción "judicial" de la que únicamente se salvarían quienes nos traicionaran, los fascistas intentaban conseguir un alzamiento a su favor en nuestra zona. Las bases del Consejo tenían cierto retintín diplomático en su aparta-

(1) Querían decir, sin duda, "haberse afiliado simplemente".

(1) (Recójase la nota inserta al final del capítulo).

do primero; mediante los seis siguientes, y de modo especial con el tercero, se intentaba dividir nuestra gente en dos grandes grupos, con objeto de que la de uno —sin riesgo de muerte— pudiera seguir viviendo en España, y la del otro —en peligro de ser condenada a la pena capital o a cadena perpetua— se expatriase; por virtud del punto octavo se tendía a conseguir que, en ausencia del elemento invasor y de la odiada tropa colonial, el encuentro de las masas españolas separadas por la guerra produjese cierto alborozo instintivo, apolítico, tal vez útil para relajar la disciplina y romper los cuadros del Ejército de ocupación, que bien podría aturdirse en una zona habitada por unos ocho millones de compatriotas, entre los que nosotros podríamos movernos con habilidad...

#### XXVIII. — LOS INVASORES NO ADMITEN NINGUN PACTO

El día 23 ofrecía el Consejo a Trifón Gómez enviarle a París los datos concernientes a las mercancías que podríamos exportar y le instaba a recabar del Sr. Martínez Barrio, presidente del Comité Nacional de Ayuda a España, y de la Mid Atlantic, cuya flotilla tenía una capacidad de carga de más de 150.000 toneladas, el envío de algunos barcos. Aquel mismo día aterrizaba en el aeródromo de Gamonal, cerca de Burgos, un avión nuestro, en el que llegaban dos representantes del Consejo: el teniente coronel Garijo como jefe subalterno "con plenos poderes", y el comandante Ortega —no recuerdo su nombre propio—, aparentemente en calidad de secretario del primero. Garijo, que obtuvo dos ascensos de los Gobiernos precedentes, no era izquierdista, ni presumió nunca de serlo, pero sí leal. Perteneció al Estado Mayor del Ejército del Centro durante la defensa de Madrid, fué luego miembro del de la Agrupación de Ejércitos de nuestra zona, y sus dotes de inteligencia y capacidad quedaron de manifiesto en la organización de los servicios secretos de información militar dentro del campo enemigo. Salieron a recibir a los dos representantes del Consejo otros dos de Franco; uno de ellos, el de mayor importancia, era el coronel Hungría, tipo sagaz, peligroso, que antes de la guerra se ocupó del estudio secreto de las influencias revolucionarias que agitaban al pueblo y durante la contienda fue uno de los principales dirigentes de la represión antiproletaria.

Garijo defendió las bases del Consejo; Hungría juzgó admisibles algunas de ellas. Se le propuso la firma de un documento en el que se recogiesen los puntos de coincidencia, o bien la de otro en el que se especificaran las diferentes proposiciones de cada parte, con vistas a una futura responsabilidad ante el país, y de-

claró que no podía hacerlo. Estuvo muy cortés en la conversación dió por aceptables "en la paz" ciertas proposiciones del Consejo; pero fue inflexible respecto a "la entrega", a "la rendición sin condiciones", y como prueba suprema de tal inflexibilidad entregó a Garijo un vasto plan militar, no político, de ocupación de nuestra zona. Allí se estipulaba detalladamente, como en una orden de operaciones, lo que tendría que hacer el Consejo a determinada hora de tal día con cada una de sus Unidades: alzar bandera blanca, concentrar las armas en lugares fijos, darles rehenes, apresar a los mandos, rendir la tropa, cambiar las autoridades republicanas por otras bien avenidas con el fascismo, y como gesto previo, hacer la "entrega simbólica" de la aviación entre las quince y las dieciocho horas del día 25. Todo aquello quería ser una ofensa para nosotros, pero no pasaba de una estupidez. Cuando Garijo recibió tal documento comprendió que no podía continuar en Burgos...

Lo trajo a Madrid. El Consejo no se detuvo a discutirlo. Le pareció, del principio al fin, una canallada propia de gente habituada a la traición. Vino Val con una copia al Comité de Defensa. Era preciso combatir. El ataque enemigo no se haría esperar. Mas convenía retrasarlo como se pudiera. En París, el día 24, visitaba a Trifón Gómez una representación de Los Amigos Cuáqueros, que le preguntó si estaríamos dispuestos a admitir que hiciesen ellos gestiones directamente con Burgos para conseguir la paz, y les contestó "que agradeceríamos realizasen toda suerte de gestiones encaminadas a facilitar la evacuación de los españoles que tuvieran que salir de la zona republicana". Se decidió en el Consejo, por una parte, alertar a todos los altos mandos, para que rechazaran con la mayor energía cualquier agresión, y por otra, entretener a los de Burgos. Se les pidió una nueva entrevista, y fue aceptada la solicitud. Volvió Garijo, con Ortega, el día 25; llevaba las mismas proposiciones políticas de la vez anterior y, además, un plan de ocupación material de nuestra zona por departamentos y etapas establecidos concretamente, mediante el cual, en un plazo de veinte días, haríamos de modo paulatino toda la evacuación, sin prescindir hasta el fin de la suprema garantía de las armas. Hungría y su acompañante comprendieron que no tenían derecho a pedir que en Madrid se confundiera la paz con la traición. El Consejo quería, siempre a base de admitir por fuerza mayor los hechos consumados, evitar fugas cobardes, vergonzosas, y salvar de la catástrofe quince o veinte mil vidas en peligro. ¿De-seaba Franco, con instinto de hiena, no sólo que se admitiese el triunfo militar que los invasores le proporcionaron, sino también

saciarse de sangre? Hungría estimó necesario, por lo menos, cubrir las apariencias. Conversó muy jovialmente con Garijo, y tras algún tiempo de discusión, empezaron ambos a redactar un estatuto de paz, cuya aprobación definitiva dependería de Burgos y de Madrid. Pero, de pronto, a las 18 horas llamó a Hungría "Su Excelencia el Generalísimo", quien le ordenó poner punto final en aquel momento a las negociaciones, ya que el Consejo no había entregado la aviación, y dió un plazo muy perentorio a Garijo y a Ortega para volver a Madrid, cosa que hicieron inmediatamente, a pesar de haber muy malas condiciones atmosféricas para el vuelo.

Tiempo después, la Prensa de Berlín y de Roma publicaría abundantes comentarios sobre "aquel gallardo gesto del Caudillo". Tal vez éste, conociendo la opinión de mucha gente de su zona, tuvo el propósito de pactar con el Consejo; pero los invasores se lo prohibieron, porque cualquier pacto hubiera ido en su contra, y el "Generalísimo", sin voluntad española para nada, supeditado absolutamente a quienes le mueven en el trágico guñol de nuestra patria, cumplió obedientemente la consigna que le daban, de terminar la contienda por medio de las armas, sin "una claudicación que habría quitado a la Victoria su virtualidad política"; como si no estuviera la tal Victoria, más que desvirgada, prostituída. Quedaba claro el asunto. Quienes promovieron la guerra de España para conquistar unas bases de operaciones, para obtener una nueva posición imperialista frente a Francia e Inglaterra, no podían admitir, ni aun dando por segura la expatriación de los dirigentes antifascistas, una paz entre españoles.

Al tener conocimiento de esto, el Comité de Defensa volvió a ocuparse del proyecto de creación de columnas autónomas. Mientras tanto, más brío en la propaganda y más seguridad en la retaguardia. Se les sentó la mano a varios periódicos en los que el miedo se hacía traición. Nuestros diarios vibraron de arrojó, la militancia se concentró nuevamente en los Sindicatos, los batallones de Flores volvieron a la calle, se nombraron gobernadores de confianza en varias provincias y Pedrero salió del S. I. M. del Centro, para ser substituído por Salgado. Fuimos éste y yo al Ministerio de Marina. Todo el mundo estaba haciendo la maleta, y hubo que recorrer las numerosas dependencias del Servicio para imponer serenidad y decoro. Aquel espectáculo de cobardía, producido por Pedrero, que había dado pasaporte hasta a las mecanógrafas, nos hizo comprender que nos quedábamos solos. ¿Y para qué retener a la gente amedrentada, de antifascismo dudoso, que sólo de estorbo podría servirnos? Decidimos quedarnos con un puñado de hombres seguros. El resto del personal, estigmatizado de burocracia,

¡a la calle! Pedrero y su secretaria particular terminaron de liar los bártulos, ante nosotros. Nos costó más de dos horas ver vacío de maletas el edificio. Empezó el desfile de coches. Los principales agentes del S. I. M. querían llevárselos a pares, como si fueran a una agradable excursión en la que no podrían faltar las gracias femeninas de unos amoríos con que escarnecieron el dolor popular. Dimos orden de que no se entregara ninguno, por miedo a perderlos todos, y al garaje, donde surgió la amenaza de la pistola, enviamos un piquete de soldados, para contener la furia de los miedosos. Luego nos fuimos a ver a la gente presa. Feliciano López de Uribe, ex fiscal de Madrid, donde se le llamaba "el fiscal de Burgos", hombre entregado a los comunistas por el deseo de alcanzar una posición que le permitiera vivir crapulosamente, quiso arrodillarse ante nosotros, y el teniente coronel Bueno, llorando sin falsedad, nos abrazaba, pedía perdón y hacía el ruego de que saludásemos a Segis en su nombre. Se dispuso que un automóvil los llevara a Valencia, donde quedarían en libertad; tenían pasaporte desde antes de nuestra sublevación, y a punto de marcharse nos decían:

—¿Y se quedan ustedes? ¡No se queden, por Dios! Madrid está perdido. Si los cogen los fascistas...

—¡Ay, amigos! Dispénsenos. No esperábamos que se portaran ustedes así.

Nos fastidiaba aquel tono de plañideras. Había en el edificio veinte o treinta comunistas detenidos. Fuimos a verlos. Allí encontré a Girón, que con el mayor interés me preguntó como estaba Madrid, qué podríamos hacer para sujetar los frentes, por dónde iba a atacar el enemigo... Charlamos durante un cuarto de hora, con tono de compañeros, y de algunos me despedí con un abrazo cuando salían a tomar los autobuses en que fueron llevados a Valencia. Se quedó el S.I.M. casi vacío. Pedrero nos dejó hasta sin dinero para pagar a las mujeres que hacían la limpieza del local. En cambio, al irse, puso a nuestra disposición unas botellas de licores: vinos de Oporto y de Jerez, del Rhin y de Burdeos, coñac, gin, curaçao, ginebra, kirch... pitillos "Camel" y cigarros "Partagás"... Empezamos a trabajar en seguida. Llamaba Salgado por teléfono a los más diversos puntos de nuestra zona, y los agentes del S.I.M. contestaban desde muy pocos. A la demarcación de Andalucía habíamos enviado unos compañeros, dos o tres días antes; no logramos saber qué era de ellos. Metidos allí día y noche, con todo el cansancio de un mes de brega —seis veces únicamente me quité yo las botas de campaña— teníamos que hacer

grandes esfuerzos de voluntad para no aturdirnos, y al ir de un despacho a otro, poníamos la mano en la pared...

El Consejo, aquel mismo día 26, dirigió a los fascistas dos comunicados engañosos, destinados a entretenerlos unas horas; pero Burgos contestó con el siguiente mensaje: "Urgentísimo. — Ante inminencia movimiento avance en varios puntos de los frentes, aconsejo que fuerzas enemigas en línea, ante preparación artillería o de aviación, saquen bandera blanca, aprovechando la breve pausa que se hará para enviarnos rehenes con igual bandera, objeto entregarse utilizando en todo posible instrucciones dadas para entrega espontánea". El Consejo decidió, al mismo tiempo, que en los frentes se rechazase el ataque fascista y que por "radio" se hicieran conocer detalladamente las negociaciones mantenidas con Burgos. El Consejero republicano José del Río leyó ante el micrófono todos los comunicados y proposiciones a que aquí me he referido. Sus comentarios, desgraciadamente, fueron torpes, vacilantes, tímidos. El combate había empezado en varios sectores de Andalucía y Extremadura. Nuestra gente, que en las primeras horas combatió bien, empezaba a flaquear, retrocedía empujada por la enorme fuerza del enemigo, que lanzaba los escuadrones de Caballería al copo de importantes Unidades. A la noche, nos comunicábamos en secreto la derrota. Pero no flaqueaba nuestra voluntad aun. El día 27 controlábamos perfectamente la gente que salía de Madrid; no había desertión. El Comité de Defensa empezó a designar los compañeros que habrían de dirigir las columnas destinadas a sublevar la zona contraria. De pronto, el ataque fascista por el frente del Jarama. Lucha durísima. Los italianos querían dejar a Madrid aislado del resto de la zona. ¿No aspirarían también a lograr una revancha del desastre de Brihuega? Por si acaso, Cipriano Mera tenía firme el frente de la Alcarria. El Comité Nacional del Movimiento Libertario, y esto prueba cumplidamente nuestra decisión, convocada a un Pleno de Regionales, para celebrarlo en Madrid al día siguiente. Por la mañana, me llamaba Val desde el Comité de Defensa. Llamaba también a otro compañero cuyo nombre no debo dar aquí:

—¡Venga! Redactad proclamas y manifiestos para la zona contraria. Hay que hacer hoy mismo dos o tres millones de octavillas, para que los aviones que tenemos las arrojen allá. ¡De cara a la insurrección contra los invasores!

Nos pusimos a escribir: Yo me imaginaba lo que sería de nuestro pueblo cuando, después de acabar la lucha entre fascistas y antifascistas, le resultase imposible la reconstrucción, se apoderase de él la miseria y el imperialismo italo-alemán le lanzase al sacri-

ficio en una guerra más amplia y horrorosa, de la que la nuestra sólo era el prólogo... Diez, veinte, treinta cuartillas en las que vibraba la indignación, en las que ardía la última esperanza y sangraba el dolor del país, escritas con un espíritu semejante al que redactó las arengas de la iniciación de la guerra civil. ¡A la imprenta enseguida! No importaba que no se publicasen los periódicos. Lo interesante era la batalla. Madrid, en Noviembre, se salvó por la fe del pueblo en sí mismo. ¿Por qué no podría salvarse entonces, salvar de nuevo la causa antifascista, si por suerte hallaba base en la zona contraria la esperanza que en la nuestra ya no tenía sustentación? ¡Cuatro días, tres, dos nada más para la última prueba!

CeDInCI

(1) El Consejo lo hacía así: "Se consideran delitos políticos por el Gobierno Nacionalista los actos cometidos contra él durante la guerra dentro de la legalidad republicana, y delitos comunes, los realizados al margen de dicha legalidad. Se aplicará una amnistía general a los responsables de los primeros, y de los segundos entenderán los Tribunales de Justicia".

Enrique ESPINOZA

# IGNAZIO SILONE Y EL AMOR A LA VERDAD

LA indigencia espiritual del fascismo y de su pintoresco jefe, a quien Emil Ludwig quiso presentar un día en sus *Coloquios*, de ingrata memoria para ambos, bajo el disfraz de una máscara nietzscheana, se caracteriza no sólo por la falta absoluta de una filosofía política —a pesar de las órdenes terminantes para fabricarla—, sino también de una literatura general digna de la gran tradición italiana, negada precisamente por los literatos más serviles del amonario y victorioso.

Estos literatos hoy uniformados y ayer estridentes futuristas de circo, no tardaron en adaptarse a las exigencias retóricas del Duce para convertirse en académicos reales, gracias a la autorizadísima elección del mismo que, entre otras cosas, es autor de *La amante del cardenal*...

Hemos tenido oportunidad de contemplar de cerca, en el Congreso internacional de pendolistas, realizado en Buenos Aires a fines de 1936, al más conspicuo y famoso de dichos académicos mussolinianos: F. T. Marinetti, que algunos años atrás había hecho ya de las suyas entre nosotros.

— Molesto con la antipatía visible del público por su persona, Marinetti no pudo menos que estallar frenético como siempre, para embestir a los escritores franceses que tuvieron a su cargo la defensa de algunos colegas alemanes perseguidos por el fascismo. En su cháchara injuriosa contra Benjamín Cremieux, uno de los pocos críticos de la literatura italiana en París, Marinetti hizo presente el ejemplo "puro" de Mallarmé: la cacareada torre de marfil, etc. Y aunque Jules Romains, que presidía el debate, no dejó de contestarle con una elegancia que lo desarmó del todo, quizá valga la pena agregar aquí, porque se ha vuelto a invocar el argumento que el propio Mallarmé defendió en 1894 al colaborador de la *Revue Blanche*, Félix Feneon, mezclado en un célebre atentado

anarquista: "non seulement a cause de mon goût pour lui, qui est tris vii, mais aussi par amour la verité".

Este amor por la verdad que conoce todo artista responsable, puesto que la belleza, según se dijo, es su resplandor, no lo puede hoy defender en ninguna forma un escritor itálico, a menos que tenga la entereza suficiente para quedarse del otro lado de la frontera nativa, repitiendo el amargo verso de Carducci:

*Italianni, la nostra patria e vile*

Tal es el caso del novelista Ignazio Silone en nuestro tiempo y por eso es, justamente entre todos los de su idioma, el único que desde Suiza ha logrado interesar al mundo con su obra incomparable.

★

Poco es lo que sabemos de la infancia y formación de Silone. Nacido en el contradictorio país de los Abruzzos, como d'Annunzio, su antípoda desde un punto de vista espiritual, se cría en una de las aldeas más atrasadas de la región. El mismo ha contado, con mucha veracidad, su primer recuerdo increíble en una página que recogimos en *Babel*. Un periodista francés asegura que en Pescina, sobre el desecado lago Fucino, están todavía los escombros de la casa natal de Silone, arrasada por el terremoto de 1908. Su experiencia de niño debió ser horrorosa en medio de la elocuente miseria de los *cafoni*. Desde los 16 años se entrega a la acción política. Milita en la extrema izquierda. Sufre años de soledad y de persecuciones, haciendo la vida de un agitador constantemente acosado. Se dice que, como muchos de sus paisanos, anduvo por los países del Plata. Pero nada se sabe en concreto sobre ello. Parece más probable su estada en Rusia, en la época heroica de Lenin y Trotsky. El advenimiento social de Mussolini y una enfermedad no menos grave, contraída en medio de la lucha y las privaciones, lo obligan finalmente a refugiarse en Suiza, donde publica en alemán una de las primeras obras críticas sobre el fascismo.

Por razones de salud reside a partir de entonces, casi sin interrupción, en uno de los sanatorios de la Montaña Mágica, donde más que a las paradojas del profesor Setembrini, presta oído a las voces distantes de los *cafoni* de su tierra. Y así escribe *Fontamara*, una novela de apenas doscientas páginas, que le conquista de golpe la celebridad.

### "FONTAMARA"

Antes que por ningún crítico profesional supimos de la excelencia de esta novela por León Trotsky. El hecho merece registrarse, pues no deja de tener su significación.

En viaje a Francia a bordo del "Bulgaria", Trotsky escribe, quizá frente a la misma costa italiana, el 17 de julio de 1933, un juicio sumaráisimo sobre el libro, en el que destaca sin embargo sus cualidades principales y le augura un vasto eco en el mundo, intervenga o no la burocracia soviética en su difusión.

Efectivamente, dos años más tarde *Fontamara* alcanzaba numerosas ediciones en francés, inglés y español, además de una adaptación escénica en uno de los teatros de Nueva York.

Es difícil decir en qué consiste el encanto de *Fontamara*. El autor deja hablar a sus personajes, que son todos labriegos meridionales, sobre sus experiencias comunes de cada día. Pero lejos de idealizarlos, como es costumbre, para obtener el famoso "color local", Silone traduce en términos nacionales sus relaciones particulares con el Estado y los burócratas fascistas al servicio de los mismos amos de siempre. La descripción está hecha tan desde adentro y con tanto ingenio de buena ley, que resulta evidente para todo el mundo, empezando por los propios campesinos, que no saben qué hacer para cambiar su vida irrisoria...

Con cuánta justeza dice Trotsky en su ya mencionada noticia: "Aquí la pasión revolucionaria se eleva a una altura tal que engendra una auténtica obra de arte". *Fontamara*, como símbolo de todas las aldeas miserables del sur de Italia, es eso en primer lugar; y de ahí su importancia. Entre la vida y la literatura, Silone establece un nexo dialéctico que surge de la negación de la mentira en sus más brillantes aspectos. La lucha de los campesinos italianos no es una lucha con la naturaleza sino con la fuerza del dinero, que los confunde en su miseria tras una retórica anticapitalista. Silone lo ve claramente. Por eso *Fontamara*, en vez de un poema bucólico sin consecuencias, es una novela humorística de alcance universal.

### "VIAJE A PARÍS"

*Fontamara* se prolonga en un libro igualmente breve, de cuentos, bajo el título del primero de ellos. En este libro, cuyas historias pertenecen al mismo pueblo a que el autor ha dado nombre en la literatura italiana moderna, sólo cambia el enfoque de la narración.

En vez de la experiencia instintiva de la masa regimentada, Silone coteja sutilmente el sueño y la realidad de algunos intentos personales para escapar al destino común.

El héroe fontamarense del *Viaje a París*, cansado de vivir en un mundo de polenta podrida, no halla otro remedio que escamotearse como un cadáver entre el equipaje del Expreso de Roma. Pero como el pobre Benjamín sólo mimetiza un suicidio provisorio, las imágenes más monstruosas de su existencia atormentada por el hambre y la miseria, lo persiguen al quedarse dormido.

Un crítico norteamericano de la *Partisan Review* advierte con perspicacia hasta qué punto el método narrativo de Silone, a fuer de moderno, contradice el estilo del pasado inmediato con uno mucho más remoto. En este caso el sueño del *Viaje a París* se le ocurre a Lionel Abel más próximo al de la escala de Jacob que al de cualquier surrealista. Sin embargo, un análisis completo de la síntesis creadora de Silone demuestra que su "primitivismo" debe tanto a Bocaccio como a Dostoievsky. En sus cuentos "Leticia" y "Don Aristóteles", se halla muy cerca del primero, seguramente. No así en "El Zorro" o "La Trampa", donde el drama de conciencia lo lleva al evangelismo característico del segundo.

Con todo, este sistema de aproximaciones literarias apenas puede dar una idea del arte fabuloso de Silone, que es un arte esencialmente popular en sus raíces, aunque no en sus frutos todavía. Si por nuestra parte insistimos en tal procedimiento, es porque Silone retarda la madurez de éstos al prestarles un follaje bíblico que intercepta de pronto la cruda luz del sol meridional.

La novela que sigue a *Fontamara* y *Viaje a París* es, en su género, un ejemplo de lo que dejamos insinuado. Pero es también mucho más.

#### "PAN Y VINO"

El antiguo expatriado en Suiza imagina aquí, enfermo y todo, su regreso a Roma en vísperas de la guerra con Etiopía, bajo el nombre de Pedro Spina o Pablo Spada, un *alter ego* más simbólico aun. Lo hace desde luego no para acompañar a los jóvenes fascistas que van a "librar" a los abisinios de la esclavitud, sino para pintarlos enfangados en su propia servidumbre. El cuadro que Silone nos ofrece de la multitud reunida "espontáneamente" en Fossa para aclamar la declaración marcial del "Capo" radiofónico, a los gritos siniestros de "CE-DU!, CE-DU!, CE-DU!". . . constituye uno de los capítulos más poderosos de *Pan y Vino*. Por su técnica es también uno de los que recuerda más vivamente a *Fontamara*.

Fuera del nombre, no hay en verdad mayor diferencia entre Fossa y Fontamara. Pero sí la hay, y profunda, entre los caracteres auténticos de Don Benedetto, el viejo párroco, y Don Pablo, el nuevo cura sin órdenes. Tanto que el verdadero protagonista de *Pan y Vino* resulta el primero, si bien se mira. Este es, a nuestro juicio el único defecto de la magnífica novela.

La pasión revolucionaria del autor diríase que ha decrecido en los últimos años, según puede advertirse por momentos a través de su héroe representativo. Claro que no le faltan causas en presencia de la realidad inmediata. Con todo, un escritor fogueado en las luchas sociales, como Ignazio Silone, está en el deber de superar la literatura ya consagrada del martirio y la traición con una perspectiva inédita del porvenir que anima su derrotero. De lo contrario, la vieja literatura se venga de la nueva vida que asoma apenas su faz, cubriéndola de palabras muertas. . . Algo de esto sucede, desgraciadamente, en *Pan y Vino*, no sólo cuando el autor nos pinta al cura "clásico" que ya nombramos, sino hasta cuando glosa el sacrificio definitivo de otro de los personajes secundarios, Murica, a cuyo padre atribuye un poco artificialmente la explicación del título de su novela.

Sin duda llamar simplemente al pan, pan y al vino, vino habría estado más de acuerdo con el espíritu fontamarense que el mismo autor acepta en el último capítulo, al sostener que basta escribir en los muros: "Don Benedetto ha sido envenenado", sin añadirle un punto de admiración, para que todo el mundo lo sepa. Porque no hay nada más fuerte que la verdad pura y simple.

#### "LA ESCUELA DE LOS DICTADORES"

La tendencia erudita de Silone alcanza su cenit en este libro, desde el título. Sólo que en vez de una comedia el autor nos brinda en él una serie de diálogos edificantes sobre los gobiernos totalitarios de nuestra época. Porque sus dos interlocutores norteamericanos carecen por completo de humanidad y sería irreverente cualquier comparación hasta con los personajes menos típicos de Anatole France. Y ni qué decir con *Bouvard et Pecuchet*. . . Sin embargo, la frecuente intervención de Tomás el Cínico, un tercero en discordia, que lleva la voz cantante del propio Silone, presta al mayor número de las páginas del libro un interés extraordinario.

La concepción de *La Escuela de los Dictadores* se resiente quizá de cierto yanquismo excesivamente ingenuo y palabrero. Las ideas sociales y políticas del momento las expone invariablemente el autor. A tal punto que podría extractarse sus opiniones perso-

nales del volumen sin que éste perdiera su peso específico... Porque el ingenio que Silone adhiere al recuento de numerosas citas históricas y literarias no le quitan del todo su carácter didáctico...

La prueba está en que el propio Silone se adelanta a contestar este reproche de su títere norteamericano:

—Usted tiene razón, míster; a pesar de ello tenga paciencia. Hablando de dictadura, el citar es inevitable. Si usted quiere ser dictador debe habituarse a ello. Una dictadura es un régimen en el cual en lugar de pensar los hombres citan. En una dictadura católica se cita al Papa y al Evangelio en la traducción del Papa; en la comunista se cita a Stalin y a Lenin en la interpretación de Stalin; en la fascista, al altoparlante nacional”.

El Duce, por su parte, ni siquiera pretende interpretar a Maquiavelo... Se limita a substituir el nombre de d'Annunzio por el suyo en la grito salvaje de los primeros secuaces de ambos. Al respecto, Silone olvida un pequeño hecho significativo: Cuando “el divino Gabriel del ojo herido” hizo su famosa “captura” de Fiume, los legionarios que lo acompañaron gritaban bajo sus balcones: “*Per d'Annunzio comandante, eia, eia, alalá*”... Después de la marcha sobre Roma, todos se vieron obligados a añadir al del poeta el nombre del condottiero que había hecho el viaje en pullman, dejando siempre a aquél en primer término: “*Per d'Annunzio e Mussolini, eia, eia, alalá*”... Pero finalmente, el estribillo se redujo al solo nombre del Duce: “*Per Benito Mussolini, eia, eia, alalá*”...

La Escuela de los Dictadores abunda, desde luego, en rasgos paralelos sobre el retórico difunto y el político vivillo que lo ha traicionado... Empero no agota, como hemos visto, la erudición...

En cuanto a la maestría de los mismos diálogos entre sus sedicentes émulos norteamericanos, poco agregan al reconocido talento literario de Silone, fuera de un ingenio caricaturesco, asaz primitivo. El autor no supera, en verdad, el siguiente cambio de ideas del héroe de *Pan y Vino* con un comunista italiano llamado Bolla, que sigue la nueva táctica, haciéndose pasar por peluquero...

No resistimos la tentación de transcribir íntegramente el curiosos diálogos que hoy puede escucharse en cualquier latitud del mundo adonde hubiera llegado el célebre discurso de Dimitrov:

—Acabo de preparar un periodiquito para los estudiantes, que vamos a mandar por correo a un centenar de direcciones.

—¿Qué artículos hay en este periódico?

—El artículo de fondo lo escribí yo —dice Bolla—. Luego hay una hermosa carta de un estudiante católico.

—¿Quién ha la escrito?

—También yo —contesta Bolla—. Hay otra carta más breve, pero enérgica, de un estudiante nacionalista que se declara desilusionado.

—¿Quién la ha escrito?

—También yo.

—¿Por qué haces semejantes engaños? ¿A quién crees engañar? —pregunta Spina.

—Hay que dar la impresión de que también los estudiantes empiezan a despertar —contesta Bolla.

—Spina pierde la paciencia:

—Nosotros no somos un partido de peluqueros —se pone a gritar—. No trabajamos por la apariencia. Lo importante no es parecer fuertes. Lo esencial es ser fuertes. La revolución no es un truco, un juego de prestidigitación. Es la verdad, nada más que la verdad.

—¿Y si la verdad es desmoralizante?

—Será siempre menos desmoralizante que la mentira más alentadora”.

Imposible plantear más sintéticamente el problema fundamental de nuestro tiempo en que los mismos opositores del régimen burgués adoptan con los métodos canalleros y demagógicos que han combatido durante más de cien años, un lenguaje fariseo que los está conduciendo al ridículo y a la desesperación en todas partes.

Ignazio Silone enfoca esta inmensa farsa que esconde la sangrienta realidad del mundo desde un punto de vista italiano. Pero por lo mismo su personalísima verdad tiene valor universal.

Por amor a la verdad, precisamente, Silone ha preferido el destierro a la Academia. Enfermo y sin otro recurso para ganarse la vida que su pluma rechaza, al mismo tiempo que las múltiples y torpes imposturas fascistas contra la inteligencia, los falsos halagos de la burocracia soviética. Después del éxito de *Fontamara* y del *Viaje a París*, ésta no puede menos que sugerirle a Silone que se ponga en contacto con los emigrados alemanes que publican la revista *Das Wort*, a propósito de su novela *Pan y Vino*. Y hasta le hacen llegar un ensayo elogioso de su director para publicarlo junto con su respuesta. Pero Silone, lejos de adoptar la cómoda posición de los Ludwigs y Feuchtwangers, salió con una “Carta a Moscú” de una verdad tan inesperada y completa que los burócratas stalinianos terminan por incluirlo definitivamente en el *Index rojo*...

Ahora bien, es preciso tener en cuenta lo que le significa al escritor revolucionario, que vive o muere en el destierro de lo que produce su pluma, un artículo bien pagado o una justa retribución

de sus derechos, para comprender cuánto sacrificaba Silone a sus principios, cerrándose las puertas de la revista y del país que la sostenía.

Seguramente los burócratas, aterrorizados, quemaron la "Carta a Moscú". Pero ésta no dejó de ser publicada, como preveía su autor. Y hoy constituye un documento excepcional en varios idiomas. Pues ante las purgas sangrientas del Kremlin, la mayoría de los escritores "avanzados" prefirieron callarse, como André Malraux.

Por su parte, Silone, después de poner en evidencia todas las contradicciones en que incurrieran con su tácita complicidad los "defensores de la cultura" y del "nuevo humanismo", concluía diciéndoles:

"Me siento capacitado para hablar con franqueza especialmente porque no he tenido conexión alguna con los revolucionarios ejecutados, a quienes por lo demás, creo tan responsables como los otros del presente soviético. En esta carta no me solidarizo con ninguna de las fracciones rusas. Esta carta es un acto necesario que fluye lógicamente de mi posición general antifascista. Si permaneciera en silencio ahora no tendría valor para escribir una línea más en contra de las dictaduras fascistas. Estoy convencido —y esta convicción es lo que he tratado de expresar en toda mi obra— que para luchar contra el fascismo no nos hacen falta tanto medios materiales, armamentos y aparatos burocráticos, cuanto una visión diferente de la vida y de los seres humanos. Mis queridos amigos, sin esta visión diferente de la vida y de los seres humanos, nos convertiremos en fascistas. Y yo rehusó ser fascista, ni siquiera fascista rojo".

Eso fue a principios de 1936. Desde entonces la historia se ha encargado de desenmascarar a muchos intelectuales oportunistas que se hicieron pasar por astutos troyanos... Y, finalmente, el mismísimo Stalin, el de los ingenieros del alma, etc., ha concluído por confirmar la visión de Silone, aliándose impudicamente con Hitler para combatir el imperialismo anglofrancés, a cuyos directores y agentes más notorios había ordenado exaltar primero como grandes demócratas...

Claro que el desbande después del pacto ruso-germano, sobre todo en Francia y Gran Bretaña, fue un espectáculo lastimoso para la inteligencia. Entre los mismos escritores el pánico se hizo violento y mientras unos callaban avergonzados, otros volvían piadosamente al seno de la Santa Madre en busca de perdón...

Silone no ha tenido por qué tomar el camino de unos o de otros. Al contrario, fiel a sí mismo, y a sus lectores, continúa des-

arrollando su política independiente, que consiste en decir y hacer sentir la verdad pura y simple.

En uno de sus últimos ensayos puede leerse lo que sigue: "Todo fracaso revolucionario produce una duda, una humillación; sume a los hombres en la desconfianza en sí mismos y refuerza su convencimiento en la miseria, la debilidad y la incapacidad que le son propias; todo desastre revolucionario, en fin de cuentas, favorece a los sacerdotes; las ovejas perdidas tornan al redil confusas, arrepentidas y maltrechas".

Tenemos, pues, motivos para esperar del autor de *Fontamara* y de *La Escuela de los Dictadores*, otras novelas y ensayos dignos de su nunca desmentido amor a la verdad.

Santiago de Chile, 1940.

CeDInCI

## En la muerte de EMMA GOLDMAN

El 14 de mayo próximo pasado ha muerto en Toronto (Canadá) la escritora y propagandista Emma Goldman, uno de los temperamentos femeninos combativos más extraordinarios de la historia social moderna. Como esperábamos ese desenlace, como ella misma lo esperaba al despedirse de nosotros hace poco más de un año en Francia no nos ha sorprendido la triste noticia. La pérdida de la guerra en España y la nueva carnicería europea precipitaron su fin. ¿Para qué vivir escaseando ya las fuerzas individuales y siendo tan parcas las sociales para luchar contra la catástrofe? La tragedia de la guerra que se veía venir torturaba su espíritu. Quiso refugiarse en sus últimos días en la epopeya española, escribiendo un libro sobre los años 1936-39, a pedido de una empresa editora norteamericana. La enfermedad y la muerte le interrumpieron ese último anhelo.

Nacida el 27 de junio de 1859, le faltaba poco más de un mes para cumplir 71 años, de los cuales, más de medio siglo los dedicó a la lucha por la emancipación humana, por la justicia y la libertad para todos. Tempestades de odio enconado ha levantado su paso entre los idólatras o esclavos del estatismo, entre los cultores de las meras soluciones de fuerza, dictatoriales, totalitarias, según se dice hoy; pero su nombre, su palabra y su pluma fueron el alimento espiritual de grandes masas laboriosas durante muchísimos años y su recuerdo animará, pasada esta época de oquedad espiritual y moral, a legiones de nuevos combatientes por un mundo mejor.

Nacida en Rusia y emigrada muy joven a Estados Unidos, fue, como la gran mayoría de las muchachas de su edad, obrera de la industria de la confección, en Rochester. Era estudiosa y ya en su niñez había leído en Rusia algunos libros "prohibidos". Su conocimiento personal con Alejandro Berkman precipitó su vocación para la lucha revolucionaria, haciendo sus primeras armas al lado de Most, que descubrió en ella, a una futura gran oradora. En la imprenta de la *Freiheit* se preparaban Emma y Berkman para la tipografía a fin de consagrarse en Rusia a las propaganda

clandestina. Los acontecimientos les llevaron por otro camino. El atentado de Berkman en Pittsburg contra Frick, en 1892, y la condena a 14 años de presidio, cambiaron sus propósitos definitivamente. Su campo de acción fue en lo sucesivo los Estados Unidos. Después de Albert Parsons, uno de los mártires de Chicago, la primera propaganda libertaria de altura en idioma inglés, por la palabra y por la pluma, fué la de Emma Goldman. La modesta obrera de Rochester se convirtió en pocos años en una gran oradora, popularísima en el vasto país, y en una de las escritoras más leídas de América. Comenzó a publicar en 1906, su revista *Mother Earth*, que apareció hasta 1918, época de su expulsión a Rusia, a bordo del *Buford*. No es posible detallar su vida, sus luchas, las persecuciones de que fue objeto, su tesón y su bravura. Ella misma escribió sus memorias, a las que también nosotros hemos contribuido con nuestras exhortaciones, *Living my Life*, un grueso volumen de casi un millar de páginas, publicado hace más de un par de lustros. Las memorias de Emma, una obra sincera como toda su vida, no solo constituyen una fuente inagotable de información sobre acontecimientos, hombres y cosas, sino que es una valiosa contribución psicológica y social.

De sus experiencias en Rusia y de su choque con los dirigentes bolchevistas, que al fin consintieron en dejarle salir del dominio del zarismo rojo, testimonia ampliamente su libro en dos volúmenes, *Mi desilusión en Rusia* (1923). Si los que ahora, después del pacto germano-ruso, se sienten decepcionados, hubiesen leído el libro de Emma, diecisiete años atrás, habrían podido abrir antes los ojos a la verdad.

De sus obras más antiguas mencionamos *Anarchism and others Essays* y *The Social Significance of the Modern Drama*. Sus folletos sobre temas ocasionales y sobre asuntos de orientación intelectual y social son numerosos, así como su contribución en periódicos y revistas en más de cincuenta años de esfuerzo apenas interrumpidos por los períodos de prisión.

TIMÓN la contaba entre el núcleo de sus colaboradores, aun cuando en esta segunda época, la enfermedad precursora de su fin, le haya impedido ayudarnos, como lo hizo en la primera.

Volveremos en más de una ocasión sobre esta gran figura de la guerra social, una clara inteligencia y un gran corazón, heroica y abnegada. Deja un vacío que no se llenará fácilmente, pero la enseñanza de su vida y de su obra no puede sucumbir y es un deber de los amantes de la justicia hacer cuanto puedan por que perdure.

## Indalecio Prieto sigue recorriendo el telón de la Tragedia Española

Si es o no es oportuno decir ahora, en el extranjero, lo que debió decirse en España, no lo dejamos al buen juicio de estos señores que claman desde cierta prensa la virtud del silencio sobre todas aquellas porquerías que han tolerado y sostenido y de las que se han beneficiado en buena parte.

Los lectores de TIMÓN saben que nos hemos impuesto la misión de rendir culto a la verdad, primera condición para tener el derecho moral a pensar en España, en su reconquista y en su porvenir. Bajo los pliegues de la bandera que ha hecho posible los horrores y desenfrenos que hemos comenzado a sacar a la luz pública, como explicación de nuestra derrota vergonzante, no podemos volver a España, ni aun cuando se nos abrieran las puertas de par en par. Que cada cual cargue con su parte de responsabilidad, —y nosotros no eludiremos la nuestra—, pero no queremos aparecer en la misma línea de los agentes rusos y de los republicanos de estómago agradecido que siguen rindiendo pleitesía a un Dr. Negrín.

Comentando una publicación de Indalecio Prieto (número 4 de esta Revista), hemos dicho algunas cosas referentes al ex-ministro de defensa de la República española. Un nuevo prólogo a la edición mexicana de esa publicación, tira un poco más de la cuerda y deja ver algo más que esa "verdad inoportuna" que se nos achaca a nosotros. Prieto afirma que el Gobierno francés sabía;

"1.º Que el S. E. R. E. (organismo negrinista de evacuación para justificar el control sobre los centenares de millares de francos de que no se quiere dar cuenta a los españoles), era simplemente la continuación del Gobierno Negrín.

2.º Que el Gobierno Negrín había padecido el dominio de los comunistas, como seguía padeciéndolo el S. E. R. E.

3.º Que el Partido comunista francés había administrado para compras de materiales de guerra dos mil quinientos millones de

francos entregados por Negrín, sin que la administración de tan enorme suma la hubiese controlado poco ni mucho, ningún funcionario del Estado español.

4.º Que el Partido comunista francés había retirado para sí, quizás como beneficios de intermediario, cantidades considerables del dinero proporcionado por Negrín.

5.º Que la propaganda, pública, primero y clandestina, después, del Partido comunista francés, se costeaba con dinero así extraído del Estado español, pues los auxilios de la III Internacional eran nulos y el producto de las cotizaciones distaba muchísimo del gasto enorme de esa propaganda.

6.º Que, ávido de dinero, el Partido comunista francés, rectificando constantemente sus liquidaciones por nadie examinadas, reclamaba sin descanso mayores sumas a los señores Negrín y Méndez Aspe.

7.º Que el espléndido diario comunista "Ce Soir", remedo del triunfante "Paris-Soir", se sostenía con fondos de los suministrados por Negrín.

8.º Que la flota, compuesta de doce buques, perteneciente a la France-Navigation, eran propiedad de España, pues con dinero español se compraron todos los barcos, no obstante lo cual los comunistas franceses, administradores de dicha compañía, se negaron a devolverlos, considerándolos suyos.

9.º Que uno de los barcos de la France Navigation, el "Winipeg", se fletó por el S. E. R. E. para transportar exilados a Chile, aumentando de esa manera sus ingresos los comunistas franceses, mediante el novísimo sistema de arrendar a alto precio a los españoles un buque que pertenecía a los españoles, y

10.º Que parte del tesoro español sacado de nuestro territorio al evacuarse Cataluña estaba custodiado por comunistas franceses".

Se trata, en cuanto a los barcos, de aquellos que fueron llamados a Alicante para proceder a la evacuación de los comprometidos por su actuación durante la guerra, y que se negaron a acudir, entregando así a Franco más de 40.000 hombres, de los cuales son ya muy pocos los que viven.

Pero el decálogo de afirmaciones de Prieto no exige comentarios.

Aun dice más el ex-ministro de defensa, que se resolvió a hablar demasiado tarde sobre aquellos problemas que nosotros quisimos en vano esclarecer en España. He aquí algo de gran interés sobre el enorme negocio hecho por la U. R. S. S., con la guerra española:

"En el prólogo de la edición de París hablé de los aspectos lucrativos del auxilio de la U. R. S. S. y de los Partidos comunistas que la secundaban". Creo dejar demostrado el lucro del Partido comunista francés. En cuanto a la U. R. S. S., de la cual dije en el mismo documento que nos proporcionó material de guerra "no de balde, sino a buen precio, sin regatear y a cuenta del oro que anticipadamente le envió Negrín", añadiré ahora que el 25 de octubre de 1936 se embarcaron en Cartagena con destino a Rusia siete mil ochocientas cajas llenas de oro amonedado y en barras, oro que constituía la mayor parte de las reservas del Banco de España.

Previamente el señor Negrín, como Ministro de Hacienda, obtuvo el acuerdo del Gobierno y la firma del Presidente de la República para un decreto autorizándole las medidas de seguridad que estimara indispensables en cuanto al oro del Banco de España. Como miembro de aquél Gobierno acepto la responsabilidad que me corresponde por el acuerdo, aunque ni los demás ministros ni yo conocimos el propósito perseguido. Ignoro si llegó a conocerlo el entonces jefe del Gobierno, Francisco Largo Caballero.

El embarque se verificó con gran misterio. Si yo me enteré fue por pura casualidad, a causa de haber llegado a Cartagena, para asuntos del servicio —era yo ministro de marina y aire— cuando el embarque se efectuaba bajo la dirección de los señores Negrín y Méndez Aspe.

Cuatro empleados del Banco embarcaron en el buque que conducía el precioso cargamento. No se les dijo adónde iban. Creyeron que desembarcarían en Port Vendres, Sète o Marsella y aparecieron... en Odessa. El 6 de noviembre llegaron con nuestro oro a Moscú. Y allí ocurrió algo que también merece ser narrado. Los funcionarios del Grossbank miraban y miraban minutos enteros cada pieza y la pesaban y repesaban. Los empleados del Banco

de España, acostumbrados a gran celeridad en operaciones semejantes, no se explicaban tamaña lentitud, por lo cual se invirtieron varios meses en el recuento. Pero esta lentitud obedecía al deseo de justificar la permanencia en Rusia de quienes habían ido custodiando la mercancía. A toda costa se quería impedir su regreso a España, para que no se divulgara el enorme envío de oro. Las familias de los viajeros se inquietaban por desconocer el paradero de éstos, y para calmar su intranquilidad se las embarcó también, sin decirles adonde iban, y se las llevó a Rusia.

La entrega de oro tan meticulosamente pesado y rendido, había de concluir algún día, y concluyó. Los bancarios creyeron entonces que, terminada ya su misión, tornarían a España. Más sus reclamaciones en ese sentido ante nuestro embajador don Marcelino Pascua, eran inútiles. No se les consentía salir; estaban confinados con sus familias en Rusia. Al cabo de dos años, cuando la guerra se extinguía, el Encargado de Negocios, don Manuel Martínez Pedrosó, logró romper el confinamiento. Pero a los cuatro bancarios no se les repatrió. En España podían hablar más de la cuenta. Y con objeto de evitarlo se les derramó, por el mundo; uno fue a dar con sus huesos a Buenos Aires, otro a Estocolmo, otro a Washington, otro aquí, a Mexico. Al mismo tiempo desaparecieron de la escena los altos funcionarios soviéticos que intervinieron en el asunto: el Ministro de Hacienda, Grinko; el director del Grossbank, Margúelez; el subdirector, Kağan; el representante del ministerio de Hacienda en dicho establecimiento de crédito, Ivanovski; el nuevo director del Grossbank, Martison... Todos cesaron en sus puestos, varios pasaron a prisión y Grinko fue fusilado.

Entretanto una revista gráfica: La URSS, en construcción, dedicaba un número especial al aumento de las existencias de oro en Rusia, atribuyéndolo al desarrollo de la explotación de los yacimientos auríferos de Rusia. Era el oro de España".

Cualquiera que sea nuestra opinión sobre la actuación de Prieto en España y de su responsabilidad en las aventuras negrinescas, hay que agradecerle, por las razones que sean, que no se sume al partido de los que callan, de los que callan porque otorgan...

# BIBLIOGRAFIA

Libros de América:

## UN POETA DE VUELTA DE SI MISMO

CUARENTA y tantas páginas de poesía, definidas por el título de *Bosque doliente*, (Caracas, 1940), acaba de publicar Vicente Gerbasi. Celebro que se me haya deparado la ocasión de escribir el presente análisis acerca de la singular topografía de ese *Bosque doliente* espiritual. La dimensión más agradable, y sin duda más profunda, de la crítica literaria reside en que pone al criterio en contacto con las etapas de su evolución personal y, sobre todo, con el misterioso principio que sirve de motor a ésta. Sólo lo misterioso actúa como principio creador.

Hay mucho que decir sobre *Bosque doliente*; por eso entramos, sin más, en él. Adelantaremos un juicio que puede servir de resumida impresión general acerca de los veinte poemas que ocupan sus cuarenta y tantas páginas: la poesía eterna, ingenua, inclasificable por un cañón determinado, aquella que es, como puro lirismo, un desbordamiento del poeta sobre el mundo ambiente, sale a nuestro encuentro en el *Bosque gerbasiano*. Produce una deliciosa sensación de espontánea frescura, de aire libre definitivo, tropezar con un poeta que ya no hace farmacia surrealista. Por de pronto, *Bosque doliente* muestra a su autor de vuelta de esa aventura, pero de vuelta por el libre desarrollo de su misma poesía más que por el esfuerzo voluntario del poeta. Excepto el subrayado, todos los restantes valores de sus versos podrían discutirse. Vicente Gerbasi los ha escrito como si estrenara, con ellos, la poesía. *Bosque doliente* sabe a poesía y no a recetas, más o menos sabias, sobre la poesía.

Este que hemos dibujado es el cuadro sobre que deben inscribirse los veinte poemas del libro para dominar por completo las perspectivas que nos abre. El examen puede iniciarse por cualquier sitio. La característica dominante de los veinte revela el estilo del poeta, el método y temple poéticos. Gerbasi hace la descripción de su mundo interior valiéndose de los objetos o fenómenos de la naturaleza o de vivencias dadas en ella. (Ejemplos hay muchos; citaremos uno cualquiera: "Todo mi ser dormía en la celeste morada de los estanques...") Aquí la naturaleza es —incluso más que el poeta propiamente dicho, si se quiere—, el verdadero *dramatis personae* de la poesía. Ahora bien, distingamos, no se trata, ni con mucho, de la naturaleza tal como la sintiera Virgilio: *nemus mater ubérrima*, (*Geórgicas*, verso 468; edic. G. Budeé París, 1926.) con la forma y sentido de una madre pródiga, de un inmenso seno inagotable. No. Tampoco siente Gerbasi la naturaleza a la manera de los románticos, semejante a un gigantesco respaldo cósmico del hombre, que proporcionar al individuo la conciencia de su vertical razón de ser. Tampoco. La naturaleza que asoma en *Bosque doliente* representa una especie de gran bambalina donde proyectan su complicado perfil barroco los ingredientes de la vida humana, con los cuales se debate la del poeta: la alegría ilógica de una cegadora belleza, la ausencia de rumbo y la angustia de uno, el sorprendente irracionalismo que le sirve de fondo último... Pero hay algo más, pues *Bosque doliente* no es la naturaleza vivida; es la naturaleza pensada.

Queda así expuesto todo nuestro pensamiento sobre el particular.

El hecho de que los estados de conciencia del poeta se expresen por medio de imágenes cósmicas es —ya se ha dicho—, lo más característico con respecto de Vicente Gerbasi. Un lado entero de su obra poética surgirá de esto; constituye el principio plástico de su poesía. Pero, ¿de dónde le viene a *Bosque doliente* ese sentimiento quejumbroso del mundo, por qué aparece el poeta "caído" en un abrumador extravío entre las cosas, a qué se debe cierta voluntad nihilista que late, isócrona e imperturbable, aunque débil, en casi todos los poemas?... Esto debiera achacarse, por la fórmula o modulación que recibe en sus distintas manifestaciones, al estado presente de la evolución interna del poeta. Todavía no ha adquirido éste una madurez meridiana; tiene una conciencia adólescente —destemplada, extremista—, de sí mismo y de todo lo demás. En *Bosque doliente* vemos un fragmento aislado de aquella evolución. La mente del poeta romántico, está aún sin cristalizar. Se está haciendo.

Debemos registrar con cuidado otra cosa. Que la poesía de Vicente Gerbasi es poesía en vez de prosa escrita en renglones cortos, ficción que pretenden imponer ciertos poetas recientes de lengua española, merece consideración aparte. Los poemas de *Bosque doliente* presentan la avidez porosa característica de la poesía; vienen empapados hasta la entraña de aquello que constituye el mundo peculiar de cada uno. Incluso ocurre así en algunos cuyo contenido ha quedado sin posibilidad de expresión, debido a la inmadurez del poeta; el tiempo, que procede a la vez como filtro y condensador, hará que ese contenido adquiera la realidad poética de que hoy carece. Pronto hemos de verlo. Vicente Gerbasi tiene contra él —contra la madurez de los poemas del *Bosque*—, su edad. Exclusivamente eso.

Por lo tanto, en el agitado mundo que encontramos al abrir el *Bosque* y que, desde la lectura inicial, que se hace más para saborear que para comprender, nos sacude por los lados de su corazón multicorde, falta sedimentación. ¿Cuáles son los motivos de ese mundo?... En el último poema aparece la muerte como un "bálsamo misterioso"; páginas antes el poeta menciona un ansia de "armonía de mi ser y el tiempo"; aquí y allá da el nombre de Dios al sentimiento de angustia absoluta que le transmiten las cosas —con las que su corazón ajustó el paso—, y que le produce la propia contemplación; percibe, en el primer poema, la llamada de la naturaleza hecha por conducto de la primavera; en el segundo asegura haber descubierto en él mismo "la rosa que arde eternamente"... Tales son los motivos a que aludimos; todos vienen envueltos en acento elegíaco. El poeta está transido, atravesado hasta lo impalpable, deshecho, por la música brutal de esos motivos. ¡Música donde no hay ni un simple eco de la armonía de las esferas! ¿Qué debe hacer el poeta para dominar la tremenda marejada donde se muestra sumido; cómo salir de ella?... Sólo hay un medio: someterse a la experiencia poética de la humanidad. Someterse y cultivarla; el caso es conseguir la imprescindible libertad para tener a raya los estados de alma. Necesita geometría y orden; imponiéndose ambas dimensiones logrará vencer la inercia donde permanece totalmente envuelto y extraviado. Vicente Gerbasi, poeta intelectualista dotado de íntimo rumor romántico que inicia, en el *Bosque doliente*, la vuelta de la poesía pura —inaccesible cima de diamante—, a la poesía humana será un verdadero poeta en la medida que lo intente. ¿Por qué sitio emprender la conquista de la auto-disciplina?... Muy sencillo: haciendo sonetos.

F. CARMONA NENCLARES.

THE LAST DAYS OF MADRID, by Colonel Casado. (London, 1940).

ESCRIBE George Beaton en *The New Statesman and Nation* sobre el libro del coronel Casado *Los últimos días de Madrid*, publicado en inglés:

"La historia política de la guerra civil española es la historia del encumbramiento de los partidos comunista y falangista desde un comienzo ínfimo a una posición dominante en sus respectivas zonas. Las causas de su encumbramiento son en ambas partes las mismas: la presión de gobiernos extranjeros y su entrega de armamentos. La constitución de ambos partidos fué en muchos aspectos similar y sus aspiraciones políticas y sociales eran quizás menos contrapuestas de lo que podría suponerse. La diferencia principal estaba en que mientras los falangistas relativamente a sus aliados eran un partido revolucionario, los comunistas —en comparación con los anarquistas sindicalistas, los marxistas de izquierda y la mayor parte de los socialistas— eran antirrevolucionarios. Esto les llevó a una importante diferencia en sus líneas de conducta: mientras los falangistas másacaban a todo el que podía ser tenido por afecto a los republicanos, los comunistas reservaban el terror para sus enemigos privados —los marxistas disidentes y, en la medida en que se atrevían, los anarquistas sindicalistas...

"El coronel Casado ha escrito uno de los libros más interesantes —y también uno de los más penosos— que han aparecido sobre la guerra civil española. No es, naturalmente, un libro imparcial, pues ha sido escrito en respuesta a las acusaciones de traición y contiene algunas inexactitudes y omisiones, pero es sin embargo un libro escrito con perfecta buena fe. Los últimos capítulos son los más tristes. La vergonzosa deserción de la flota, debido a un pánico inexplicable, le privó de la me-

yor esperanza de evacuar a los que aparecían más comprometidos. Ninguno de los barcos de carga de la República que podían haber sido enviados en busca de refugiados apareció jamás. No quedaba más que hacer que confiar en la promesa dada por el general Franco de que todo el que lo deseara podría dejar el país en barcos ingleses. Mencionó dos puertos donde podrían reunirse y el coronel Casado, que parece a todo lo largo del relato haber pensado que los nacionalistas preferirían la pacificación y la reconstrucción de España en una atmósfera libre de odios a la satisfacción de su venganza, le creyó.

"Luego siguieron las espantosas escenas del puerto de Gandía, donde el Cónsul inglés (que parece haber puesto todos los obstáculos en el camino para la evacuación) previno a los miembros de la Junta de Defensa y a otros refugiados que esperaban embarcar en el *Arethusa* que si Franco, lo exigía serían entregados a pesar de hallarse a bordo. El telón cayó en Alicante, donde la élite de los dirigentes republicanos —unos 6.000 en total— estuvo reunida en la zona neutral en espera de embarcar en los barcos ingleses y franceses que había anclado fuera del puerto, y cuyos gobiernos les rehusaron permiso para entrar. Por cortesía, sin duda, al país en que reside, el coronel Casado deja en silencio el infamante episodio. Pero yo lo citaré de acuerdo al informe de la Delegación internacional para la evacuación y ayuda a los españoles, que fué testigo presencial de lo ocurrido:

"El total de los que habían de ser evacuados si los gobiernos británico y francés hubiesen enviado los medios necesarios a disposición de la delegación habrían sido alrededor de 60.000.

Pero la cifra total que la delegación habría elegido de acuerdo a las instrucciones dadas por esos gobiernos habría sido de cerca de 65.000. La cifra total de los evacuados en los dos días de plazo que hubo no fueron más de 650".

"Cuando uno recuerda el interés

**EL PENSAMIENTO VIVO DE MAZZINI**, presentado por *Ignazio Silone*. (Ed. Losada, Buenos Aires).

TRAS una introducción de Silone donde se caracteriza la personalidad de Mazzini en su siglo, en sus luchas y en sus pasiones de toda la vida, una selección de páginas de sus escritos editados e inéditos ofrece a los lectores estudiosos la posibilidad de un contacto con ideas y sentimientos que reflejan la significación de uno de los apóstoles más admirables de la primera mitad del siglo XIX. ¡Cuántas de esas páginas podríamos transcribir y suscribir hoy,

**EL PENSAMIENTO VIVO DE CARLOS MARX**, presentado por *León Trotsky*. (Ed. Losada, Buenos Aires).

EN la misma Biblioteca del pensamiento vivo, presenta Trotsky algunas páginas de Marx que, a su juicio, nada tienen que rectificar a pesar de los años transcurridos. El

**DESPUÉS DE LA TRAGEDIA. LA TRAIÓN DEL SEÑOR AZAÑA**, por *Jacinto Torhyo*. (New York, 1939, 54 págs.).

LA *velada de Benicarlo*, aquél desahogado bilioso de Azaña, que pinta de cuerpo entero al ex presidente de la República Española, no podía quedar sin comentario. Torhyo desmenuza las afirmaciones caprichosas y embusteras de la supuesta velada, las pone en contraste con una realidad incomprendida, temida y falseada por Azaña y esclarece los móviles de la conducta cobardona de un hombre que no ha cumplido con su deber durante la

qué el gobierno británico ha expresado en tantas ocasiones ante las amenazas de represalias hechas por los nacionalistas, y el apoyo moral que había dado al gobierno Negrín y a la Junta de Defensa, uno es movido a investigar qué es lo que ha ocurrido exactamente para llegar a esa cobarde y fría indiferencia".

después de tres cuartos de siglo de experiencia histórica! Pero cuántas, también, de las concepciones de Mazzini, han dado frutos siniestros para la humanidad! Su teología política, su unitarismo nacionalista, su *terza Roma*, ¿no tienen una encarnación viviente en Mussolini?

Forma este volumen parte de la Biblioteca del pensamiento vivo, una colección moderna de divulgación, excelentemente presentada.

discípulo apasionado exalta las concepciones del maestro con una rara veneración, poniéndolas en relación con las experiencias económicas y políticas contemporáneas.

tragedia española, y que, cuando sale, como ahora, de su voluntario encierro y de su mutismo, lo hace para injuriar a un pueblo que ha estado siempre a mayor altura moral que él.

La posición de Azaña a través de la *Velada de Benicarlo* es infame simplemente. Torhyo, apasionado, vehementemente, encuentra en aquél libro amplia base para una réplica adecuada, verídica, contundente. Si hay algo que en España no puede ser denigrado,

porque está por encima de todo elogio es el pueblo, el pueblo de la lucha y el pueblo del trabajo. Azaña ha querido convertirse en exponente político de un pueblo al que despreciaba olímpicamente y así salieron las cuentas. No obstante, los Azañas pasan, y el

pueblo español, queda. Y de la epopeya de 1936-39, quedará el recuerdo de ese pueblo y no la cobardía y la beocía de los Azañas de la segunda República, como motivo de admiración y de enseñanza para el mundo.

**CARTAS FINLANDESES**, por *Angel Ganivet*; un vol. de 182 págs. **AGUILA DE BLASON**, por *Ramón del Valle Inclán*, un vol. de 185 págs. (Colección "Contemporánea", Editorial Losada, Buenos Aires).

EN ocasión de la heroica lucha finlandesa contra la invasión stalinista, fueron reimpresas las *Cartas Finlandesas* de Ganivet, oportuno homenaje a Finlandia y a una de las más finas inteligencias de la llamada generación española del 98. Fué Ganivet el único español que ha descrito la vida finlandesa, con el ingenio y el estilo que le son propios. Se releen siempre con provecho y con fruición.

**LOS MECANISMOS DEL CEREBRO**, por *Jean Lhermitte*. (Editorial Losada, Buenos Aires, 1940).

EN 1925, la biblioteca "Science et Civilisation", dirigida por Maurice Solovine, de París, publicó un interesantísimo —aunque no original— trabajo, titulado *Fondements biologiques de la psychologie*. Su autor, prestigioso catedrático de la Sorbona y sabio investigador en biología y neurología, contribuía con un valioso aporte a la tesis que sostiene la fundamentación en los procesos anímicos.

Gran parte de esta obra integra el libro recientemente lanzado por la editorial Losada, en su colección "Ciencia y Vida", vertido por F. G. de Asúa, bajo el título de *Los Mecanismos del Cerebro*.

La importancia básica que tiene el cerebro y el sistema nervioso en los procesos psicológicos, ha sido siempre reconocida, aun en los tiempos más remotos. Pero el estado rudimentario de la técnica científica y prejuicios de la más diversa índole, no han

La reedición de las obras de Valle Inclán, a cuyo elenco pertenece *Águila de Blason*, comedia bárbara, es laudable. El papel, que anda escaso y caro, no debe ser empleado para imprimir sucedáneos morbosos de la cultura, sino para enriquecer con una idea o un sentimiento superiores el caudal de los lectores y de los estudiosos. Valle Inclán, como Ganivet, tienen siempre algo que decir a la inteligencia y al corazón. S.

permitido, sino hasta muy avanzada época, establecer relaciones más o menos precisas en tan complejo problema.

A la luz de los nuevos métodos de investigación y gracias a las atrevidas experiencias realizadas sobre todo en lo que va del presente siglo, puede decirse que la mayor parte de los procesos mentales han dejado de ser misteriosos. No significa esto que se haya conquistado totalmente este campo de la ciencia: mucho falta aún por saber e investigar y muchos son los problemas aun insolubles.

Tras una breve historia de la neurobiología, Jean Lhermitte examina con minuciosa prolijidad las investigaciones y descubrimientos que se han llevado a cabo. La verdadera importancia de estos trabajos se hace sensible tan sólo a partir del siglo XIX, entre cuyos investigadores debe reconocerse a Gall, por la originalidad de sus estudios y por el movimiento

renovador que ha suscitado en el campo de la neurología y la psicología su doctrina frenológica. Y hasta nuestros días, pasando por Burdach, Pierre Marie, Brocca, Séquard, Ramón y Cajal, Pavlov Bechterew, Monakow, etc., nombres todos asociados a descubrimientos e investigaciones, estudio y crítica con un seguro dominio de la materia, las distintas etapas y alternativas que informan el desarro-

llo de la ciencia biológico-psicológica.

Libro esencialmente de divulgación, no se limita su autor al mero resumen y exposición de la materia. La aguda crítica con que analiza determinadas escuelas y métodos, con que ataca muchas conclusiones consagradas ya por los sabios, revela una independencia poco común y una aquilatada calidad de investigador.

O. C.

#### LIBROS Y PUBLICACIONES RECIBIDOS

A. de Carlo: CUENTOS INQUIETANTES. Un vol. de 202 págs. Editorial Araujo, Buenos Aires.

Louis Bertoni y Lucien Tronchet: FACE A LA GUERRE... Defensas y declaraciones; 7 págs. Editions Gerninal, Gêneve, 1940.

E. Díaz de Guijarro: BASES EUGÉNICAS PARA LA LEGISLACIÓN DEL MATRIMONIO. 16 págs. Antología Jurídica, Buenos Aires.

S. I. A. Morelia: DOS CARTAS INTERESANTES PARA LOS MESTIZAJES DE AMÉRICA. Morelia, 1940.

ANÁLISIS DEL CONOCIMIENTO CIENTÍFICO, por S. M. Neuschlosz, un vol. de 287 págs. Editorial Losada, Buenos Aires. Un volumen de la Biblioteca Filosófica que dirige Francisco Romero.

SEIS DISCURSOS, por Alfonso Francisco Ramírez (México, D. F. 1939), 59 páginas.

HUMO EN LAS ERAS, cuentos, por Eduardo Mora Moreno (Ediciones Surco, Loja, Ecuador), 1939.

REVISTAS DE LA EMIGRACIÓN ESPAÑOLA:

*La revista dels catalans d'America*. N° 3, diciembre 1939. Apartado postal 8626, México, D. F. Colaboraciones de César Pi Suñer, Eduardo Nicol, Marcel Santaló, Victor Colomer, Per Foix, J. Soler y Vidal, L. Aymami Baudina, etc.

*Nuestra España*, revista mensual. Director Alvaro de Albornoz, N° 4, enero 1940. Apartado de correos 1378, Habana (Cuba). Colaboraciones de Albornoz, Zambrano, Blanco, Asensio, Casona, Castrovido, Millares Vázquez, Leone, Suárez Solís, Artiller, Lázaro.

CeDInCl

**P r ó x i m a m e n t e**  
**EL NAZISMO COMO PROBLEMA SEXUAL**

por *H. E. Kaminski*

Aspectos desconocidos y una nueva interpretación del hitlerismo por un escritor y periodista de prestigio. Ensayo único para la comprensión y la explicación de la degeneración totalitaria, a través de sus principales dirigentes.

He aquí el sumario: I. Dictadura de los perversos. — II. La noche-nacionalsocialista de San Bartolomé. — III. La Liga masculina. IV. Hitler, el héroe de los hombres. — V. Los favoritos. — VI. Erotomanía y placer asesino. — VII. El Estado masculino. — VIII. Sadismo. — IX. Alemania tiene existencia eterna. La patología sexual como factor político. El nacionalsocialismo y el pueblo alemán.

UN VOL. DE 200 PAGS. (15x21), ESMERADAMENTE IMPRESAS \$ 2.—

**EL LOCO DE LOS HUESOS - Florentino Ameghino**

por *José Gabriel*

Biografía y exposición crítica de los descubrimientos y teorías del sabio paleontólogo argentino. Lo mejor que se haya escrito para valorar al hombre y al investigador.

UN VOLUMEN DE 200 PAGS., EXCELENTEMENTE PRESENTADO \$ 2.—

**LA NEUROSIS INFANTIL - Su tratamiento psicopedagógico**

por el *Dr. F. Schneersohn*

profesor de las Universidades de Moscú, Varsovia, Berlín. Actual Director del Departamento Municipal de Educación de Tel Aviv. Prólogo del Dr. Enrique Pichon Riviere.

Una obra de indiscutible valor por su hondo análisis psicológico, basada en la vasta experiencia obtenida por su autor en sus investigaciones médico-pedagógicas. Obra indispensable a los padres y a los maestros y médicos infantiles, para una mejor comprensión del alma del niño y sus problemas.

UN VOL. DE 230 PAGS. DE TEXTO, ENCUADERNACION EN CARTONE ..... \$ 3.—

**EDICIONES IMAN**

Sarmiento 1320

U. T. 38-3885

BUENOS AIRES

DESCUENTOS ESPECIALES A LIBREROS. PIDASE CATALOGO.

CeDInCI

DISTRIBUCION EXCLUSIVA  
EDICIONES IMAN  
Sarmiento 1320  
BUENOS AIRES

UN PESO m/arg.